

TUDO
LO
QUE **SONÉ**

Alanna Ignacio



TODO
LO QUE
SONÉ

Alanna Ignacio

Título original: Todo lo que soñé

Autor: Alanna Ignacio

Diseño de portada: Manuel Miranda Jiménez

Corrección: Rosina Iglesias

I Edición

© de Alanna Ignacio

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Biografía de la Autora](#)

CAPÍTULO UNO

1999

Las mañanas del sábado me gusta disfrutarlas acurrucada entre las suaves sábanas de mi cama de dos plazas. Preferiblemente dormida. Soy un ave nocturna, y cumplir con el horario diurno para mí es un gran esfuerzo de todos los días, que felizmente puedo evitar los fines de semana.

Por suerte, regularmente no trabajo los sábados, pero cuando toca, toca. Como hoy, una hermosa mañana de sábado en la que tengo en mi agenda esta reunión a las diez de la mañana. Pero vamos, ánimo, que el día está hermoso.

Mi nombre es Larissa Sena, vivo en Santo Domingo, mi bella isla de cálido sol en el mismo centro del mar Caribe. Trabajo desde hace tres años para la oficina local de Carthis-Amaranto & Company, una firma inglesa de consultoría empresarial especializada en estrategia corporativa. Soy ingeniera y me hago cargo del estudio de los procesos, rediseño de logística y mejora de los resultados de nuestros clientes. Con el propósito de crear la fórmula perfecta para elevar su valor en el mercado hasta las nubes. Un cliente a la vez.

También estudio en las noches una maestría en gestión de negocios, la cual creo estar aprovechando al máximo, ya que de una manera u otra puedo llevar a la práctica, casi de inmediato, las teorías que discutimos en el aula.

Mi puesto de consultora en Carthis & Co, que es como normalmente abreviamos el nombre de la firma, puede describirse como interesante y retador. La empresa lleva quince años establecida en el país, cuenta con un excelente equipo multidisciplinario. Reportamos más de cuarenta por ciento de la facturación latinoamericana de la firma, aun teniendo otras oficinas en Puerto Rico, Argentina, Chile, Panamá y Colombia.

Amo mi trabajo, pero mi verdadera pasión es el baile. Practiqué *ballet* desde mis cuatro años hasta mis veinte, pero en esos últimos años me hice consciente de que ni mis habilidades ni mi físico me llevarían a los grandes

escenarios. Babeaba por tener la figura delgada y estilizada de las bailarinas de ballet. Y ni hablar de la técnica de mis profesoras. Pero mi herencia dictó otra cosa. Hoy en día, vuelco mi pasión en la danza moderna, el *jazz*, la biodanza y cualquier actividad que me permita expresarme a través de los movimientos. Incluido el yoga, que es mi más reciente descubrimiento. Tanto baile me ayuda a mantener mi habitual buen humor en una reunión impuesta para un sábado.

El tránsito de la avenida Abraham Lincoln estaba pesado para ser sábado en la mañana. En el tapón, comencé a pensar en el motivo de esta reunión, y es que tenemos un posible nuevo cliente. La señora Laura Méndez, la persona de contacto, fue muy enfática en que esta primera cita fuera lo más pronto posible. En la coordinación de nuestras agendas, coincidimos en este sábado, y aquí estoy.

«Un buen prospecto», repetía Michael Mejía, mi jefe, cada vez que había cruzado a toda velocidad por mi lado en esta semana.

El paso doble es el paso relajado de mi jefe. A sus treinta y cuatro años, sus niveles de energía pueden equipararse a los de un adolescente. Desde hace cinco años tiene la posición de director país de la firma o «*country manager*», como reza su tarjeta de presentación. Y se lo ha ganado, sin padrinos, por su excelente desempeño. Todo su equipo de colaboradores nos hemos acostumbrado a recibir instrucciones en los pasillos, llamadas telefónicas de ocho segundos, correr tras de él en dirección al ascensor, pero también, curiosamente, a recibir en nuestras bandejas largos y calurosos correos electrónicos, que a veces sospecho escribe sobre una caminadora.

Pero, igual, en frecuentes ocasiones es capaz de sentarse tranquilamente a escuchar las necesidades que tenemos en un proyecto, revisar con nosotros el alcance y los progresos. Dar pautas precisas y asegurarse de que hemos disipado nuestras dudas. Es sorprendente que alguien que vibra tan intensamente con aquel brío, también sea capaz de transmitir tanta paz. Damas y caballeros, con ustedes el Yoda de los noventa.

Ya finalmente estaba llegando a la dirección indicada, unos quince minutos antes de las diez. Según mi estilo, estaba vestida demasiado formal para un fin de semana, pero el motivo de la formalidad no era solo esta reunión, sino también un compromiso familiar a las once de la mañana.

En las reuniones con nuevos clientes, Michael acostumbraba a ser ameno y entretenido... Y ¡parlanchín! Yo me propuse la misión de que saliéramos de esta cita en cuarenta minutos o menos. Y, por supuesto, con un nuevo cliente en nuestra cartera. Así que a trece minutos para las diez me estacioné y salí de mi Toyota 220 con un firme propósito.

Al apreciar la fachada del edificio, me pareció aburrida. Paredes de cemento pintadas de gris con amplios ventanales de cristal. Fría. Definitivamente fría. En el centro podía verse el logo de la empresa que rezaba en letras azules «Seasons Development Group». Realmente, esto no era un edificio, sino más bien una casa de dos niveles adecuada para oficinas. Una práctica común en esos días en nuestra ciudad.

El estacionamiento y la entrada principal daban a la avenida Lope de Vega, una vía secundaria transitada. En el estacionamiento había otros tres vehículos. Dos blancos y uno negro. Combinaban perfectamente con mi vestuario. De los carros blancos no podía reconocer la marca ni el modelo, pero el negro era definitivamente un Mercedes Benz: mi vehículo favorito. Lujoso y resplandeciente. Solo eso podía decir. Mi tema definitivamente nunca han sido los carros, pero esos especialmente ¡me encantan!

La mañana estaba fresquita. Nuestra ciudad de Santo Domingo tenía prácticamente la misma estación todo el año, lo que se traduce a decir que un calor de verano infernal, pero durante los meses de diciembre y enero recibíamos una dispensación divina de temperaturas alrededor de los veinte grados Celsius y hasta quince grados en algunas noches, y eso era un deleite.

Abrí las puertas de las oficinas a las nueve cincuenta. ¡Dios! ¡El tiempo no pasa! Michael debería estar por llegar. La frialdad de la fachada contrastaba con la calidez del interior. La recepción climatizada adornada aún con los detalles de la decoración navideña. Dieciséis de enero... ¿quizá la dejarían hasta el año siguiente? Me sonreí y recordé eso de que el sarcasmo no es de buen gusto. Sonreí otra vez... ¡yo lo disfrutaba tanto!

Me acerqué al escritorio de recepción y una joven morena y delgada me recibió con una genuina sonrisa. Me anuncié para ver al señor Jackson Seller, pero le informé que aún estaba esperando a alguien que me acompañaría a esta reunión, por lo que me invitó a sentarme en la sala de espera adjunta y me ofreció un café. La recepción estaba inundada de un

delicioso olor a café y especias, canela y nuez moscada, así que acepté la oferta de una tacita de eso que olía tan delicioso y me relajé en el sofá mientras la joven desaparecía detrás de una pared de cristal opaco.

Sentada en el acogedor espacio, noté algunas imágenes colgadas en las paredes de lo que me parecieron proyectos en construcción. Acaricié por un rato la rugosa piel azul del sillón en la que estaba sentada. Piel curtida. Mi memoria voló a dos años atrás, cuando desarrollamos un largo proyecto de optimización de una tenería local en la zona este, la zona ganadera del país. Conocí el proceso de convertir las pieles del ganado vacuno en cuero, desde la limpieza para eliminar los pelos y aquellos olores pútridos del *wet-blue* que nunca podré olvidar, hasta el curtimiento para la obtención del material acabado. El material más noble. Me encantaba la piel.

Me entretuve entonces admirando mi cartera nueva. Piel teñida en negro. Lisa, opaca y con pequeños ornamentos de color dorado. Preciosa. Valía cada peso que había invertido en ella y como valor agregado combinaba con mis zapatos de marca española.

Crucé las piernas para poder admirarlos también. Estos no eran nuevos, pero también eran hermosos. Indispensables tacones de cuatro pulgadas para llevarme a una estatura de unos dignos cinco pies y seis pulgadas. Por suerte, este par era cómodo, por lo que igual los podía utilizar con ropas formales como ahora o con *jeans* para salir en las noches con amigos.

Hoy me vestí con pantalón negro sastre entallado y una blusa blanca, clásica y apropiada tanto para trabajar como para el evento que vendría después. Describiría la blusa como ligera y femenina, quizá sexy. Era una tela de caída suave, ligeramente transparente... chiffon quizá, y con cuello de camisa redondeado, mangas largas y unos doce botones negros, pequeños y juntitos en el frente.

La recepcionista, quien también debía estar en sus veinte, regresó con una bandeja pequeña y una coqueta taza azul con gris. Los colores corporativos, que genialidad. Recibí la bandeja y la acomodé en la mesita rectangular que estaba a mi lado. Le agradecí y probé el café que calentito y no muy dulce, que definitivamente sabía a gloria.

A las diez menos cinco pude ver a mi jefe caminar rápidamente hacia

la puerta principal y le avisé a la recepcionista que ya sí estábamos listos para pasar a la reunión. Vi a Michael entrar a las oficinas y lo saludé cariñosamente. Se sentó a mi lado a esperar que nos anunciaran. Él nunca bebía café, así que ni siquiera lo mencioné mientras me acababa el delicioso contenido de mi tacita.

Admiré lo bien que lucía hoy el hombre que tenía a mi lado. Realmente siempre se arreglaba impecable. Su ascendencia española necesariamente tendría unos toques griegos en sus genes. El pelo y los ojos, la piel tostada y los rasgos en general hacían pensar en una versión latina de John Stamos. Hoy, para perfeccionar el conjunto, estaba de buen humor y haciendo chistes desde temprano, y eso era bueno y malo. Lo hacía relajarse y cerrar velozmente las ventas, pero yo tenía que asegurarme de salir de esa oficina en cuarenta minutos.

«¿Me acompañan, por favor?». La recepcionista interrumpió con voz suave nuestra conversación y la seguimos por un pasillo bien iluminado y con piso de madera oscura, que hacía resonar nuestras pisadas. Pasamos varias oficinas con paredes de cristal hasta llegar al final del pasillo, girar a la izquierda y entrar a la oficina del señor Seller. Él estaba parado en el centro de su oficina esperándonos. Nos saludó con un cálido apretón de manos a cada uno y nos pidió que nos sentáramos alrededor de una mesa redonda ubicada en el extremo izquierdo.

Esta oficina era enorme y linda. Tenía espacio para esta mesa de reuniones, con una vista hacia un pequeño jardín de coralillos amarillos que se notaba que eran cuidados con esmero. A mi derecha podía ver una elegante salita de tres sofás de piel lisa en el extremo derecho y en el centro, un poco hacia el fondo, un escritorio grande y moderno con dos confortables sillas negras enfrente. Las ventanas estaban vestidas con cortinas verticales grises que permanecían abiertas para lograr un efecto interesante con la luz del sol. Finalmente, de las paredes colgaban unas cuantas fotografías en blanco y negro, y esparcidos por toda la oficina había varios detalles decorativos en color plateado. En general, un estilo elegante.

Vi a Michael sacar del bolsillo de su camisa su tarjeta de presentación y automáticamente me moví a buscar una de las mías. El señor Seller caminó a su escritorio a buscar las suyas y nos entregó una a cada uno. Michael me miró

con cara de broma y admiración al ver mi cartera nueva y le devolví la sonrisa con una expresión que decía: «¡¿Ya viste?! ¿¡Ya Viste!?».

Me sentía contenta con mi «familia laboral», nuestro grupo estaba compuesto por diecisiete personas y podía considerarse un equipo de alto rendimiento, con un líder efectivo a cargo. Manejábamos importantes cargas de trabajo en todo el país y normalmente bajo presión, pero aun así podíamos mantener un ambiente sano y relajado. Mi relación con mi jefe era cercana y con frecuencia podía sentirme dirigida y a la vez protegida por un hermano mayor.

Aparentemente me distraje de la conversación porque cuando volví a conectar los hombres que estaban frente a mí conversaban en inglés. Evidentemente el señor Seller era norteamericano, canadiense quizá, y se sentía más a gusto sosteniendo aquella reunión en su propio idioma. ¡Típico! En mi círculo profesional era esperado que te pudieras desenvolver en cualquiera de los dos idiomas y era evidente que los anglosajones hacían poco o ningún esfuerzo por cambiar las cosas y mucho menos por aprender el español, más allá de los saludos y preguntar dónde está el baño.

Según mi breve investigación, Seasons Development Group era de capital privado, fundada diez años atrás, con sede en Atlanta, Georgia, Estados Unidos. Se había establecido en la República Dominicana solo dos años antes. Su propósito principal era el desarrollo de proyectos de bienes raíces y desarrollo inmobiliario, y por lo que estaba escuchando ahora de boca de su gerente general en el país, Jackson Seller, también estaban construyendo varios complejos para vender en la costa norte del país. Específicamente en Luperón, Sosúa y Cabarete, en la provincia de Puerto Plata.

La pronunciación del inglés del señor Seller era fácil de entender. Hablaba pausado, con una voz varonil y quizá tenía un melódico acento sureño. No podía afirmarlo con certeza. Era un hombre buenmozo. Pelo rubio oscuro y ojos de un azul profundo y brillante. Si me preguntaran, diría que del mismo azul de las playas de Puerto Plata. Definitivamente muy atractivo... Y tendría quizá unos cuarenta años.

Michael se ocupó de las preguntas y yo fui tomando notas. Como en cada reunión de exploración en nuestros posibles clientes, debíamos salir de

ahí con toda la información posible. Debíamos conocer el alcance de lo que el prospecto entendía que necesitaba, el propósito del negocio, las debilidades en sus procesos y las oportunidades presentes en el mercado; y de esa manera poder hacer una propuesta de intervención organizacional ajustada en tiempo y costo a sus necesidades. Interrumpí un par de veces para hacer preguntas y traté de devolver la conversación a la mesa cuando comenzaron a desviarse.

Michael era ingeniero civil de profesión con especialización en economías emergentes y un apasionado de las construcciones, los esquemas de desarrollo y las inversiones en bienes raíces. Excelente CV e información suficiente para alargar aquella conversación de manera infinita, pero ya eran las diez treinta de la mañana, así que hice visible que debíamos apurar el paso. Para cerrar, mi jefe me preguntó si necesitaba información adicional y le confirmé que no.

En mis garabatos, los cuales no podía dignificar con el término de notas, tenía suficientes datos para preparar nuestra propuesta de negocios. El señor Seller se dirigió a mí por primera vez para preguntar cuándo estaría recibiendo ese documento, y haciendo un cálculo de lo que necesitaba, le aseguré que se la enviaría el próximo miércoles.

«*Better make that Tuesday*», fue su respuesta. Aparentemente, el miércoles de la siguiente semana no le pareció bien y usó un tono bastante seco y demandante para solicitar que se le entregara el martes.

Cuando tuve la intención de protestar oí a Michael decir:

«*Of course, on Tuesday it will be*». Y así de fácil mi jefe prometió la entrega para el martes. Cerré la boca y traté de sonreír. ¡Imbéciles!

¡Diez cuarenta! Eso marcó el reloj en el tablero de mi carro cuando lo encendí. ¡Misión cumplida! Alcancé mi maletín en el asiento de atrás y guardé mis notas junto a la tarjeta de presentación del *gringo*... que quizá era canadiense, pero definitivamente tenía ascendencia del País de la Arrogancia. Pensé que ojalá tuviera la misma prisa para aprobar nuestra propuesta y desembolsar el primer pago. Yo ya tenía muchísimo qué hacer para ese lunes y ahora podía agregarle la transcripción de mis notas y la preparación de esa propuesta. Me sentía molesta con Michael porque nunca decía que no..., sobre todo si el encargo lo haría otro. Me oí yo misma gruñir de disgusto.

¡Bueno, ya! ¡Listo! Se acabó el trabajo y comenzó el feliz fin de

semana. Pero eso no era del todo cierto, este fin de semana comenzaba con una nota de nostalgia. El evento familiar era una misa por el segundo aniversario de la muerte de mi tío Antonio, el único hermano de mi mamá. Su muerte fue sorpresiva y rápida, producto de una enfermedad corta y fulminante que afectó profundamente a mi familia. Con apenas cuarenta y ocho años dejó dos hijos en edad escolar y una viuda.

La ceremonia religiosa había comenzado cuando llegué a la iglesia. Busqué a mi familia entre los asistentes y pude ver a esa señora pequeña, de pelo blanco, encorvada, sentada en una de las primeras filas. Mi abuelita. Detrás de ella estaban mi madre, mi padrastro y mis dos hermanos. Entré en silencio y me senté junto a ellos, saludando con la mirada.

Mis hermanos son los hijos de mi padrastro. Ricardo, ocho años mayor que yo, y Diego, nueve años mayor que yo. Hoy en día ambos eran ingenieros civiles y llevaban juntos una constructora que iba ganando renombre y posición en mi ciudad. Cuando mi madre y su padre se casaron, ellos eran unos adolescentes y me adoptaron como su mascota, pero vivimos poco tiempo bajo el mismo techo puesto que ellos se marcharon a hacer sus estudios universitarios a Chile, donde residía su madre. Pero la conexión de hermanos nunca se perdió.

Luego de la ceremonia religiosa hubo un almuerzo en casa de Clara, la viuda de Antonio. Mi tía política vendió la casa familiar a raíz de la muerte de su esposo. Ahora ella y sus hijos vivían con mi abuela en el Ensanche Piantini, un sector céntrico y más seguro, en un apartamento que para mí siempre olía a cedro y pachulí.

El almuerzo se alargó, igual que la sobremesa y a las cinco de la tarde aún había conversaciones animadas en la casa y algo de música suave sonaba a mis espaldas. Y fue entonces cuando sentí que salió todo el agotamiento de la semana de trabajo. Ya teníamos que despedirnos. Quedé con unas amigas para ir al cine esa noche, pero si no dormía un rato... ¡la película iba a verme a mí!

Mis hermanos salieron por su cuenta, con rumbo desconocido, por lo que mis padres regresarían en mi vehículo a nuestra casa, mi padrastro iba muy callado, como era su costumbre, pero mami y yo nos entretuvimos conversando un montón de tonterías. La tarde no estaba para temas serios y el

tránsito en la avenida Sarasota estaba calmado y apacible.

Por suerte, las conversaciones con mi madre eran diversas e iban desde lo más trivial hasta lo más profundo. Acostumbraba a decirle que si no la hubiese elegido de madre la habría elegido de amiga. Y normalmente era verdad. ¡Otras veces, si me dejaban la enviaría en un cohete a otro planeta!

Físicamente nos parecíamos mucho, en estura, complexión y color de piel. Nuestros familiares insistían en que nuestros cuerpos eran idénticos, lo que se traducía en estatura pequeña, grandes muslos, caderas anchas, nalgas redondas y poco busto. Ambas de piel morena café con leche, con el pelo oscuro, el mío rizado y crespo, y el de ella ondulado y teñido de un color caoba para ocultar las odiadas canas. Pero los ojos nos delataban, teníamos los mismos ojos marrones, grandes, saltones y expresivos. Me agradaba que me compararan con mi mamá porque cuando la miraba, me gustaba lo que veía. Pero realmente su rasgo más fuerte era su carácter y ese lo había traído yo diluido, apaciguado y domado. Por lo menos la mayor parte del tiempo.

Al llegar a nuestra casa, subí al segundo piso y entré a mi habitación. Comprendí que necesariamente tenía que dormir antes de irme al cine; para ser sábado, me faltaban varias horas de sueño. De forma automática encendí el computador y conecté a la Internet. Mientras me desvestía, me quedé pendiente al ruido característico que hacía el modem para conectarse a la red y asegurarme de que la conexión fuese posible. ¡Conectada! Cliqué el buzón de mensajes para dejar que bajaran los correos nuevos mientras me ponía algo cómodo para mi siesta.

Cuando me senté en mi pequeño escritorio, frente a la computadora, me sorprendió ver el nombre del emisor del único mensaje recibido: Jackson Seller.

CAPÍTULO DOS

¿Me atrevo?

Las primeras tres veces que leí el mensaje no logré entender ni una sola palabra. Me puse de pie y di varios paseos por mi habitación. Cerré la puerta y las ventanas y encendí el aire acondicionado. Sentía las axilas, el cuello y las manos sudadas y mucho calor a pesar de tener puestas las ropas más ligeras de mi closet. Volví a sentarme frente a la computadora y traté de hacer la lectura una cuarta vez, pero no... Mejor me puse de pie nuevamente.

Observé detenidamente la blusa que había colgado en la puerta de mi closet hacía unos minutos. El señor Seller la pudo describir perfectamente y con lujo de detalles. Agregó que no podía concentrarse en las preguntas de Michael porque estaba cuestionándose cuánto tiempo le tomaría desabotonar todos esos botoncitos para poder tocar mi pecho. Y ese era solo uno de sus comentarios. Bajé la temperatura del aire acondicionado tratando de refrescar mi habitación. ¡Qué difícil!

Entre todo lo escrito, había frases que se salían de la pantalla y volaban por la habitación: podía traducir algunas como: «*me sentí atrapado en tus ojos*», «*me encantó tu sonrisa*», «*me estoy preguntando cómo será besar tu boca*», «*agarrar tus nalgas*», «*chupar tus pezones*», «*probar*»... ¡No tenía límites! ¡Era un descarado! Nunca en la vida me habían escrito algo así. Intenté bajar un poco más la temperatura del aire acondicionado, pero ya estaba en el mínimo y aún la habitación no se refrescaba, o por lo menos yo seguía sudando.

¡Estaba molesta e indignada! ¿Qué se pensaba ese tipo? No recordaba que me hubiese mirado detenidamente en ningún momento, yo no provoqué aquello y tampoco le presté mucha atención. Era un hombre alto y fuerte, pero no podía recordar cómo estaba vestido. ¿O sí? Colores claros, pantalón caqui y camisa de cuadros azules y mangas cortas. Traté de recordar su cara... El pelo rubio corto, las cejas tupidas, los ojos grandes y azules como el mar, las pestañas largas, los labios finos y rosados, la sonrisa amplia. Parece que sí me

había fijado bastante bien en él.

Tenía que contestarle, pero no tenía ni idea de qué escribirle. ¡Lo iba a poner en su sitio! Quizá tenía que decirle que era un perverso, misógino y arrogante. Bueno tampoco así. Sí, sí, sí, eso era él... ¡Ay! Si era sincera conmigo misma, ahora tenía que admitir que luego de la sorpresa y la indignación del primer momento, la sonrisa que tenía en la cara no tenía nada que ver con estar molesta ni indignada.

La cruda verdad era que esa transgresión me hacía sentir ¡excitada! ¿Y si le contestaba en el mismo tono osado y descarado? ¿Me atrevo? Nunca se me habría ocurrido un juego como ese... Uy. Sentía que se me salía el corazón por la boca.

Comencé a escribir a toda velocidad y me sorprendí yo misma por las ideas que se me ocurrieron. Le hice saber que no pude prestarle suficiente atención pero que estaría encantada de poder observarlo mejor. Que para besarme solo era cuestión de volver a vernos en un lugar tranquilo y apropiado. Y que me aseguraría de vestir algo más fácil de desabotonar.

¡El aire acondicionado tenía que estar dañado! Sentí una gota de sudor bajarme por la espalda. Estaba entrando en pánico. ¡No podía enviar eso! No conocía a este hombre que debía llevarme por lo menos quince años y que era un prospecto de cliente. ¿Y si le comentaba algo a mi jefe? ¿Y si le mostraba mi email? ¡Él escribió primero! ¡Él me provocó! *Click! Click! Send!*

CAPÍTULO TRES

Tan pronto como al día siguiente

La brisa despeinaba mis cabellos y el paisaje era fabuloso. El mar se veía de un tono azul aqua y el cielo solo unos tonos más oscuros. Era un domingo soleado, pero soplabla una brisa fresca y el restaurante de la playa aún estaba vacío. Quizá era temprano todavía. Apenas eran las once de la mañana y ya llevábamos unos diez minutos sentados uno junto al otro en nuestra mesa a la orilla del mar.

Me encanta la mesa que logramos conseguir, aún sin haber hecho reservas. Desde aquí teníamos vista a las parrillas donde preparaban los mariscos a la brasa. Ahora organizaban el espacio, pero aquello en un rato se convertiría en todo un espectáculo en el restaurante. Ahora la calma del ambiente nos permitía oír el vaivén de las olas y mojarnos las piernas de agua salada cuando alguna ola más fuerte rompía contra el dique a nuestros pies.

Los veintitantos correos electrónicos de la noche anterior desembocaron en una cita para el día siguiente. Yo elegí el lugar, mi restaurante favorito a la orilla del mar, y él decidió la hora.

A las diez de la mañana me estacioné en una de las estrechas calles del exclusivo sector de Naco. Revisé la dirección que había anotado la noche anterior y confirmé que estaba frente a su edificio. Le envié un mensaje de texto avisando que había llegado. Me sentía temblar como una hoja de pies a cabeza, así que agarré con fuerza mi bulto de playa, lo coloqué en el hombro y me quedé de pie junto a mi carro. No recordaba la última vez que estuve tan nerviosa.

Alisé la falda de mi vestido de playa y me entró de nuevo la duda de si estaría demasiado corto. Era un vestido de algodón, rojo con tirantes y con pequeñas flores en tonos de azul. Lo combiné con unas zapatillas de piel de taco corrido, en color azul con algunos detalles en marrón. El bulto de playa de color naranja agregaba aún más colorido a todo el atuendo.

Luego de esperar por unos pocos minutos, vi salir un Mercedes negro

por las puertas del estacionamiento. El mismo que había admirado la mañana anterior en las oficinas de Seasons. Un misterio resuelto.

Entré al vehículo y nos quedamos en suspenso por unos dos segundos. ¿Habría beso tan pronto? Él rompió el suspenso deliciosamente atrayéndome hacia él con un gesto decidido. Nuestro primer beso. Al principio fue un beso suave y exploratorio. Sentí su mano en la nuca mientras su lengua me exploraba la boca. Primero suavemente y luego ya no tanto. Sabía que estaba esperando más acción de mi parte y así que agarré su cara entre las manos y lo ayudé a profundizar nuestro beso. Este hombre sabía besar, de eso no había duda. Sentí que mordisqueaba mi labio inferior, hasta que finalmente se retiró. Nuestro primer beso. A las veinticuatro horas de habernos conocido. ¡Esto iba rápido! La noche anterior decidí que me dejaría llevar por esta aventura, pero ahora sentía que la valentía se convertía en sudor y me abandonaba el cuerpo por los poros. Pero sonreí al pensar que estaba segura de que quería probar otros muchos de esos besos.

Jack —no Jackson— sintió mi sonrisa contra sus labios y preguntó si me reía de su beso. No creo que este hombre haya conocido la inseguridad nunca en su vida y no había ningún rastro de eso en su mirada, así que lo mejor que hacía era decirle la verdad y confesar lo nerviosa que estaba. Su respuesta me pareció chistosa porque en honor a la verdad en ese momento no la entendí...dijo algo como «*I won't eat you. Not now*». ¿Tenía complejo de lobo feroz? Era gracioso que afirmara que no me comería, por lo menos no ahora... Y luego de que nos ajustamos nuestros cinturones de seguridad comenzó a manejar para salir de la ciudad y tomar la avenida de las Américas, que nos llevaría a nuestro destino.

Llegar al restaurante nos tomaría poco menos de una hora y aprovechamos el tiempo para confirmar algunas cosas escritas la noche anterior. Un poco de su historia, su profesión, su puesto en Seasons y las razones por las que llegaba a mi país. Y luego hablamos un poco de mí. Mis gustos, mi familia, mis labores en Carthis & Co y mis clases de baile. Me hipnotizaba su tono de voz. Era la voz masculina más agradable que había conocido y el empaque de la voz no estaba nada mal. Nada mal. Nada. Mal.

Hoy estaba vestido con pantalón por encima de las rodillas de color azul claro y un polo blanco. Su polo destacaba su pecho ancho y los brazos

fuertes. Su tono de piel se veía tostado y muy posiblemente debía agradecerlo al sol del Caribe.

Mientras conversábamos, él sostenía nuestras manos entrelazadas sobre su muslo, pero unos momentos después cambió de posición y comenzó a rodar lentamente su mano por mi muslo, jugando de manera distraída con el ruedo de mi vestido. Podía haber jurado que el vehículo se incendiaba. Respiré profundo varias veces y logré parecer más calmada. Pero, aun así, estaba claro que sus caricias eran las que estaban provocando el ardor que sentía entre las piernas.

Cuando llegamos a la playa el beso se había repetido un par de veces y ya estaba acostumbrándome a sentir sus dedos en el muslo, en la rodilla, en el hombro y en la cara, e incluso a tomarnos de la mano por un buen rato.

Como en ese momento, que estábamos sentados agarrados de las manos y rozando nuestros cuerpos frente al mar. Y de repente recordé su edad. Yo estimé unos cuarenta años, porque así lucía. Sin embargo, me sorprendió con cuarenta y seis. ¡Y pronto cuarenta y siete! Esos eran muchos años. Me doblaba la edad. Y eso sencillamente lo hacía el doble de interesante.

Le pregunté sobre sus hijas porque las mencionó la noche anterior. Dijo tener unas hermosas gemelas de casi veintiocho años de nombres Christie y Alex. Las tuvo con apenas diecinueve años. Y una de ellas era la madre de su persona favorita en el mundo. Su nieto Paul de ocho años.

Mientras él seguía animado contando de Paul, yo me quedé atrás en la conversación. ¿Sus hijas eran cuatro años mayores que yo? ¡Dulce Madre de Dios! Esta sí que podía ser una relación interesante. Él me estaba sonriendo otra vez, notando que me distraje mirando su boca. Ya a esta altura yo estaba segura de que esa sonrisa le habría abierto muchas puertas... Y quizá alguno que otro par de piernas.

Ordenamos nuestra comida y sugirió que nos diéramos un chapuzón en el mar antes de que nos sirvieran nuestros platos. Me encantó la idea. Cargó su mochila en su hombro y se iba a levantar para ir al baño a ponerse su traje de baño, pero volvió a sentarse. Puso su cara seria e intimidante del día anterior y me dijo que quería advertirme que tenía una gran cicatriz a todo lo largo de su pecho. Solo pude decir algo tan tonto como «Ok», pero su advertencia me dio mucho que pensar.

Obviamente, cuando regresó no pude evitar mirarlo directamente al pecho. La sutilidad la había dejado en mi casa, pero la verdad es que apenas podía ver la mentada cicatriz. Era una fina línea roja. Larga pero fina. Si no hubiera comentado sobre eso no habría despertado mi curiosidad. No hoy. No al ver sus hombros anchos, su pecho desnudo y sus abdominales marcados. Ya me impresionaba la vista de sus piernas musculosas. Ahora su pecho desnudo complementaba la imagen de manera exquisita. ¡Qué calor! Definitivamente era un buen momento para irnos a refrescar al agua. O posiblemente no...

Nadamos un poco y nos semirecluimos en la parte inferior de la explanada del restaurante, y quedamos rodeados de todas las columnas que la soportaban. De repente en el mar, nuestros cuerpos estaban demasiado cerca. Más cerca que en el vehículo, más cerca que en la mesa. Nuestra diferencia de estatura era todavía más evidente ahí, donde el nivel del agua le daba a él en el pecho y a mí me tapaba completamente. Para mantenerme a flote tenía que apoyarme en su pecho o en sus hombros, lo que fue volviéndose cada vez más cómodo y agradable.

En poco tiempo ya estábamos en una cómoda exploración. De personalidades, de mentes, de cuerpos... y bordeamos el límite de la decencia en varios momentos. Pasé de apoyarme en sus hombros a rodearle la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. ¿Íbamos muy de prisa? Quizá.

Me enteré de la razón de su cicatriz mientras me sostenía por las nalgas... «*Grab your ass*», escribió en su primer correo del día anterior, y pareciera que estaba haciendo marcas a los deseos completados en su *wishlist*. No preguntó si podía tocarme, pero el hecho de que me hubiera trepado sobre él, seguro que le daba una pista de que no tendría inconvenientes.

Un infarto a los treinta y siete años. Esas eran palabras mayores. Desgraciadamente esas palabras no podía procesarlas al mismo tiempo que procesaba todas las sensaciones en mi cuerpo. Jack estaba ayudándose con las suaves olas para moverme. Sabía que me estaba torturando... Dulcemente. Me estaba rozando la entrepierna contra su dura erección mientras me rozaba sus labios en la mejilla y el cuello y continuaba hablando.

Una larga cirugía de corazón abierto de seis horas y luego una recuperación de varios meses. Mi respiración comenzó a volverse pesada y

entrecortada cuando movió su mano de mis caderas hasta mi pecho, mientras me miraba a los ojos y la deslizó discretamente debajo de mi traje de baño. Me atrapó el pezón con fuerza entre los dedos.

Mi corta exclamación de sorpresa quedó atrapada entre sus labios. Podía oír una alarma en la cabeza que pretendía alertarme que este era un desconocido y que todo esto podía ser peligroso. Pero nunca me había sentido tan atraída hacia el peligro. Me dejé besar con la misma pasión de antes y comencé a hacer mi propia lista mental de la información que tenía de este hombre: divorciado dos veces, veintidós años mayor, dos hijas adultas y mayores que yo, un nieto, un infarto. Posiblemente era el momento perfecto para correr. Pero él seguía apretándome contra él y ahora su mano completa me cubría y masajeaba un seno. No me parecía que fuera a darme ganas de correr por mucho rato.

Él sí corría, ocho kilómetros diarios, y lo hacía desde hacía más de veinte años, tres o cuatro veces por semana y nadaba desde los cinco años, dos o tres veces por semana también. Me di cuenta de que estaba jugando con el broche de la nuca de mi traje de baño, hasta que logró soltarlo. Estábamos en un lugar público, a la vista de quien nos viera, pero estábamos colocados de forma que su cuerpo cubría completamente el mío. Agachó la cabeza y tomó el otro pezón entre los labios, mientras yo dejaba caer el torso hacia atrás.

Su infarto parecía un tema importante para él, fue producto de un problema congénito en el corazón, del cual me dio el nombre técnico, pero no hice ningún intento de retener. Mi infarto iba a ser en este mismo momento producto del cúmulo de sensaciones que este hombre estaba haciéndome sentir en todo el cuerpo mientras jugaba con mis pezones.

Algún tiempo pasó para cuando oímos el ruido de conversaciones y risas que se acercaban a la orilla, y supimos que otras personas venían hacia el mar. Aún no podían vernos, pero era hora de parar. Sin dejar de mirarme a los ojos, él agarró los extremos del broche y volvió a cerrarlo en la nuca. El mensaje era que teníamos que calmarnos... Por ahora.

Nos separamos un poco, sin soltarnos, pero sin tocarnos íntimamente. No quería seguir hablando de su infarto, por lo que elegí otro tema. Paul. Y vi sus ojos iluminarse. Nos conocíamos hacía un día y parecía que estábamos preparados para hablar de todo.

Nuestro almuerzo fue ligero y delicioso. Jack consumió prácticamente la totalidad de los vegetales que ordenamos y una buena ración de pescado y mariscos a la brasa. Yo me consumí casi todos los tostones que ordenamos, una pequeñísima ración de la ensalada verde y una porción similar a la de él de pescado y mariscos. Acompañamos nuestro almuerzo con agua con gas. Cuando preguntó si ordenábamos postre, preferí aplazarlo para la tarde, así podríamos tomarlo como merienda.

No volvimos al agua y preferimos quedarnos conversando en nuestra mesa, disfrutando de una puesta del sol cálida y colorida. Tampoco volvimos a besarnos, pero de vez en cuando dejábamos rodar los dedos por la piel expuesta del otro: cara, brazos, cuello, muslos. El toqueteo era un entretenido juego de anticipación.

Me comentó que no le gustaba conducir por las carreteras de la isla en la oscuridad, por lo que mejor empacábamos temprano. El regreso fue lento como si todavía estuviéramos disfrutando ese último trocito de fondant de chocolate con helado de vainilla que ordenamos hacía un rato. Nos descubrimos como dos amantes del chocolate. Almas gemelas. Podía hacer otra lista mental y comenzar por decir que tenía los ojos azules más hermosos de la tierra, la voz más profunda y dulce y que además le gustaba el chocolate. Entonces, ¿qué podía ir mal?

CAPÍTULO CUATRO

¿Subes?

Al llegar al séptimo piso el amplio ascensor avisó con una música divertida. Eso no recordaba haberlo escuchado antes en ninguna parte. Me provocó risa, pero igual podían ser los nervios que me volvían a traicionar. Jack tenía el brazo descansando alrededor de mí o, mejor dicho, cruzado desde mis hombros hasta mi cadera y yo estaba recostada cómodamente contra su cuerpo mientras me paraba de puntillas para besarlo.

Teníamos que salir del ascensor. Sentí que me empujaba un poquito y me dirigió a la puerta de su apartamento. Siete Cero Uno. Mientras abría la puerta apoyó la barbilla en mi cabeza. Esta postura hacía evidente nuestra diferencia de estatura. Mis cinco pies dos pulgadas apoyados en sus... «¿Cuánto mides?», le pregunté con voz melosa y divertida mientras él giraba sus llaves en la cerradura. Durante el día logré sentirme cómoda con él. Los nervios de la mañana habían desaparecido en la playa y ya me sentía cautivada por su conversación, por sus ojos, por sus manos y por su boca. «*Six two*». Claro, solo seis pies dos pulgadas.

Unos momentos antes, al llegar a su calle, detuvo el Mercedes frente a su edificio y paró en paralelo junto a mi vehículo. Me acerqué para besarlo y despedirme, pero no me soltó la mano. «*¿Want to come up?*». Ni siquiera lo pensé un segundo para contestar, por supuesto que sí: quería subir a su apartamento y ahora ya estábamos aquí arriba.

Me sorprendió la decoración. Si consideré su oficina elegante fue porque no había visto su apartamento. Aquí la combinación de colores era chocolate en la piel oscura de los sillones, un marrón más claro en la alfombra, color crema en las paredes y algunos pocos detalles de color naranja como cojines, figuras sobre la mesa del café y unos diminutos detallitos en las cortinas de visillo. Me supuse que alguien se ocupó de la decoración. Un profesional. O una profesional. De cualquier manera, el resultado era exquisito.

Sentada en uno de sus sofás, lo vi acercarse con dos copas de vino en la mano. Durante el día ya le había comentado que no ingería alcohol y él me contó que a esta altura de su vida solo bebía vino tinto y dos copas como máximo por día, si no manejaba. Durante nuestro día en la playa solo había consumido agua, pero aquí venían sendas copas de merlot.

Según me contó esa tarde, había bebido en grandes cantidades en su juventud y decía tener una década borrada de su memoria entre los veinte y treinta años. Decía que en esos años lograba ser funcional a base de dextrosa. Se desintoxicó voluntariamente y bajo supervisión médica, y no bebió nada de alcohol durante años. No llegué a preguntar cómo volvió a beber ni por qué, o por qué solo vino. Probé el contenido de la copa que me entregó y no me gustó. No me gustaba el alcohol.

Lo observé mientras se movía hacia su aparato de música. Sonaba una voz masculina. No reconocí la canción, pero me pareció música gringa de los sesenta. Se acercó al interruptor en la pared y bajó un poco las luces. Oh, Dios, quizá era mejor que me bebiera el vino. Volvió a acercarse y se sentó junto a mí en el sofá y volvió a abrazarme. Parecía estar a gusto y tener un propósito bien definido que involucraba desnudarme en los próximos minutos.

Volvió a besarme en la boca mientras sus manos me movían para que me sentara sobre él, con mis rodillas a cada lado de sus caderas. Su boca se fue resbalando hasta besarme el cuello. Me pareció que estaban explotando fuegos artificiales en la sala, podía ver las luces de colores, pero no los escuchaba claramente porque él me estaba murmurando cosas que no entendía en el oído.

Bajó los tirantes de mi vestido, acomodándolo para un lado y para el otro lado, y dejando mi traje de baño a la vista. Ya él conocía cómo soltar el complicado broche, por lo que en esta ocasión la operación fue sencilla. En un máximo de dos segundos tenía los senos expuestos y sentía la cara ardiéndome. Él no tenía intenciones de disimular que le gustaba lo que estaba observando y pude ver como su lengua se deslizaba suavemente sobre sus labios antes de acercarse y deslizarla sobre uno de mis pezones. El borde de mi falda ya estaba subido hasta la cintura, y yo en cualquier momento me iba a desmayar o iba a pedir un tanque de oxígeno.

Podía sentir su erección otra vez contra mis muslos, pero él se aseguró

de que no me quedaran dudas cuando me tomó la mano y la colocó firmemente sobre el zipper de su pantalón. Me estaba hablando al oído. Decía que no era un adolescente y podía controlar su cuerpo, pero que así estaba en nuestra reunión de ayer, desde el momento que entré a su oficina. Soltó el botón de su pantalón y deslizó su mano hacia mi entrepierna. Rozó el borde de mi traje de baño, sin avanzar más. Entendí que me estaba invitando a tocarlo y a devolver las caricias, por lo que sentí como me temblaban las manos de solo intentarlo y me sentía torpe.

Mientras nos besábamos entró una de sus manos en el bolsillo de su pantalón y sacó algo que dejó sobre el sofá a nuestro lado. Un preservativo. Mi instinto de autosabotaje salió a flote y no lo pude contener. Se me ocurrió la grandiosa idea de pedirle que paráramos un momento porque quería explicarle que era virgen y que por tanto no había hecho nada de esto antes.

Su mirada fue divertida por unos segundos, pero pude identificar en sus ojos el momento justo en que entendió que le decía la verdad. Sentí que la temperatura de la habitación bajaba estrepitosamente. Se movió para poner toda la distancia posible entre nuestros cuerpos ¿Que por qué no lo se lo dije? Me sentí aturdida y confundida. ¡Lo estaba diciendo ahora! ¿Estaba molesto en serio? Dijo que le habría gustado saberlo antes. Y tuve que preguntarle ¿antes cuándo? ¿La semana pasada? ¡Nos conocimos ayer!

Se puso de pie, caminó por la sala y apagó la música. Puso las luces a toda potencia otra vez. Bueno... En todas partes que hacían eso significaba que se había acabado la fiesta. Traté de acomodarme las ropas tan rápido como pude porque evidentemente me estaba invitando a irme, aunque yo no estaba clara en el porqué. Lo oí exclamar en tono atormentado que yo caminaba destilando sensualidad, que estaba seguro de que mi actitud inocente era una pose para volverlo loco. Que no podía creerlo.

En mi prisa, no encontraba una de mis zapatillas, hasta que finalmente la saqué de debajo de la mesa del café. Me importaba muy poco lo que él creyera o no. Recogí mi bolso de playa del piso y me aseguré de tener la ropa correctamente acomodada. Lo oí hablarme con voz tensa: «*I'll call you next week*», que me llamaría la siguiente semana.

Estaba parado a un lado de la puerta y tuve que rozarlo para salir. Evidentemente esperaba que saliera de su casa y rápido. «Vete a la mierda»,

fue todo lo que atiné a decir mientras salía como un rayo de aquel apartamento. Que no me llamara. Me sentía humillada y en cualquier momento iba estallar en llanto por culpa de ese cretino.

Presioné el botón del ascensor varias veces, pero apenas marcaba que estaba en el *lobby*, por lo que decidí bajar las escaleras. Sentía la mirada de Jack sobre mi espalda, pero no le daría el gusto de ver lo contrariada que estaba. Él aún estaba de pie junto a su puerta. Yo ni siquiera entendía qué había pasado. Bajé dos tramos de la escalera para cuando escuché que finalmente cerraba su puerta. Ahí ya no pude contener las lágrimas.

CAPÍTULO CINCO

Mi nuevo proyecto

En Carthis & Co teníamos una regla que no estaba escrita: quien hacía el contacto y la venta del proyecto de alguna manera se haría cargo de él, a menos que requiriera una mezcla de talentos muy específica. El lunes llegué antes de mi horario usual para avanzar algunas tareas, reconociendo que tendría un día bien cargado. Me apuré a dejar mis cosas en mi escritorio y me dirigí a la pequeña cocina de nuestras instalaciones para pedirle un cafecito a nuestra conserje, la señora Amantina, y el rico aroma delató que justo estaba terminando de prepararlo. Conversamos animadas de la casa que actualmente construía para ella y sus cuatro hijos y cuánto logró avanzar en este fin de semana.

Nuestra conserje es una mujer de unos treinta y cinco años. Pausada, educada, humilde y posiblemente sin ninguna escolaridad, pero con muchas ganas de progreso para ella y sus hijos. Yo me había preguntado varias veces quién sería si hubiese tenido oportunidades para estudiar. Primero fue madre soltera en la adolescencia y en los años posteriores enviudó de su segundo compañero. Ahora eran solo ella y sus hijos.

Como fue fin de semana de pago, pudo saldar algunas de sus cuentas pendientes y comprar más materiales de terminación en la ferretería de su vecindario. Yo sabía que, con los créditos que llevaba, esos materiales le estaban saliendo más costosos que si los adquiriera en un gran almacén, pero Amantina no confiaba en los grandes almacenes. Posiblemente nunca había puesto un pie en uno.

Me serví el humeante café, pensando que Amantina hizo algo productivo con su fin de semana, a diferencia de mí. Solo me quedaba suspirar. Este era uno de los mejores cafés del mundo. Molido en el momento y hervido en greca, que alcanzaba deliciosas profundidades en el sabor. Lo acompañé de poca azúcar y, si hubiese estado permitido por la hora o el lugar, me habría encantado acompañarlo también de un chorrito de licor. ¿O diez?

Debía concentrarme en ser productiva y no me permitía pensar en nada diferente. Cerré el capítulo del domingo sentándome frente a mi computador y volviendo a leer todos los correos que intercambiamos la noche del sábado. Abrí una cuenta de correos gratuita y me envié todos los mensajes, los que escribió él y los que le contesté yo, y borré esos *emails* de mi cuenta de la empresa.

Si me concentraba en trabajar en unos días habría olvidado el funesto fin de semana. Me ocupé de transcribir mis notas y abrir un archivo compartido en la carpeta de propuestas con el nombre «Seasons DG» para guardar toda la información del prospecto, hasta que eventualmente pudiera trasladarlo a la carpeta de clientes. Me ocupé de establecer el propósito, preparar un cronograma detallado de las actividades, estimar las horas del equipo de trabajo y finalmente construir la propuesta. La tuve lista para la mitad de la tarde y logré terminarla y enviarla a mi jefe antes de la hora de salida. Él se encargaría de revisarla, ajustar los valores y el precio, si lo entendía necesario, y enviarla al día siguiente al *gringo*.

Cuando estuve lista para salir, mis tres compañeras de trabajo más cercanas se acercaron a mi cubículo para conversar. Era nuestra rutina del final del día para hacer un poco de descompresión.

«Hoy te has ganado cada peso, ¿eh?», se burló Sonia Perdomo, una consultora de mi equipo. No has levantado la cabeza de esa pantalla en todo el día.

«Es que ya sabes, hay quienes dicen que sí a todo», dijo María José Aquino, consultora del equipo de mercadeo. No era necesario que abundara. Todas las que reportábamos directamente a Michael vivíamos la misma realidad, pero por lo menos tratábamos de que el equipo de asistentes que reportaba a nosotras recibiera una programación de su trabajo y pudiera nivelar su carga... Tal cual quisiéramos poder hacer nosotras.

En el equipo éramos seis consultores líderes, seis consultores asistentes y cuatro personas en el área administrativa. Un total de diecisiete contando a nuestro *country manager*.

Gianna Velázquez, una consultora asistente, preguntó si queríamos ir al cine hoy y a coro las otras tres preguntamos: «¿Un lunes?». Pedí que lo planificáramos para el fin de semana, cuando posiblemente estaría menos

cansada que hoy.

Ahora tendría que pagar algunas consecuencias de mi comportamiento en el fin de semana. Dejé plantadas a mis amigas el sábado y no di ninguna explicación. Los mensajes de texto fueron subiendo de tono desde el domingo en la tarde hasta hoy y ya era hora de que diera la cara. Nos íbamos a ver en una pastelería cerca de mi oficina. No iba a explicar nada, y algo como «me dormí» sería mi respuesta. Me salvaba que, de cualquier manera, el tema principal era la boda.

Mi mejor amiga, Alina Paredes, se casaba este año, en abril. Y prácticamente toda nuestra vida se desenvolvía alrededor de los preparativos. Lista de invitados, invitaciones, las coordinaciones del local, la iglesia, el *buffet*, las bebidas, la música, nuestros vestidos, el vestido de novia, el tocado, los zapatos, el traje del novio... El nivel de *stress* subía considerablemente desde Año Nuevo porque realmente todo tomaba mucho tiempo, todo había que revisarlo y la fecha estaba a la vuelta de la esquina.

Pero aún con el alto *stress* con la fecha, las amigas no se dejaban engañar. Tan pronto entré en la pastelería me recibió el agradable olor a pasteles, chocolate y café. No tuve gran apetito en el día, y si mal no recordaba, mi última comida fue pescado a la brasa, vegetales y tostones el día anterior.

Llegué hasta la mesa donde estaban sentadas Sarah y Alina, saludé y me senté. Alina me dijo, con su acostumbrada ausencia de sutilidad: «¿Y a ti qué te pasa?», aún me sorprendía su habilidad para no dar rodeos e ir directa al grano.

La miré a la cara y luego a mi amiga Sarah Peña, y puse cara de inocente. «Les dije que me dormí», respondí tranquilamente. «Tienes cara de haber estado llorando, pero nadie te va a obligar a hablar, ¿verdad? ¡Cuando quieras!», la oí contestarme en tono acusatorio. «Miren, cambié el color del cartón de las invitaciones. Díganme si les gusta porque ahora no me siento segura de la calidad del material». La conversación se concentró en los detalles de las invitaciones, la lista de invitados y los envíos. Aunque de cuando en cuando mis pensamientos volaban a los eventos del día anterior y me daban ganas de contar mi increíble aventura del fin de semana, la experiencia me dejó un sabor tan amargo que desaparecían las ganas de

compartir.

Asumí mis nuevas tareas de cotizar el maquillaje y los peinados en el salón de belleza para todas nosotras. Damas, pajes, la mamá de la novia, la mamá del novio, las abuelas... La lista era interminable. También debía cotizar el alojamiento para dos de las damas, que eran compañeras del colegio de Alina y que no vivían en el país. Acordamos que nos volvíamos a ver el martes de la semana siguiente y así cerramos nuestra reunión semanal. ¡Sale y vale!

Cuando nos despedíamos en el estacionamiento, Alina me abrazó fuertemente y me susurró: «No importa qué tan ocupadas estemos, siempre tengo tiempo para escucharte. A la hora que quieras». Era una frase que nos repetíamos desde que nos conocimos en la universidad. Hoy apreciaba esas palabras de manera especial; sin embargo, no fui capaz de abrirle mi corazón.

En lugar de irme a casa, decidí manejar hasta el estudio de danza y tomar una clase de *jazz*. Bailar por un par de horas me ayudaría a relajar los músculos, rígidos y adoloridos por la tensión de todo el día. Fue una sesión intensa, en la que terminé con las ropas empapadas de sudor, pero feliz.

Al día siguiente, martes, no iría a la oficina porque estaría todo el día visitando un cliente. Uno de mis proyectos favoritos de todos los tiempos. Villaflor era una compañía productora y exportadora de flores y vegetales. Contrataron a Carthis-Amaranto & Co para crear los manuales de procesos y procedimientos según los estándares internacionales, para así cumplir con todos los requerimientos del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos y las políticas agrícolas europeas.

Esto necesariamente había incluido una intervención para mejorar los procesos de almacenaje de las semillas, la siembra, el riego y la recolección tanto de las frutas y los vegetales como de las diferentes variedades de flores. Trabajamos también con la evaluación de los mercados para colocar esos productos y una minuciosa ponderación de los canales de distribución a utilizar. Había dirigido este proyecto, trabajándolo con Gianna y Sonia casi un año atrás.

Un año después, con la producción ya estabilizada para los principales rubros, los propietarios estaban decididos a invertir en la ampliación, y por eso estábamos allí nuevamente.

Hoy estaba en la oficina con Martha Presto, la propietaria del negocio. Ya habíamos conversado acerca de su boda, su luna de miel, su nueva y feliz vida de casada y, de paso, también de los resultados del negocio en el último semestre. Su decisión y la de su papá, que también era su socio, era de reiniciar un proceso de planificación estratégica para trazar las pautas de su crecimiento. Eso significaba otra propuesta, lo que era fácil de armar, ya que era el reinicio de una intervención con un cliente conocido. Prometí entregarla en dos días a más tardar.

A mediodía recibí una llamada en mi celular de parte de mi jefe. El nuevo proyecto en Seasons DG había sido aprobado. El señor Seller pidió una cita para el final de la tarde y Michael me preguntaba si deseaba acompañarle. La brusquedad de mi negativa fue difícil de disimular y solo me salió una risa nerviosa. Traté de explicar que no era necesario, que seguro iban a tratar detalles administrativos y eso no me concernía.

«Bien. Voy solo y te cuento en cuanto salga».

«Claro. Hablamos luego», me salvé de que no insistiera en que lo acompañara porque ya no iba a encontrar otra excusa válida.

Esa tarde, mientras llegaba a mi clase de biodanza no podía parar de pensar en esos ojos azules. Sabía que tendría que volver a verlo. En un proyecto con una duración de diez meses necesariamente tendríamos que coincidir. Pero mis responsabilidades tenían poco o nada que ver con la Gerencia General. No me incluí en las sesiones de planificación estratégica, y coticé horas de una consultora junior para asistir a Michael en las tareas del diagnóstico financiero. Pero tenía que admitir que me quedé nerviosa con la información de que Jack había pedido una reunión para esa misma tarde. ¿Le diría algo a Michael? Podía solicitar que yo no participara en el proyecto, sabía que había pasado antes con otro cliente y otra consultora, pero creo que por razones distintas relativas a un conflicto de intereses debido a su experiencia anterior con la competencia. La incertidumbre me mataba y sentí que se me hacía un hoyo en el estómago. Solo quedaba esperar...

Llegó el martes de la semana siguiente y estaba conduciendo por las entaponadas calles del ensanche Piantini para verme nuevamente con mis amigas, en nuestra pastelería favorita. La semana transcurrió sin contratiempos y tranquila. El reporte de Michael de su reunión con el señor Seller fue bastante escueto, lo que me decía que no le había dicho nada. Michael no era ni discreto ni cauteloso y cualquier comentario que le llamara la atención me lo habría dicho de inmediato. En lugar de eso, fijaron fecha para iniciar esa misma semana tanto con las sesiones de planificación como con el levantamiento de procesos. Así fue como me presenté a trabajar con el departamento de «Cuentas» ese jueves.

Conocí en persona a Laura Méndez, mi primer contacto y quien era la asistente del gerente general. Además, sería la coordinadora de nuestros trabajos. Era joven pero no tanto como su voz. Tendría unos treinta años, quizá. Delgada, alta y de piel clara, pelo rubio, ojos dorados y una nariz muy perfilada. Su sonrisa era contagiosa y su tono de voz alegre, posiblemente con un acento *cibaeño*, el mismo de mi colega Sonia, por lo que estuve al punto de preguntar si era santiaguera. Llegó a la empresa como una de las primeras empleadas al momento del establecimiento de la compañía. Fue la asistente del gerente general anterior por alrededor de un año y medio, y llevaba seis meses trabajando con el actual.

Era una mujer inteligente y dinámica y tenía conocimiento muy valioso tanto de la empresa como de sus empleados. Definitivamente, ella sería una aliada para mi firma y para esta intervención. Luego de nuestra conversación de introducción, me llevó al piso superior y me presentó a parte del personal. Les hizo la introducción de que yo era parte de la firma consultora que estaría trabajando el proyecto de estructuración, del que les habló el señor Seller antes de salir de viaje. ¡Oh! Y también les explicó que en principio estaría haciéndoles entrevistas individuales y luego haríamos algunas actividades en grupo. ¡Qué magnífica sensación de alivio! Él no estaba. Por el momento no tendría que temer encontrarlo en un pasillo.

Ese mismo día hice la primera parte de mis entrevistas y estaba feliz con el resultado. Al terminar, bajé hasta el primer piso y me despedí de Laura. Le avisé de que volvería el próximo miércoles a las tres de la tarde y ella me avanzó que los miércoles compartían postre en toda la oficina. Si llegaba un poco antes, podría alcanzar a probarlo. Y así, Laura se convirtió en una de mis

personas favoritas, por el simple hecho de ofrecerme parte de su postre. No, en serio, me cayó de maravillas.

¡Alerta! Próximo miércoles se traducía a: ¡mañana! Y me olvidé mis notas en la oficina. Podía gruñir. Si me desviaba en ese momento llegaría tarde a mi cita, por lo que al día siguiente tendría que ir primero a recogerlas, ya que tenía reunión en las oficinas de otro cliente en la mañana.

Finalmente llegué a mi punto de encuentro con mis amigas, luego de manejar casi veinte minutos en un tránsito infernal para recorrer un par de cuadras. Me estacioné y recogí el resultado de todos mis encargos para mostrárselos y discutirlos con ellas. El paquete era enorme. La evidencia de que trabajé duro.

El miércoles llegué unos minutos antes de las tres a Seasons. No había ningún otro vehículo en el estacionamiento. Me anuncié en la recepción con la joven amable, quien me informó de que siguiera hasta la oficina de Laura porque ella me estaba esperando. Y no estaba sola, sobre su escritorio descansaba un enorme trozo de bizcocho de chocolate, que definitivamente era suficiente para cuatro personas.

Me aseguró que esa era solo su porción y que por eso estaba más que feliz de compartir. Yo no lo podía creer. Si yo me comiera un trozo de bizcocho como ese todas las semanas, en un mes estaría rodando; sin embargo, Laura se movía entre el rango de delgada y muy delgada. La vida era definitivamente injusta.

Cuando terminamos de devorarnos nuestras porciones me preguntó si quería que me acompañara hasta «Cuentas» pero realmente no era necesario. Ya me sentía en confianza.

En dicha sección tenían catorce personas en cuatro niveles de la estructura organizacional y posiblemente era el departamento más intenso de las operaciones del negocio. Su función principal era la colocación en el mercado y el cierre de ventas de los lotes en desarrollo y bienes raíces. Trabajaban directamente con el área de ingeniería, que les hacían las entregas de las unidades terminadas, almacén y logística que garantizaba que todas las unidades fueran correctamente suplidas, y finalmente con el departamento legal, quienes les apoyaban en el cierre de las ventas con los contratos y las transacciones fiscales.

Era mucha carga de trabajo, pero hasta ahora la gente parecía contenta con lo que hacía. La queja era el volumen de papeles que tenían que mover de un lado para el otro. Por todos lados sonaban aquí unas alertas de la necesidad de automatización.

Estas entrevistas me iban a tomar cuatro sesiones y no tres como yo había dispuesto. Y para mejorar mi panorama, Dinorah, una señora de unos cuarenta años que entrevisté en la ocasión anterior, quería que volviera a verla para aclararme «otras cosas». Su posición era de tenedora de libros, pero ella estaba segura de que era quien tenía las funciones más importantes del departamento. Traté de soltarme y ubicarla para el final, pero no se dejó y ahí estábamos sentadas en su cubículo otra vez. El tiempo pasaba, nuestra conversación daba círculos en el espacio y no me estaba agregando nada importante a mi entrevista anterior, pero seguía hablando y hablando de la relevancia de todas y cada una de sus labores. Tendría que optar por una salida algo brusca para poder seguir trabajando.

«Bueno Dinorah...», traté de interrumpir cuando yo misma fui interrumpida.

«Buenas tardes». Literalmente debo de haber brincado de la silla al oír esa voz detrás de mí. No tuve que voltearme para saber quién estaba en la entrada del cubículo.

«Señor Seller, como está usted», dijo Dinorah en un tono que más bien podía catalogarse como ronroneo y con una sonrisa de oreja a oreja.

«Bien, Dinorah, ¿cómo sigues?», contestó Seller sin mirarla y muy atento a mi reacción.

Como Dinorah saludó con ánimo por las dos, solo me limité a sonreírle al visitante. Pero él se acercó y me puso una mano en el hombro para decirme que cuando terminara, por favor, lo buscara en su oficina. Escuché la mitad de la frase y la otra me la imaginé. El corrientazo lo sentí desde el hombro hasta los pies, ida y vuelta. Se despidió y salió del cubículo. Todavía pude seguir oyéndolo por un rato conversando en español con otras personas mientras veía que la boca de Dinorah seguía moviéndose sin parar.

¡Ok, Dinorah!, pensé en silencio, de ahora en adelante tienes toda mi atención. Di todo lo que quieras, y después de ti tengo aún otras dos personas para entrevistar. Esperaba que el «señor Seller» se hubiera ido cuando

terminara mi ronda completa.

¡Bien! Seis y quince. No había logrado retener por más tiempo a Luis Perdomo, el gerente de cuentas. Casi todas las oficinas estaban cerradas y apagadas. Bajé al primer nivel y encontré prácticamente lo mismo. Caminé despacio hasta la oficina de Laura, sentía los pies pesados como si estuviera arrastrando unas cadenas. La oficina estaba cerrada y apagada, pero la siguiente tenía la puerta abierta y las luces encendidas.

Podía devolverme. Desde aquí podía escuchar que él estaba conversando con otro hombre. Seguí caminando, o mejor dicho arrastrando los pies, hasta pararme en el marco de la puerta.

«*Hi Mr. Seller... I'm leaving... I'll be back next week... Maybe then...*», dije con un tono de voz muy poco resuelto.

«¡Ey, no! Ya mismo me marchó», exclamó el otro señor con un acento suramericano, posiblemente venezolano. «Pasen feliz tarde», me dijo mientras salía de la oficina y lo vi alejarse por el pasillo y salir a la recepción cargando una mochila para computadora. Ahí se marchaba mi última oportunidad de evitar a este señor.

«*Please, come in*». Quería que pasara a su oficina. Oí su voz varonil justo encima de mi cabeza y volví a sentir todas las emociones encontradas de los últimos días. Entramos a la oficina y vi que cerró la puerta y ¿le puso el seguro? ¡No entendí! En su apartamento me abrió la puerta de par en par para que saliera lo antes posible. ¡Este estaba loco!

Yo estaba de pie frente a su escritorio. Y lo vi acercarse a mí sin atreverme a mover un solo músculo. Me besó en los labios con un beso de mucha pasión y algo de violencia. Un beso parecido a los últimos del domingo en la noche y nada que ver con los tímidos y exploradores del domingo en la mañana. ¡Oxígeno! Solté al piso mi cartera y mis llaves para poder abrazarlo y meter las manos en su cabello.

Sus manos estaban en todas partes. Inspiraba como si quisiera absorber toda mi esencia. Esto no estaba bien. Yo estaba furiosa y debía recordármelo. Esto no podía ser así. ¿Verdad que no? ¿O sí? ¡Yo estaba ofendida! Sentí como sacó la blusa de mi pantalón mientras su lengua me exploraba la boca, y metió las manos por la espalda para buscar el cierre de mi brassier. Ahí se me acabaron los pensamientos coherentes.

No encontró el cierre en la espalda y comenzó a deslizar las manos hacia mi pecho, pero solo los rozó. En algún momento decidió parar y dar un paso atrás. Confieso que mi indignación y mi molestia se habían esfumado hacía mucho rato. Yo no quería que parara... Así que traté de recuperar un poco de indignación, a ver si servía de algo. Me empujó suavemente para que me sentara en una de las sillas que estaban frente a su escritorio y se sentó él en la otra. Me estaba mirando fijamente por lo que traté de arreglarme la ropa y peinarme un poco. ¡Total! Él me puso así y él tenía un reguero de pintalabios en su boca. Me incliné hacia su escritorio para tomar pañuelos desechables para él y para mí y se los entregué.

Al mismo tiempo él me entregó un sobre blanco.

«*Check this*», me ordenó con voz tajante que mirara el contenido del sobre y por supuesto tenía que preguntarle qué era lo que tenía en mis manos

«*What is it?*», le cuestioné sobre lo que tenía en mis manos, pero su tono no mejoraba.

«*Read, Larissa*», ordenó nuevamente que leyera los documentos.

Abrí el sobre y saqué varias hojas impresas en papel elegante que estaban dobladas dentro. Tenían el logotipo de un hospital, pero miré la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y aún no sabía lo que estaba leyendo. Leí nuevamente. Parecían unos estudios.

Ahora podía encontrar cosas que había visto antes: «HGB» hemoglobina, que estaba en quince cincuenta; «HDL», colesterol, en ciento ochenta y cinco. Regresé a la primera página y vi su nombre, su edad, la fecha de cuatro días atrás y una dirección en Atlanta. Ok, ahora sabía lo que estaba viendo... «HPV», Human Papiloma Virus: negativo. «HIV/AIDS»: negativo...

Movió la silla en la que estaba sentado para acercarla a donde estaba yo sentada y puso sus manos a cada lado de mis muslos para indicarme que era inteligente que, al iniciar una relación sexual con un hombre, me asegurara de que estaba limpio.

Sus palabras patinaron un rato en mi mente y profundizaron mi confusión.

¿Si iba a acostarme con un hombre? Anjá... O sea, en caso de que yo quisiera. Y entonces tenía sus exámenes en la mano... La prueba de que él

estaba «limpio»... Me sentía como una persona con daño cerebral tratando de solucionar un acertijo: ¿se estaba ofreciendo él como candidato? Solo atiné a mirarlo a los ojos para preguntar qué pasó el domingo en la noche y su respuesta fue totalmente inesperada.

«I got scared like hell». ¿Se asustó? Pero ¿susto de qué?

«But why?», yo seguía tratando de encontrar respuestas.

«I don't know, I can't explain that kind of fear», decía que no podía poner en palabras el miedo que sintió.

«Were you scared of me?». Yo no comprendía que yo lo asustara, que sintiera miedo de mí.

«Not of you, of hurting you». En ese momento supe que sus palabras no las iba a olvidar nunca en mi vida. Su temor de hacerme daño estaba muy bien fundado.

CAPÍTULO SEIS

Entre la espada y la pared

Laura estaba absorta observando las fotos que había recibido hacía una hora en su correo electrónico. No le cabía duda de que la dirección de quien le enviaba era falsa, pero sabía de quién procedían.

Mauricio viajó el domingo anterior a un entrenamiento en Florida y las tantas veces que le había preguntado si viajaría solo le había contestado que «por supuesto que sí». Las fotos decían diferente. Patricia Ospina estaba en todas las fotos que había recibido. En algunas incluso parecía estar posando para la cámara.

Quería pensar que eran fotos inocentes. En la primera estaban los dos de pie, uno frente al otro. Él estaba vestido con la camisa amarillo tostado que Laura le regaló en su cumpleaños tres semanas atrás y unos elegantes pantalones grises. Mauricio seguía siendo el hombre delgado que ella conoció en la universidad a los dieciocho años y con quien se casó con apenas veinte.

Su piel tostada lo hacía parecer que exhibía un bronceado permanente y contrastaba con el pelo grueso y oscuro. Tenía abundantes cejas y pestañas que a veces guardaban como una sorpresa el verde brillante de los ojos. La nariz era grande y perfilada y los labios carnosos y anchos. En estas fotos lucía el corte reciente que se había hecho justo antes de viajar.

Las manos de Patricia estaban sobre el pecho de él, mientras ella echaba la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Parecían divertidos. Quizá estaban compartiendo algún chiste muy gracioso. El pelo rizado y negro azabache de Patricia le caía hasta cerca de la cintura, donde tenía Mauricio la mano para atraerla hacia él.

En la siguiente foto estaban sentados uno junto al otro, al parecer en un salón de conferencias, con muchas otras personas a su alrededor, pero Mauricio tenía la cabeza apoyada sobre su brazo y tenía toda su atención puesta en ella, quien sonreía mientras le acariciaba la cara con su mano larga y huesuda.

La siguiente foto los mostraba a los dos cruzando una concurrida calle. Parecían modelos sacados de una revista. Ambos usaban lentes de sol de diseñador, ropas elegantes y costosas; ella exhibía una cartera Hermès en su brazo, zapatos de cuatrocientos dólares e iban despreocupadamente tomados de las manos.

La última de todas le hizo saborear la hiel en su boca. Estaban en lo que parecía la recepción de un hotel. Otra foto de cuerpo entero en la que Mauricio la abrazaba por detrás con los dos brazos rodeando su cintura. Ella tenía la cara levantada hacia él, mientras él metía la cara en el arco del cuello de ella. Estas no eran fotos inocentes y Patricia se aseguró de que Laura las recibiera todas.

Aparentemente, Laura no pudo haber elegido un peor momento para embarazarse.

Habiéndose casado diez años atrás, pero demasiado jóvenes para asumir la responsabilidad de ser padres, los Méndez decidieron esperar para avanzar en sus carreras y estabilizarse. Aplazaron la búsqueda por siete años, cuando ya Mauricio había alcanzado su anhelada posición de gerencia en un banco de inversiones internacional y asumió su perfil de ejecutivo a las mil maravillas.

Laura había preferido profesionalizarse en la posición de asistente ejecutiva. Tenía una licenciatura en administración de empresas, pero no aspiraba a las posiciones gerenciales que la harían escalar profesionalmente y de paso perderse sumergida en trabajo constante.

Su gran secreto era que, como asistente ejecutiva, dominando tres idiomas, pudiendo preparar y administrar un presupuesto, con fuertes habilidades para el manejo de estadísticas y además siendo capaz de hacer impecables redacciones, logró hacerse de un prestigio que ubicaba su valor en el mercado por encima del salario de muchas gerencias y direcciones en empresas medianas.

Hacía dos años que había encontrado el trabajo de sus sueños en Seasons Development Group, cuando Wilson Wallace, el anterior gerente general y quien la había contratado, la persiguió y la conquistó, la convenció de dejar su trabajo de cuatro años como asistente ejecutiva de la presidencia de una renombrada organización no gubernamental que se ocupaba de trabajar

por el desarrollo de comunidades rurales y poblaciones en riesgo.

La burocracia no era lo suyo. En aquellos tiempos consideraba su trabajo la dimensión más aburrida de su vida y le ocupada demasiado tiempo. En conclusión, su vida era aburrida y la oferta del señor Wallace le despertó sentimientos encontrados de inmediato.

Laura reconocía como una de sus debilidades su temor a los cambios. Si bien era cierto que su trabajo era aburrido, les brindó la estabilidad que Mauricio necesitaba para perseguir su propio sueño. Estudiar una Maestría en Inversiones Bursátiles que le obligaba a trabajar solo medio tiempo. Su logro de concluirla con excelentes calificaciones permitió que lo reclutaran para la posición que ocupaba hoy, y la había liberado a ella para buscar nuevos rumbos.

Y así llegaba a Seasons, a participar en el establecimiento de la empresa desde cero en la República Dominicana, acompañar en el proceso de reclutamiento de las principales posiciones y coordinar y recibir todos los entrenamientos que disponían las oficinas corporativas para las operaciones internacionales. Pero el señor Wallace fue trasladado apenas dieciocho meses después de la puesta en marcha de la filial. Lo que, a decir verdad, había aumentado su valor en la empresa.

Ella pasó a tener conexiones directas con las oficinas corporativas, dolarizaron su salario y equipararon sus beneficios a los de una posición de dirección. Definitivamente, el trabajo de sus sueños.

Pero su miedo a los cambios la hizo horrorizarse al enterarse de que tendría nuevo jefe. Trató de indagar en el corporativo quién sería, qué decían de él, qué historias relevantes podían contar. Pero no fue mucho lo que pudo investigar. Ingeniero civil, una maestría en administración de proyectos y otra en administración de la construcción. Cuarenta y seis años, soltero y con cinco años en la corporación.

La primera vez que vio a Jackson Seller lo primero que se preguntó a sí misma fue por qué no había pedido una foto de él cuando estaba investigando. Eso habría sido suficiente. Colirio para los ojos. Si trabajar con él no resultaba agradable por lo menos con mirarlo detenidamente por un rato corría el riesgo de tener varios pequeños orgasmos todos los días.

Y resultó ser un excelente líder y un gran caballero. Aunque el señor

Wallace tenía grandes méritos, el señor Seller estaba revolucionando la compañía, quizá por ser unos quince años menor o por tener un perfil mucho más agresivo. Tenía la cabeza llena de ideas innovadoras, daba espacio a su gente para pensar y ejecutar. Sus resultados, en tan solo seis meses, eran evidentes.

De alguna manera detectó potencial en Laura y lo estaba explotando. Era un jefe independiente, que manejaba su propia correspondencia y la mayor parte de sus diligencias, sobre todo su agenda, aunque él mismo instaló un programa en la computadora de Laura para poder compartirla.

Cuando aún tenía pocas semanas en el país pedía asistencia con direcciones para moverse de un lado a otro, recomendaciones de lugares para almorzar o cenar, hasta que llegó a conocer mejor la ciudad. Promovió a Oscar López, el antiguo chofer del señor Wallace, tan pronto como se abrió una posición como auxiliar de contabilidad que correspondía a los estudios que actualmente hacía el muchacho.

Esa autosuficiencia dejaba a Laura sin la mitad de su trabajo, por lo que le había llenado sus horas con la coordinación y supervisión de todos los proyectos que corrían actualmente en la empresa. Desde la intervención de consultoría de negocios con Carthis-Amaranto & Co, hasta la actualización de los programas informáticos. Y Laura sabía que las funciones le encajaban a la medida.

Ahora con siete semanas de embarazo, tenía que poner en perspectiva sus responsabilidades y planificar su salida por doce semanas de licencia de maternidad. Volvía a mirar las fotos en la pantalla de su computadora cuando oyó los golpecitos en su puerta.

«Morning». Laura levantó la vista de su pantalla para fijarla en la puerta.

La elegancia en persona estaba parada en su puerta, esta vez modelando un traje gris con camisa azul cielo y corbata azul marino de puntos grises. El pelo peinado para atrás con gelatina y una deslumbrante sonrisa en los labios. Una vez más se preguntó cómo se vería el señor Seller en sus treintas. Pero de repente Laura vio el cambio en su mirada y la tensión en su rostro, y oyó la alarma en su voz cuando le preguntó si estaba todo bien. Laura se tocó las mejillas y se dio cuenta de que estuvo llorando y no sabía desde

cuándo.

Se apresuró a afirmar que todo estaba bien mientras se secaba las lágrimas. No pasaba nada. Pero evidentemente él no le creyó y aunque susurró «ok», ella sabía que seguía preocupado y preguntándose si debía insistir. Él salió de la oficina con movimientos que parecían en cámara lenta y se dirigió a su despacho.

Laura aprovechó para caminar apresurada al baño para arreglar el maquillaje, que debía estar hecho un desastre. Tenía que ocupar la mente con trabajo. Más tarde dedicaría tiempo a decidir si devolvía ese correo que recibió y cómo se ocuparía de toda la situación con Mauricio.

CAPÍTULO SIETE

Nuestro primer mes juntos

Había una significativa diferencia entre ser virgen y ser una total ignorante de cualquier tema sexual. A un extremo ridículo para una mujer de mi edad. De la manera en que eso se llamara, el nombre me aplicaba. Estaba sorprendida, muy gratamente sorprendida, del mundo que me fue enteramente ajeno. Y curiosa de lo que aparentemente me faltaba. Iba aprendiendo lento, pero el maestro se había empeinado en tomarse su tiempo.

El caso era tan grave que tuve que dedicar tiempo a reflexionar en mi inexperiencia. A mi edad podía considerarme un bicho raro, pero no era un hecho relevante en mi vida. Por supuesto que había salido con algunos jóvenes, pero mis relaciones nunca avanzaron hasta ahí o probablemente yo corría despavorida antes de avanzar tanto. Sabía que mis amigas más cercanas no eran vírgenes, pero me suponía que era natural porque todas ellas estaban en relaciones largas y estables.

Jack estaba intrigado por mi supuesta falta de interés en el sexo y estaba inmerso en la tarea de mostrarme las bondades del mundo desconocido que había estado perdiéndome. Desde aquella tarde en su oficina, llevábamos más de dos semanas viéndonos todos los días después del trabajo o pasando mucho tiempo juntos en el fin de semana. Pero técnicamente yo seguía siendo virgen. *Believe it or not!*

Mi rutina diaria cambió totalmente. Las salidas de la oficina para ver a mis amigas quedaron aplazadas, al igual que los cafés luego de la oficina o las salidas al cine con las compañeras de trabajo. Cumplí con hacer mis nuevas cotizaciones para la boda y las envié para entregar a mano con mensajero a las oficinas de Alina y por correo recibí mis nuevas asignaciones. Estaba de vacaciones de mis clases de la maestría por dos semanas más, por lo que ni pensaba en la universidad. Había ido solo a una de mis clases de biodanza en las últimas dos semanas, e irme directa a mi casa era una opción que ni siquiera contemplaba. Ahora solo iba todas las tardes directa al apartamento

de Jack.

Usualmente salía de Carthis & Co y llegaba primero que él. Me estacionaba, escuchaba música de la radio mientras esperaba y me desmontaba de mi carro cuando lo veía llegar. El proceso de irnos conociendo era mágico y divertido. Aprendí algunas cosas interesantes y peculiares de su rutina diaria. Se levantaba antes del amanecer y se acostaba a la medianoche. Coincidíamos en la hora de acostarnos, pero levantarme temprano no estaba en mis planes ni antes ni nunca.

Le gustaba leer y decía leer todo lo que le caía en las manos, pero realmente parecía seleccionar con mucho cuidado su lectura. Tenía libros por todas partes y una biblioteca en la tercera habitación de su apartamento, que también utilizaba como despacho.

Le gustaba cocinar y lo hacía con frecuencia y delicioso. Su cocina era enorme y bien iluminada. Tenía una terminación moderna y los electrodomésticos eran de última generación. Gabinetes en blanco combinados con un tope de granito oscuro, estufa de seis hornillas y doble horno empotrado. Detalles niquelados en los tiradores, los grifos y algunos paneles y una vinera colocada en la salida hacia el comedor. Era un pequeño paraíso para un chef y él se sentía en sus aguas cuando estaba en ella.

Otro pedacito de información que descubrí fue que cuando tenía la oportunidad salía de su oficina en las tardes a visitar los proyectos de la constructora. Le gustaba el trabajo de escritorio, pero le gustaba mucho más la construcción.

Decía que usualmente vestía en ropas cómodas y casuales; sin embargo, en estos días lo vi vistiendo más de una vez exquisitamente de traje y corbata, pero aún no lo veía vistiendo en *jeans*.

El timbre de mi celular me sacó de mis pensamientos. Me paré de mi escritorio cuando vi su nombre en la pantalla, y mientras contestaba fui saliendo rápidamente al pasillo de la oficina, saludé de prisa a Amantina, quien en ese momento limpiaba las puertas de cristal, y seguí mi camino al baño.

«Hi!», lo saludé sin disimular la emoción que sentía al recibir su llamada.

«Hello, Lari». Me encantaba que cortó mi nombre convirtiéndolo en un mote cariñoso. Llamó para avisar de que estaba liado y no podría salir temprano de su oficina, pero si yo quería podía ir a acompañarlo cuando saliera de trabajar. Como ya eran las cuatro, solo tendría que esperar una hora más. Me mortificó un poco presentarme en Seasons sin una excusa y él me aseguró que se le ocurriría algo.

Por momentos, me parecía que él estaba más entusiasmado que yo con nuestra relación, si es que ya podía llamarse relación a lo que estábamos viviendo. Nos sentíamos cómodos juntos y él mostraba muchísimo interés en mí. Quería saber sobre mi vida, mis gustos, mi trabajo, mis estudios... Le gustaba oírme hablar. El timbre otra vez. Ahora el del teléfono de mi escritorio.

«Aló», y terminando de decirlo recordé que nuestra nueva política indicaba que el saludo correcto era «*Buenos días/Buenas tardes, habla Larissa, ¿cómo puedo ayudarle?*». Algún día lo recordaría antes de soltar el *aló* acostumbrado.

«¡Hola! ¿Cómo estás? Te habla Laura Méndez, de Seasons», la saludé calurosamente y me comentó que el señor Seller deseaba que le llevara las transcripciones de mis entrevistas. Ella tenía que marcharse temprano, pero podía entregárselas a él directamente. Prometí pasar a dejar esos documentos unos minutos después de las cinco y me agradeció el gesto.

Llegué a las cinco y treinta porque tuve que dejar unas muestras de tela en casa de Alina primero. Por suerte, ella no había llegado de trabajar aún y pude dejarlas con su mamá. Luego de una conversación rápida con doña Sagrario, pude salir como centella.

Cuando entré a la acogedora recepción de Seasons, la joven de recepción estaba de pie y con su cartera colgada al hombro. Saludé y le informé que iba a entregar esos documentos al señor Seller. La vi soltar su cartera y volver a acomodarla al lado de su silla de manera discreta. Esta joven era un caso de estudio para servicio y atención al cliente. ¡Una verdadera joya!

El grato aroma a café invadió mis sentidos, como cada vez que ponía un pie en esas oficinas, pero esta vez rechacé la oferta. La joven me informó de que la señora Méndez ya se había marchado por el día de hoy, pero que le

diera unos segundos para avisar al gerente. Me quedé de pie en la recepción, que se veía más espaciosa y despejada ahora que en el lugar donde estuvo el árbol de navidad había una escultura en hierro negro muy estilizada y casi de mi altura. Cinco pies dos pulgadas. No es que fuera demasiado, tampoco para una escultura. ¡Pero yo siempre usaba zapatos de tacón alto y ella no!

«El señor Seller le pide que pase, por favor». Me despedí en silencio de mi amiga la escultura y caminé por el pasillo hasta la oficina del fondo. Seguía emocionándome por la anticipación de verlo. Lo encontré esperándome junto a la puerta de su oficina, me dejó entrar y cerró... Con el seguro otra vez.

Su beso fue como distraído. Me acarició un poco la espalda y me dio un empujoncito hacia la salita. Se veía cansado, estaba despeinado y pude percibirlo tenso. Con esta relación tan nueva, yo no sabía si debía hacer preguntas o esperar que él quisiera contarme lo que pasaba. Caminó a su escritorio y puso un CD de *jazz* en el reproductor de su *laptop*. Oficialmente le encantaba la música. Era uno de los primeros movimientos que hacía cuando entraba a su casa, encender la música. Su gusto era variado e iba desde...

«I'm pissed off today... The corporate cut my budget for the year and we will run out of money in october». Jack interrumpió mis pensamientos y evidentemente no tuve que preguntar.

Estaba esperando el mensaje con la confirmación de los cambios y también una nueva propuesta de presupuesto que le estarían enviando desde las oficinas corporativas. No sabía a qué hora saldría de la oficina porque quería dejar el tema listo para pasarlo al gerente de finanzas al día siguiente. Estaban en los primeros días de febrero sin un presupuesto real.

Le sugerí ver los cambios propuestos por el corporativo con Michael. Posiblemente podían ser creativos y no necesitar disminuir las operaciones de construcción y desarrollo si recortaban los gastos manteniendo la rentabilidad. Podrían analizar de cerca las inversiones que se proyectaron para el año y decidir si eran necesarias o no en este periodo.

De repente, Jack se puso de pie como recordando algo. Caminó hasta su escritorio, abrió una gaveta y sacó de ahí unas llaves. Regresó a sentarse a mi lado en el sofá y me las entregó. Las llaves de su apartamento. Un llavero con el logo de Seasons, un control remoto para el portón del parqueo y las dos

llaves de su puerta principal. La palabra *shock* se me quedaba corta. ¿Qué se suponía que debía decir?

«*Thank you. This is a big step*». Era un paso gigante en nuestra relación.

«*Yes, it is*», convino él «*but if we are heading forward I'm ok with that, are you ok with that?*». Avanzábamos en la dirección correcta y él me preguntaba si yo estaba de acuerdo.

¿En serio me lo estaba preguntando? ¡Claro que sí!

«*Yes! Of course!*», contesté con una sonrisa de oreja a oreja. Explicó que no quería que cuando llegara a su edificio lo esperara para poder entrar a su apartamento, ni que estacionara afuera. Podía sentirme en la libertad de entrar cuando quisiera y..., luego él decidía si podía salir o no...

Se estaba riendo otra vez. Eso estaba bien porque parecía volver a su estado relajado y soltaba la tensión del día. Yo quería que me besara, pero él estaba concentrado en su trabajo y yo en su espalda, sus hombros, sus brazos. Le pregunté por qué había puesto el seguro a la puerta y vi cómo se le transformó la cara con una sonrisa pícaro. Confesó que estaba poniendo todo su esfuerzo en portarse como un caballero, pero mejor no se confiaba. Eso me hizo reír de buena gana.

Esa faceta de su personalidad, al fin y al cabo actuada, me tenía frustrada. Pero esta vez no se lo dije. Yo no entendía por qué carajos se empeñaba en ser un caballero. Y además ese título estaba definitivamente en «veremos». Yo dudaba de que un caballero jugara con el cuerpo de una mujer de la manera que él había estado divirtiéndose con el mío. Sus dedos y su boca ya me habían explorado de forma nada caballerosa. Me incitó a describirle en detalle cada cosa que me hacía sentir. Yo estaba segura de ser la primera virgen en tener doscientos orgasmos en un par de semanas, sin la ayuda de un vibrador.

Ya habíamos estado totalmente desnudos en varias ocasiones en su cama y en el sofá de su sala. Y no es necesario explicar que era el primer hombre que veía totalmente desnudo. Por lo menos el primero que veía y a la vez podía tocar, para que pudiésemos descartar unas cuantas películas porno. Pero el tema en cuestión es que aún se contenía y decía que quería esperar un poco más. «*Foreplay*», decía él. Llevábamos dos semanas de preludio. Ya

estaba convencida de que jugaba con mi salud mental.

Cuando salí de mis pensamientos, me di cuenta de que ya tenía el primer presupuesto en las manos. Su cara estaba muy seria. Estaba molesto. Hizo unas notas sobre los papeles y volvió a leer. Me quedé quieta a su lado jugando con mis llaves. ¡Realmente este era un gran paso!

Recibí un mensaje de texto de Alina indicando que le fascinaron las telas y que iba a tratar de elegir esa misma noche. Faltaban justo dos meses para la boda, y lo cierto era que teníamos mucho que hacer aún. Era necesario repartir las invitaciones treinta días antes y las que se iban al exterior habría que enviarlas en unos pocos días. Sentí que iba a dormirme. La música estaba divina y yo cansada, me estaba relajando en el sofá, y efectivamente en algún momento me quedé profundamente dormida.

Una mordida suave en la oreja. Otra. Otra más. Ahora me halaba el arete con los labios suavemente. Me desperté, pero dejé que siguiera el juego. Me susurró al oído que debíamos irnos. Eran más de las nueve. Sentí la mano recorrer el ruedo de mi blusa y luego esa misma mano, piel con piel en mi estómago. Respiré profundo al sentir sus caricias e hice evidente que estaba despierta... Y dispuesta.

Se puso de pie y me ayudó a levantar del sofá. Lo observé mientras recogía sus cosas. Tenía que irme a mi casa y se lo dije. Me encantó su cara de desilusión y el tono triste en que preguntó: «¿por qué?». Si me iba con él no saldría antes de la medianoche de su apartamento y no quería tener que dar más explicaciones a mis padres. Lo llamaría por teléfono desde mi casa y hablaríamos un rato.

«*You'd be able to take a day off this week*». Me sorprendió con su pregunta de si podría tomar un día libre en esta semana.

«*Me? Yes! When? Friday?*». Para mí sería fantástico y no sería complicado tomar un día como el viernes, por ejemplo.

«*Yes. I want you to come to Cabarete*». Me encantaba Cabarete y estaba segura de que recorrer ese poblado con él haría que me gustara aún más.

«*Yes! I've maybe ten vacation days pending from last year. I just have to report it tomorrow.. Are we coming back the same day?*». Tomaría uno de

mis días de vacaciones pero debía saber si era necesario que empacara algo de ropa para el fin de semana.

«Nope! We can leave on Thursday after work and come back on Sunday. Would your mommy be ok with that?». No dejó pasar la oportunidad de poner una nota sarcástica a su comentario. Claro que mami y mi padrastro tendrían mucho que opinar acerca de que saliera de fin de semana con un cliente. Nadie en su sano juicio hacía una movida como esa.

«She won't..., but I'll handle it».

CAPÍTULO OCHO

Cabarete, R.D.

Salimos el viernes en la mañana desde Santo Domingo a Puerto Plata y disfruté el viaje hacia la costa norte de forma muy diferente. Hice ese viaje un millón de veces sin fijarme en detalles que ahora me había hecho ver él. Tuvimos un par de buenas carcajadas porque parecía que el guía turístico era él y la extranjera era yo. Pero yo no tenía idea de que la carretera que transitábamos fue diseñada por los *marines* norteamericanos en 1916, ni que antes de eso la comunicación más efectiva era por barco rodeando la isla. Ni muchos otros detalles más que él conocía de la historia de mi país y yo no.

Mi novio era un hombre muy culto. *Christ! Who?* ¿Mi novio? El pensamiento rebotó de un lado a otro en las paredes de mi cerebro y sentí que se me oprimía el corazón. No era buen momento para profundizar ni analizar esas emociones. Jack era un hombre muy culto, y hasta ahí.

Cuando llegamos, fuimos directos al proyecto de villas en construcción. Una vez más yo hallaba muy graciosa mi situación. Me crie en una familia de ingenieros civiles. Abuelo, papá, tío, hermanos, primos... Pero yo decidí que quería hacer mi propio camino, que no tendría nada que ver con esa rama de la ingeniería y preferí optar por estudiar ingeniería industrial. Tres años después de graduarme, mis dos proyectos de consultoría más grandes eran en una fábrica de materiales de construcción y en una constructora. Mi jefe era ingeniero civil y la persona que ahora me estaba abrazando por la cintura para besarme también era ingeniero civil. Y aún alguna gente que no creía en el karma.

De un momento a otro me sorprendió un fugaz pensamiento: ¡qué bien le quedaba el verde a Jack! Tenía puesta una camisa mangas cortas verde y un pantalón cargo caqui. Sus ojos se veían diferentes. No llegaban a verse verdes, pero posiblemente ¿grises? Y hermosos. Estaba sintiendo la misma opresión en el corazón otra vez.

Llegamos al campamento y estacionamos en la parte techada del

parqueo. Caminamos de la mano hasta las oficinas del complejo y justo antes de entrar mi teléfono móvil comenzó a sonar. Solté su mano para dejar que avanzara solo. El número no se identificó así que contesté sin saber quién era.

¡Alonso! Hacía un par de meses que no hablaba con Alonso. Era un compañero de la universidad, con quien coincidí en un proyecto que duró unos dieciocho meses. Un muchacho maravilloso, exquisitamente dulce... De quien me enamoré perdidamente mientras trabajamos juntos.

Me llamaba porque necesitaba ayuda con el seguimiento de nuestro proyecto. Hacía tres meses que habíamos cerrado, dejando establecida una estructura comercial que sería supervisada directamente por él y que era responsable de la colocación y ventas de mobiliario de fabricación local.

Él necesitaba hacer la primera revisión trimestral de la gestión comercial, pero yo no podía ayudarlo ahora porque no tenía su información a mano. Le dije que había tomado un día de vacaciones y sentí que se mortificó por estarme interrumpiendo. Pero la verdad es que no me importaba. En realidad, éramos amigos y solo amigos porque a él no le interesó tener nada más conmigo.

Sentí que trató de apurar la conversación, pero tranquilamente le propuse que le iba a llamar la semana próxima y le iba a enviar las notas que me estaba pidiendo. Perfecto. Despedida. Despedida. Despedida. Y un besote incluido en la última despedida.

Sí. Exacto. Por supuesto, querido público. Nada original en el libreto. Jack estaba detrás de mí esperando que terminara de hablar. Con cara de pocos amigos. Así que preferí dar las explicaciones rápidamente. Era mi amigo Alonso, hace varios meses que no hablaba con él y le tengo mucho cariño.

«*That guy you dated?*». ¡Cierto! En el restaurante de la playa hablamos de Alonso.

Era la última persona con quien había salido. No fue una relación. Nos gustaba el cine a los dos e íbamos con frecuencia, nos gustaba explorar restaurantes nuevos, así que de vez en cuando nos aventurábamos. Un par de veces a bailar. Nunca fueron salidas románticas sino *like buddies*. Definitivamente, no fue una relación y recordaba habérselo descrito así a Jack.

«*Yeah*», contesté que sí, pero le aclaré todo lo que había estado pensando, las condiciones reales de nuestra relación.

«*You hugged yourself while talking on the phone*». Obviamente él no tenía deseos de dejar ir el asunto y quiso apuntar el hecho de que me estaba abrazando yo misma mientras hablaba por teléfono. Y lo estaba haciendo con un tono acusatorio en la voz.

«*Ok, Jack... Are we going in?*». Yo sí necesitaba que no insistiera más en el tema. No nos iba a llevar a ningún lado.

«*There's no one in here. We must go down to the buildings. Let's go*». Y así me agarró la mano firmemente y comenzamos a caminar para acercarnos a conocer los edificios y las unidades.

El proyecto tenía tres bloques de villas con seis casas cada uno. Supuse que desde una vista aérea debía formar un trébol. En cada bloque ubicaron una piscina en el centro, unas fuentes y varios gacebos. Entramos a una de las villas para verla por dentro. Según me dijo, ese era el punto más alto del proyecto y desde arriba, desde el tercer nivel, podíamos verlo casi completo.

Me gustaron mucho los espacios de la villa. El primer piso totalmente abierto y desde la puerta de entrada podía verse la cocina. Esta ya tenía los equipos instalados, tope en granito de color crema y una isla en el centro. En el segundo nivel había tres habitaciones, cada una con baño completo y una ducha de seis chorros de agua y en el tercer nivel otra habitación más grande con un baño enorme y una terraza con una parte techada y otra destechada.

Era cierto que desde esta terraza podía verse todo el proyecto. La vista era bellísima. Aunque no era un proyecto con frente de playa, tenía acceso al mar con unos estrechos caminos de quizá doscientos metros cada uno. Me parecía excelente, porque incluso les daba más privacidad a las villas.

Este bloque en el que estábamos era el más avanzado y, por lo que podía apreciar, los otros dos aún estaban «en gris» y en uno de ellos estaban cavando en el espacio donde iría la piscina. Dejamos la terraza y regresamos a la habitación. Desde el ventanal de la habitación principal aún podía verse toda la construcción. Estaban trabajando todos los bloques al mismo tiempo y, si me preguntaran a mí, yo haría algo diferente, trabajando uno a la vez para ahorrar recursos y...

De repente sentí que volaba por un movimiento brusco y pensé que ¡me iba a caer! Solté un grito y mi espalda fue a parar contra la pared del baño principal. No sabía cómo me iba a caer si Jack me estaba sujetando por la cintura y ahora me estaba besando. ¡Oh! Sucedió que quería atestarme contra la pared.

Lo tenía totalmente pegado a mi cuerpo. Diría yo que quería lucir intimidante. Mientras me besaba, sus manos se multiplicaron. Podía sentir manos en todos lados. Me estaba apretando las nalgas para atraerme hacia su erección y también me rodaba las manos por los senos, el abdomen y la cintura del pantalón. Bien, esto era que te atestaran contra una pared. Yo nunca había estado así. Y en lugar de estar asustada por su despliegue de violencia, en realidad estaba encantada, lo que psicológicamente quizá decía mucho de mí. Me excitaba que me estuviera besando así. Tenía que tratar de sostenerme para estar más cómoda y sus cabellos me parecieron muy buen lugar para meter las manos y agarrarme con fuerza.

No me pude contener y liberé la boca para preguntarle si esta era su forma de demostrarme que estaba celoso de Alonso. Como toda respuesta sentí que abría mis *jeans* y metía su mano entre mis piernas, rodaba mis *panties* hacia un lado y me introducía uno de sus dedos en la vagina. Mi gemido de sorpresa lo estremeció y lo oí expresar un ruido similar a un gruñido al descubrir lo húmeda que estaba para él. ¡Oh caramba! Ya sabía que iba a perder toda conexión con la realidad mientras él hacía magia con las manos.

Sabía que le tomaría pocos minutos hacerme terminar, pero esta vez no quería que todo fuera tan rápido ni solamente al ritmo que él marcaba. Estábamos aquí en un juego de poder y hoy no estaba dispuesta a entregarlo todo. Me estaba obligando a seguir pensando. El calor me estaba consumiendo, pero atiné a reaccionar y me apuré para también abrir sus pantalones. Metí la mano en sus pantaloncillos y la sorpresa fue evidente en esos ojos azules que ahora estaban redondos como platos.

No esperaba que yo reaccionara así. Pero ya él me estaba enseñando a tocarlo, ¿pensaba que nunca lo iba a tocar sin esperar sus instrucciones, por inspiración propia? Cuando lo toqué ya estaba excitado, pero estaba sintiendo cómo se ponía más rígido aún en mi mano. Estaba oyendo su respiración

forzada. Sentí que separaba más los pies, abriendo más las piernas y halaba aún más mis caderas hacia él.

Lo hice perder la concentración y lo supe porque perdió el ritmo en la mano que tenía entre mis piernas.

«*We cannot do this here*». Su voz parecía raspada al darse cuenta de donde estábamos y que no era el lugar apropiado para esto.

«*Really?*». ¿Ahora? Cuando yo logré sacarlo de control era cuando convenientemente recordaba donde estábamos.

«*We have to stop... Fuck!... Someone could come up here*». Su lucha por parar parecía estarla librando con él mismo porque seguía moviendo los dedos dentro de mis pantalones.

«*Lunch. You said they were out*». Yo no quería parar y le recordé que él dijo que todos habían salido a almorzar.

«*Please, stop*», suplicó atormentado mientras me agarraba el brazo y lo halaba suavemente hasta sacar mi mano de sus pantalones. Apoyó la cabeza sobre la mía y me apoyé sobre su pecho, pero sin abrazarnos y nos quedamos mucho rato así. «*I am not a jealous man... Or I wasn't before*». Soltamos una carcajada al mismo tiempo ante su precaria admisión de que realmente estaba celoso.

Me sentía feliz. Frustrada pero feliz. Estábamos caminando de regreso a la oficina del complejo e íbamos de la mano. Las mismas manos que estuvieron explorando dentro de nuestros pantalones pocos minutos antes. Algo cambió. No podía decir qué, pero algo. Jack me estaba mirando diferente. Nada estaba mal antes, hasta donde yo sabía... Pero ahora parecía estar... ¿Divertido? ¿Sorprendido? ¿Complacido? ¡No! No me interesaba que estuviera complacido. Lo quería tan frustrado sexualmente como estaba yo.

Lo que sí era extraño es que estaba callado. Cuando estaba relajado era ameno y conversador. Por lo menos conmigo. Pero en su espacio de trabajo no era ni tan ameno, ni tan abierto, más bien distante. Educadamente distante.

Así saludó a los tres jóvenes que estaban en la oficina. Joaquín, Tomás y Pedro. Todos parecían estar en sus veinte y quizá eran más jóvenes que yo. Cada uno estaba frente a un computador trabajando en algo que me pareció un programa de diseño y otros en una hoja de cálculo. Miraron a Jack con interés y contestaron algunas preguntas que les hizo. Por más que me gustara ese hombre, la verdad debía ser dicha: su español era ¡horroroso! Hacía el intento y tenía un amplio vocabulario, pero ¡vamos! su pronunciación era fatal.

Mientras hablaba con los muchachos estuve recordando cada vez que él me había corregido la forma en que pronunciaba algo en inglés o mis errores gramaticales. ¡No me dejaba pasar uno! Pero mi inglés era setecientas veces mejor que su español. Debía grabarle esta conversación para que se escuchara él mismo. ¡Uy! Al parecer me reí en voz alta porque todos se giraron a mirarme. ¡Dios! Me estaba comportando como una idiota.

El día de trabajo terminó y ya nos estábamos subiendo a su vehículo. Mientras estábamos en la oficina llegó Juan Francisco, el ingeniero residente, y se fueron él y Jack a la oficina principal del complejo. Sabía que el tema del momento era el recorte del presupuesto. Les tocaba a todos ponerse creativos para ahorrar. Me gustó mucho que Jack pusiera atención a mi recomendación de consultar el tema con Michael porque sabía que le sería de mucha ayuda.

Juan Francisco y Jack conversaron más o menos una hora. Mientras, yo aproveché ese tiempo para llamar a mi mamá y «reportarme». Les había mentido olímpicamente a mis padres con relación a dónde estaría y qué iba a hacer. Les había dicho que trabajo, por supuesto. Un entrenamiento. Se extrañaron cuando les dije que sería hasta el domingo, pero no cuestionaron más. Me escurrí y evité verles la cara el resto de la semana. Ninguno de ellos era tonto y yo lo sabía. Me remordió la conciencia, pero tuve la impresión de que no sería la última vez que haría esto.

La próxima llamada era a Alina. Quedamos de vernos esa tarde y preferí no cancelar hasta el último momento. Conocía muy bien a mi amiga.

«¿En Puerto Plata? ¿Pero en qué andas, mujer? ¿Hasta el domingo? Dime si andas con Alonso para no morirme del susto después. ¿Qué será lo que NO me estás contando? Te digo que hace días que tienes un misterio».

Y después de ahí pasamos a hablar de telas, de invitaciones y de todos los avances y depósitos que tenía que pagar en la próxima semana. Al cerrar la

llamada con ella aproveché para hacerme una «*note to self*»: eso de casarse es una experiencia muy estresante y además sale muy muy caro.

Miré la hora y vi que eran las tres de la tarde. Tenía hambre. Me preguntaba si tendríamos tiempo hoy para ir a la playa. Salí con prisa el día anterior y me compré dos trajes de baño. Pero tenía remordimientos de haberme comprado uno de ellos. Toda la vida había tenido un complejo con mis curvas. En los años de universidad me descuidé un montón, pero el año anterior había tomado cartas en el asunto y había bajado de peso. Mis formas habían cambiado y nuevamente estaba bastante cerca de como quería estar. Pero, aun así, meterme en un traje de baño de dos piezas era un evento tortuoso. Y ese rojo que me compré estaba chiquito, diminuto y poco apropiado. Era mi talla, supuestamente, pero creo que había botado mi dinero. Si íbamos a la playa usaría el azul. Era más grande, conservador y del mismo color de los ojos de Jack.

Jack me avisó de que nos quedaríamos en un complejo de apartamentos. No los había construido Seasons DG pero tenían unidades asignadas para ellos. Interesante. Paramos en la recepción del complejo para dejar los datos y buscar las llaves. Dejamos ahí nuestras maletas para que las llevaran al apartamento y nos fuimos directo al restaurante. Pedimos nuestra comida y nos acomodamos para ver el mar. Abrazados. Relajados. Felices. Bueno, podía hablar por mí, yo estaba feliz.

Sol, arena y... habitaciones separadas, por favor.

Mientras esperábamos la comida, Jack pidió una botella de vino. La Vicalanda Tinto Gran Reserva del 1997. En las últimas semanas comencé a interesarme por los vinos y por toda la información que se movía alrededor de ellos. Las regiones, las uvas, las cosechas... Era un mundo de datos, pero parecía ser interesante.

La sonrisa cómplice que me daba la camarera, desde que se acercó a nuestra mesa la primera vez, no me hacía ningún sentido al principio. Pero según estuvimos más rato en el restaurante fui entendiendo su expresión. Parecía un patrón. En casi todas las mesas ocupadas en el restaurante había parejas. Todas compuestas por un varón de piel blanca con apariencia de extranjero y una mujer mucho más joven de piel oscura y evidentemente dominicana. Con su sonrisa, la camarera mostraba su apreciación por mi conquista.

Sentí que no iba a poder contener las náuseas. Me enderecé y me salí de su abrazo. Él se levantó los lentes de sol para mirarme intrigado, pero yo no quería mirarlo. Quería irme. ¡A mi casa! Pero me ordené respirar, tranquilizarme y evitar un espectáculo. Le pregunté si le gustaría que nos enviaran la comida al apartamento, pero protestó. Aseguró que prefería comer ahí con esa vista hacia la playa. Y yo ya no quería comer.

Nos descorcharon la botella de vino con el ritual de oler, probar y luego autorizar. Permití que el camarero sirviera mi copa, aunque no pretendía beber. En eso llegó una pareja más al lugar. El mismo patrón. Él tendría sesenta y ella dieciocho, con suerte.

Respiré profundamente y observé mi alrededor. Debía reconocer que este era un estilo común y normalizado de prostitución. Durante su estadía, los turistas extranjeros perseguían la compañía de mujeres mucho más jóvenes por unos cuantos dólares al día. Turismo de prostitución y de pedofilia que Puerto Plata acogía felizmente y reconocía como parte de su economía tradicional.

No conocía las tarifas ni las condiciones. No las quería conocer. Pero sospechaba que incluían todo tipo de servicios que involucraran fiestas, sexo y alcohol.

Mejor me bebía el vino. En aquel momento me habría gustado poder entretenerme con definir todo aquello que decían los expertos. Si tenía cuerpo, si era afrutado, si olía a madera. No tenía cómo explicarle a Jack lo incómoda que me sentía en aquel lugar. Sospechaba que no le haría gracia que lo comparara con estos hombres o que me comparara yo misma con mujeres que recurrían a sus cuerpos como medio de subsistencia. Aunque, a decir verdad, no conocía tanto a Jack. No sabía si acostumbraba a pagar por sexo. Si alguna vez había hecho un acuerdo como ese... Si me lo propondría a mí...

Cuando llegó la comida, fijé mi vista en ella para que la camarera no pudiera notar mi expresión. Jack sirvió más vino en nuestras copas, quizá sorprendido de que en la mía no quedara nada.

«*Are you ok?*». Quería saber si todo estaba bien y le aseguré que todo estaba perfecto.

La comida estuvo bien pero el desagrado no permitió que la disfrutara. Ahogué todas las palabras que quería decir en vino. ¡En tres copas de vino! No me sorprendió su insistencia en saber qué me había disgustado si el sitio o la comida. Este era un hombre muy observador y podía leerme fácilmente. Decidí respirar profundo y volver a relajarme. Esa incomodidad, las conjeturas de la gente a mi alrededor y las sonrisas malintencionadas las estaba sintiendo por primera vez hoy, pero supe que podría pasarme otras veces a lo largo de nuestra relación. Muchas otras veces más.

Me contenté con que volviéramos al apartamento para buscar nuestros trajes de baño. La playa estaba bellísima y esta hora estaba perfecta para un chapuzón. En un rato comenzaría a ponerse el sol.

El complejo de apartamentos estaba precioso. Nada que ver con el lujo de las villas que estaban construyendo ellos, pero me gustó mucho el estilo y todo el verde del paisaje.

Nos ubicaron en el segundo nivel. Desde el balcón del apartamento podíamos ver la piscina y desde nuestra habitación tendríamos una espectacular vista a la playa. Distraídamente Jack dijo algo como que eligiera la habitación que quisiera para mí... O que me sintiera libre de elegir mi

habitación... O que algo de algo de mi habitación. WHAT? Vi la interrogante dibujada en pintura de sangre frente a mí, y se iba poniendo más grande y más grande.

¿Habitaciones separadas? ¿Hasta dónde iba este juego? ¿A qué coño vinimos aquí? Sentía que las orejas se me habían calentado y procuré sellar los labios. Había bebido y, si decía una palabra de todas las que estaba pensando en estos momentos, creo que regresaríamos a la capital esa misma noche. Arrastré mi maleta con toda la rabia contenida y entré en cualquiera de las habitaciones y cerré la puerta con fuerza. ¡Estúpida! A todas las del restaurante les irá mejor que a ti esta noche.

Rebusqué en mi maleta hasta encontrar el traje de baño rojo. Sí, tenía los muslos grandes. *So what!?* Me desnudé y tiré con fuerza toda la ropa al piso. Cuando estuve lista salí de la habitación con la salida de baño en la mano.

«*I'm ready*», le informé. La osadía no era mía, la saqué de las tres copas de vino.

Su cara de sorpresa no tenía precio. Valió la pena. Valió la pena que comprara este traje de baño diminuto por una pequeña fortuna. Valió la pena cada día de dieta, baile y aeróbicos de los últimos doce meses. Y valió la pena la sesión de depilación del día anterior. No había usado una pieza como esta desde que era una adolescente, pero me gustó lo que vi en el espejo. Y si el rubor en la cara de Jack no era suficiente información, el bulto que se estaba formando en su traje de baño confirmaba mi sospecha. A él también le gustaba lo que estaba viendo.

Salimos del apartamento en medio de un tenso silencio y me pareció que estaba evitando tocarme. ¡Claro! Si íbamos a pasar el fin de semana en habitaciones separadas, lo mejor que hacía era no tocarme. ¡Idiota!

Pero mala cosa. Todo se complicó tan pronto entré al agua y comencé a sentirme mareada. Estaba tan molesta que no quería decirle nada. Así que solo estaba jugando con las olas. Contestaba con monosílabos o me hundía en el agua cuando no quería hablar más con él. Estaba concentrada en las olas y la cálida espuma del mar.

Unos minutos después una pareja de señores mayores se acercó a hablar con nosotros, pero yo apenas les estaba poniendo atención. Irlandeses.

De vacaciones en el Caribe. Jack trató de acercarme a su cuerpo más de una vez mientras conversaba con los señores. Lo dejé que me abrazara un rato y puse algo de atención. Era una pareja de abogados, ex empleados del gobierno irlandés. Ambos retirados recientemente y querían pasar los meses más fríos del invierno viajando.

Yo me estaba sintiendo peor. No estaba acostumbrada al alcohol, pero no me parecía que el problema fuera el vino. Aun cuando me había bebido tres copas estaba alerta pero cada vez más mareada y ahora además tenía calambres en el estómago y en las piernas. Y dolor de cabeza. Comí una cazuela de mariscos y algo definitivamente no estaba bien.

Me disculpé y los dejé conversando a ellos tres. Conocía mi cuerpo y ya sabía que en cualquier momento me iba a poner enferma. Busqué la llave junto a la cartera de Jack y subí al apartamento. Entré al baño de mi habitación y me lavé la cara. Parecía que ya iba a mejorar, pero no.

Comencé a vomitar fuertemente y me arrodillé en el piso, frente al inodoro. Sinténdome así de mal, mi reacción automática fue pensar en mi mamá. Y el dogma de la culpa me abrazó de inmediato: «estoy pagando por mentirle».

En pocos minutos estaba vomitando por segunda vez. Apenas me di cuenta de que él se agachó a mi lado y trató de sostenerme la cabeza. «*I'm ok. Don't worry, I'm ok*». ¡No quería que me viera vomitando! ¡Qué horror! Pero él no se movió ni un centímetro.

Me puse de pie con su ayuda, con la intención de lavarme la cara. Sentí que el mareo cedía, pero ahora el dolor de cabeza era terrible. Tuve que inclinarme rápidamente y vomitar una tercera vez. La más violenta de todas.

Parecía que había pasado. Finalmente me sentí en condiciones de ponerme de pie. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y agarré una toalla para secarme la cabeza y todo el cuerpo. Él me ayudó a cubrirme con la toalla y me pidió que lo acompañara a su habitación a encontrar su teléfono móvil.

Me sentó en su cama, pero yo me deslicé hasta el tope, puse la cabeza en la almohada y me cubrí con la toalla. Lo oí hablar por teléfono ¿con Peggy?, Peggy era su hermana. Su hermana mayor y era doctora. «*I'm out of town with my girlfriend and she...*». *Wait. What? Who?* ¡Él acababa de decir «*girlfriend*»! Psaa! Debe ser que quiso distinguir que era una mujer y no un

varón... Pero mejor ponía atención a lo que seguía diciendo.

«*We had wine but I'm guessing food poisoning*», decía que, aunque habíamos tomado vino, él sospechaba de una intoxicación por alimentos.

«*We had lunch about two hours ago*». Sí, habían pasado unas dos horas desde que comimos.

«*She's twenty four*». Veinticuatro, esa era mi edad.

«*I don't know, she is short... I could say one hundred fifteen or one hundred twenty*». Wao. Si estaba hablando de mi peso ese hombre estaba enamorado. Yo no pesaba ciento quince libras desde que tenía doce años. Pero si le aclaraba que el número era ciento treinta posiblemente lo iba a desilusionar...

Él seguía hablando y yo decidí dormirme un rato hasta que él terminara.

Su mano me despertó moviéndome suavemente. Me dijo que habían pasado dos horas desde mi último episodio de vómitos y que debía comenzar a hidratarme. Tenía que beber un poco de suero que buscó en la farmacia.

¡Uacala! ¡Horrible!

Eran las nueve de la noche y debía beber otro poco más tarde. Volví a dormirme hasta que me despertó otra vez a las diez, otra vez a las once, hasta la última a la medianoche cuando ya me dejó dormir tranquila.

Me desperté desorientada a las cuatro de la madrugada. Traté de recordar porqué estaba en su cama y no en la mía. Él estaba dormido justo al lado de mí y podía oírlo respirar profundamente. Me levanté suavemente para no despertarlo. Y me di cuenta de que yo aún tenía el traje de baño puesto.

Me fui a mi habitación y busqué en mi maleta uno de mis pijamas nuevos. Comprados junto a los trajes de baño para este viaje. ¡Qué fracaso! Tenía la sospecha de que la noche siguiente la pasaría en mi casa.

«*Are you sick again?*». ¡Que susto! Él parecía estar dormido de pie en la puerta de mi habitación. Le dije que no, no estaba enferma, solo quería quitarme el traje de baño. Le aseguré que estaba bien, que podía irse a dormir y que yo dormiría en esa otra cama. En serio ya me sentía bien. Él insistía en que no, que quería tenerme en observación, pero realmente estaba dormido. ¿Quién nos estaría observando a los dos?

No valía la pena discutir. Me vestí con el pijama y nos metimos en su cama otra vez. Y nos dormimos en dos minutos.

Desperté a las seis y diez de la madrugada. Qué hora tan imprudente para despertar un sábado. Jack seguía profundamente dormido, así que no me moví. La habitación estaba en penumbras, excepto por la luz verde del reloj en la mesita de noche.

Recordé la tarde anterior. Sospechaba que quizá no me intoxicqué, pero sí me indigesté. Comí molesta y me puse aún peor cuando subimos al apartamento. Me pasaba con frecuencia, que cuando surgía en mí el carácter de mi mamá o sufría grandes disgustos a la hora de comer, terminaba indigestándome. Pero a pesar de todo el drama, estaba feliz y agradecida con las atenciones de Jack. Fue hasta la farmacia y yo no tenía ni idea de dónde estaba eso. Tenía que decirle más tarde cómo apreciaba todo lo que hizo. Pero más tarde. Ahora podía dormirme otra vez.

Cuando desperté sentí el sol caliente entrando por la ventana y supe que ya era cerca del mediodía, aunque la habitación seguía fresca gracias al aire acondicionado. Nuevamente lo sentí acurrucado contra mi espalda y de lo primero que fui consciente fue de su pene duro contra mis nalgas. Su mano iba paseando desde mi cadera hasta mi pecho, mientras me besaba el cuello. ¡El incendio! Qué poder tenía este hombre sobre mí. Pensar en él me excitaba y que me tocara me volvía loca. ¿Pero los besos en el cuello? ¡*Nah!* No eran nada comparados con que me metiera la mano entre las piernas como lo estaba haciendo en ese momento.

Lo oí burlándose de mí en mi oído. Preguntaba cómo estaba tan húmeda si me acababa de despertar. Me daban ganas de matarlo cuando hacía chistes como ese. «*Asshole*», lo insulté y su respuesta atrevida no se hizo esperar: «*I want to eat you*».

Antes no conocía la frase y me pasaba totalmente desapercibida, como por ejemplo el día que fuimos juntos al restaurante de la playa, pero desde hacía unos días la conocía perfectamente y sabía que se refería a hacerme sexo oral. Una de las mejores experiencias de mi nueva vida, y solo pensarlo era un detonante automático para mi cerebro.

El *short* de mi pijama salió volando y vi como él se acomodaba sobre mí, me agarraba las caderas y ubicaba la cara entre mis muslos. La erección

tan violenta y repentina de mis pezones rozaba en el dolor. ¡Oh santo! Sentía sus labios suaves sobre mi vulva y como sus dedos separaban para que su lengua me invadiera. Sentía todo el cuerpo en llamas mientras los dientes me iban rozando el clítoris y supe que ya no podría aguantar mucho más. Sabía que lo que venía sería increíble. Tenía los ojos llenos de lágrimas de excitación. Ya no podía más y agarré sus cabellos. A mí no me quedaba claro si el mensaje que quería dejarle era que parara o que no se atreviera a parar..., pero igual él ni se enteraba. Sentí que introducía un segundo dedo en mi vagina mientras su lengua se movía con rapidez... Y entonces llegaban los fuegos artificiales. Las estrellitas de muchos colores... Y la maravilla de reconocer que podía verlas con los ojos abiertos o cerrados.

Sabía que entonces vendría la paz, la languidez y ese sentimiento de placidez que solo se opacaba porque él ponía distancia entre nosotros y me pedía que le diera unos momentos para componerse. Pero esta vez fue diferente, después de dos semanas de hacer esto, parecía que no estaba dispuesto a parar ahí. Sentí una emoción especial en el pecho al darme cuenta de que no se alejaba, sino que seguía besándome los muslos, las piernas, y se deslizaba hacia el cuello como si estuviera dibujándome el cuerpo con besitos pequeños.

En poco tiempo estuve alerta otra vez y, cuando alcanzó uno de los pezones con la boca y lo apretó con fuerza, no pude reprimir el grito de agonía que salió de mis labios. Soltó el pezón y siguió su recorrido hacia el cuello, solo con dejar un rastro de su aliento hizo que me estremeciera de pies a cabeza y cuando tuve su cara frente a la mía me sorprendí de su expresión y sospecho que él se habrá sorprendido de la mía. Sus ojos estaban quizá tan oscuros como los míos.

«*I need to have you*», decía que necesitaba tenerme. Parecía estar preguntando. ¿En serio? Todo lo que pude contestarle fue: «*Please... Now*». Vi la sonrisa satisfecha de su cara y pensé que iba a burlarse otra vez, pero su expresión se volvió muy seria y quiso prometerme que no iba a lastimarme. ¡Yo no podía creerlo! ¡Él todavía tenía miedo de esto... Más que yo!

Volví a sentir que sus dedos exploraban mi entrada, mientras pedía que, si sentía alguna molestia, lo dijera y él iba a parar de inmediato. Volvió a besarme el cuello y luego se retiró para quedar de rodillas sobre la cama.

«Quiero que mires», dijo con la voz más profunda y atormentada que había oído, mientras separaba aún más mis piernas. Se aseguró de que el lugar donde se unirían nuestros cuerpos quedara desplegado ante mi vista. Alineó su pene con mi entrada y fijo los ojos en los míos. Empujó para deslizarse lentamente dentro de mí mientras apoyaba las manos a cada lado de mi cuerpo. Muy lento. Deliciosamente lento. Martirizantemente lento.

Había oído las historias de cómo dolía mucho o poco la primera vez. Me tensé esperando el dolor y él se detuvo con la respiración entrecortada.

«Estás muy tensa, necesito que me hables, dime si quieres que paremos». Su voz se oía tranquila y controlada a pesar de que había gotitas de sudor en su frente y los brazos parecían temblar por el esfuerzo de sostener su peso por todo ese largo rato.

«No quiero parar». Pude decir con voz temblorosa. Finalmente habíamos llegado hasta aquí. Por nada en el mundo quería que se detuviera. Comencé a temblar como una hoja hasta que puse atención a lo que él me susurraba al oído. Cuánto le gustaba lo que estábamos haciendo. Cómo sentía que su pene estaba perfectamente apretado en mi interior. Cómo podía deslizarse de esta o de esta manera, tratando de llegar hasta el fondo, o rotar las caderas de esta otra forma para que lo sintiera aún más profundo. Cómo podía hacer círculos con su pulgar sobre mi clítoris mientras también rotaba las caderas.

Sentía el sabor de las lágrimas en la boca. Estaba excitada como nunca porque él finalmente estaba dentro de mí. No me había dolido la penetración, no me estaba doliendo lo que me hacía ahora. Lo que estaba sintiendo estaba muy lejos de ser dolor. Levanté las caderas de manera instintiva y lo hice mientras él seguía empujando controladamente una y otra vez, sin dejar de mirarme a los ojos.

En este momento ya sentía que abrazarlo no era suficiente, clavé las uñas en su espalda mientras mordía uno de sus hombros. Lo oí gruñir y protestar y luego lo escuché ordenarme que le rodeara la cintura con las piernas. Lo hice rápidamente; con unas auténticas ganas de complacerlo, y entonces sentí como la siguiente penetración me hizo detonar.

De inmediato llegaron los fuegos artificiales nuevamente, pero ahora eran diferentes. Me sorprendió gratamente saber que había varias versiones.

Esto era más bien un espectáculo de luces, fuentes de agua y arcoíris con música de fondo. Hasta que finalmente llegó el silencio y tranquilidad. Entonces fue cuando él aceleró el ritmo del movimiento de sus caderas, empujando un poco más cada vez, hasta quedarse inmóvil, tenso y en silencio, fue entonces que su cuerpo se relajó sobre el mío.

«*Are you ok? Did I hurt you?*». Cuando lo oí hablar un rato después, tardé unos segundos en entender y procesar las preguntas que me hacía mientras se retiraba de mi cuerpo y se acomodaba a mi lado.

«*I'm perfect... And happy and extra happy... And tired... Extra tired*». Estaba cansada, desvanecida y lánguida y tenía sueño otra vez. «*You were perfect. What we did was perfect. You are an expert*». Si necesitaba que le reasegurara su ego, estaba dispuesta a decirle que él era Superman... O más bien Batman.

«*Actually no, this was a first for me too. I've never been with a virgin before*». Me estaba abrazando y se estaba quedando dormido también, pero sus palabras me espabilaron y se quedaron dando vueltas en mi cabeza. ¿Y ahora qué se suponía que era yo? ¿Un trofeo? Mejor no exploraba ese camino. Mejor me dormía.

El circulito que tenía enfrente decía «sábado»... Y hoy era domingo. ¡Puff! Primera metida de pata que daba con estas pastillas. Ya me había tomado diez antes que esta. No quería estar predispuesta, pero no era muy disciplinada con los medicamentos y esto todos los días iba a convertirse en un problema.

Pero tampoco era de extrañar que se me hubiera olvidado tomar los anticonceptivos. ¡Apenas habíamos comido! A Jack no le interesó nunca más la vista desde el restaurante, ni el mar, ni la piscina, y la verdad es que hasta ahora yo tampoco había recordado que esas cosas existían.

Hasta hoy no él había salido de esa habitación y yo tampoco. Cuando nos volvimos a despertar le reclamé que me hubiera enviado a dormir sola y se sintió ofendido. Según él, esa era su manera de «darme espacio» para que no me sintiera obligada a nada. ¿Quién le dijo a él que yo quería espacio? Se

levantó de la cama, fue a la otra habitación, trajo mi maleta y el resto de mis cosas. Fin de la historia.

Salí a la cocina a buscar un vaso de agua para mi pastilla. El ginecólogo dijo: «si te saltas un día, botas esa pastilla y continúas con la del día siguiente, pero si te saltas más de un día, las suspendes y esperas para comenzar el ciclo otra vez». Botada la del sábado.

Vi por la ventana a Jack en la piscina braceando. Parecía que la piscina se le acababa muy rápido. No era pequeña, pero él nadaba velozmente. Abrí la nevera para encontrar: ¡nada! Nos habíamos acabado el agua y no habíamos pedido más. Me tragué mi pastillita y decidí bajar, pero antes fui a ducharme, me puse un vestido de playa y preferí no peinarme. Tenía el pelo corto, muy corto y rizado y después de mojarlo con agua salada y dormir sin haberlo secado, era mejor no alborotarlo para que se mantuviera decente.

Cuando bajé, Jack seguía cruzando la piscina de un extremo al otro. Fui hasta la recepción y solicité ocho botellas de agua. Eran las siete de la mañana y si nos marchábamos después de mediodía eso debía ser suficiente. Me llevé dos de esas botellas conmigo para dejarle una a Jack junto con su toalla. Seguía nadando sin parar, así que me fui a caminar a la playa.

En el camino a la playa crucé por el restaurante, donde estaban montando el desayuno y olía ¡rico! Evidentemente mi estómago ya estaba bien.

En la playa, la arena aún estaba fresca, por lo que me quité las sandalias para caminar descalza. Me senté a hablar con dos niños. Eran hermanitos, ella de ocho años y él de diez. Ambos trabajaban en la playa y su mamá era cocinera en el restaurante. La niña cargaba una caja transparente con accesorios para hacer trenzas y el niño vendía pescados. Parecía que el día todavía no comenzaba para ellos y estaban sentados esperando que la playa se animara. Ella me ofreció hacerme trenzas y la miré con cara de sorpresa..., pero ¿cómo? Tenía poco pelo y además muy corto. Su respuesta me mató de la risa: «En esa cabeza te hago yo un fricatán de trenzas».

Quedamos en que tres serían suficientes y me las hizo en un minuto, con los accesorios verdes, rosa y amarillo para combinar con mi vestido. El niño creyó que iba a hacer negocios conmigo también, pero yo no sabía comprar pescado, así que no cuadramos nada. Quedamos en vernos ahí en veinte minutos para que me diera tiempo de buscarle su dinero a mi nueva

amiga Eloísa.

Jack no estaba en la piscina. Subí al apartamento y lo encontré vistiéndose en la habitación. El beso de buenos días me hizo arder de pies a cabeza y me hizo ponderar si realmente tenía hambre o prefería quedarme ahí arriba. Él pareció leerme el pensamiento y dijo que se estaba muriendo de hambre. Bien, ok. Se escapó de esta, por el momento.

Le pedí que me esperara en el restaurante para ir a pagar mi deuda. Me miró extrañado con el ceño fruncido y en lugar de entrar al gacebo se quedó mirando hacia dónde iba. Encontré a Eloísa y a su hermano donde los había dejado. Sabía que no tendría cambio a esta hora de la mañana para el billete que iba a darle, pero tampoco quería regalarle dinero.

Quedamos en que durante el día haría dos trenzas gratis y con eso compensábamos. Me preguntó si podía hacérselas a mi novio y señaló detrás de mí y ahí vi a Jack en el borde de la calzada, antes de bajar a la arena, observándonos. ¡Me reí de buena gana otra vez! La Eloísa era una pieza de arte. Me despedí y alcancé a Jack para volver al restaurante. Era hora de hacer otra *note to self*: Jack era un controlador.

CAPÍTULO DIEZ

Rumor has it

Que el jefe soltero tuviera novia no debía ser gran alboroto en una empresa normal, pero lo cierto era que Seasons era caldo de cultivo para que cualquier situación corriente se sacara de proporciones. Algunos miembros del personal aprobaban con honores la materia de llevar vidas ajenas y la vida del señor Seller era una de las favoritas.

Laura recibió la llamada de Joaquín Hernández, ingeniero senior del proyecto Ambar Villas and Suites en Cabarete, el lunes a las ocho y cinco de la mañana. Las preguntas volaban por el teléfono y su tono era escéptico ante las afirmaciones de Laura de que no sabía quién era la novia... Y no quería saber.

Meses atrás se había ocupado en dos ocasiones de hacer reservaciones para cenar para su jefe y una acompañante. En ambas ocasiones, él utilizó su tarjeta de crédito personal para pagar las cuentas, por lo que Laura sabía que no eran cenas de negocios. Si ese muñeco solo había tenido sexo en dos ocasiones en los últimos seis meses eso era un verdadero crimen.

Si ahora tenía novia eso podía explicar su constante buen humor de las últimas semanas. Seguía siendo el hombre distante y discreto de siempre. Hasta tímido podría decirse, pero ahora sonreía todo el tiempo, cuchicheaba en el celular y parecía reírse de su propia picardía al recibir y enviar ciertos mensajes de texto.

Según Joaquín, la novia era una joven dominicana. Pequeña, morena, con buen cuerpo, senos pequeños y enormes ojos marrones. Laura estalló de la risa con la información. Si Joaquín pensaba que iba a ayudarlo... Con aquella descripción, podía ser cualquier dominicana, cubana o puertorriqueña.

«Sospecho que todo este interés surge de tu preocupación por el bienestar del ingeniero, ¿cierto?», le preguntó Laura con sarcasmo.

«Claro, mana. El ingeniero es un *palomo*. Hay que cuidarlo de tanta víbora suelta que anda por ahí», dijo Joaquín.

«Yo creo que tiene edad suficiente para cuidarse solo». Laura podía jurar que el señor Seller tenía edad para ser el papá de Joaquín. Si seguían hablando por más tiempo iba a salir el interés real del joven ingeniero de que le diera los datos personales de la novia, incluido el número de teléfono. Así que decidió abreviar la conversación. «Cualquiera pensaría, Joaquín, que te gustó la muchacha».

«No, mana. No. Bueno, sí. Pero ahí no hay vida. Esa juega Grandes Ligas y anda en pinta. A mí ni me miró». Confesó con tono apenado.

«Pues lo siento mucho, Joaquín. Busca otra que juegue en tu liga, deja de meterte en la vida ajena y mándame los reportes de caja chica de las últimas dos semanas, que aún no los he recibido. Si no los tengo conmigo en veinticuatro horas, te estaré enviando al auditor a primera hora del miércoles».

«Pero, por Dios...» Fue lo último que escuchó Laura antes de colgar el teléfono.

Colgó sin borrar la sonrisa de su rostro. Lo usual era que el señor Seller regresara el mismo día de sus viajes a la costa norte y, como mucho, temprano al día siguiente. Debió suponer que algo era diferente cuando le pidió que reservara un apartamento por el fin de semana. Entró al sistema de gestión para curiosear en los consumos que había hecho, y, efectivamente, hizo los pagos del fin de semana con su tarjeta personal.

Se alegró por él por diez segundos, hasta que tuvo que virarse bruscamente y sostener frente a su cara el zafacón que tenía preparado debajo de su escritorio para devolver todo el contenido de su estómago. Las náuseas matutinas para Laura no existían. Vomitaba abruptamente una vez todas las mañanas y pasaba el resto del día sin malestar alguno. Por lo menos eso iba bien en su vida.

CAPÍTULO ONCE

San Valentín

«*I'd like to do something next weekend*». Jack acababa de llegar de la oficina y estaba dándose una ducha. Yo estaba recostada sobre la meseta de mármol mientras lo escuchaba hablar por encima del ruido del agua y de la elegante cortina de colores marrón y turquesa que nos separaba. Hacía tres días que habíamos regresado de nuestro fin de semana juntos en Cabarete y ya estábamos planificando cosas para el próximo fin de semana. La sonrisa sencillamente no me cabía en la cara.

«*Next sunday it's Valentine's Day*», le contesté. Ese fin de semana sería San Valentín.

«*Do you have plans?*», preguntó intrigado. Abrió la cortina y nuestras miradas se encontraron en el espejo. ¿Planes? ¿Yo?

«*No. Nothing*». Ouch! Claramente le estaba mintiendo. Así que desvié la mirada para lavarme las manos con su bonito jabón blanco en forma de estrella de mar, que hacía juego con otro azul en forma de caracol y un tercero *beige* en forma concha marina. ¿De dónde habría sacado Jack estos jabones? Yo realmente sí tenía planes para San Valentín, pero serían fáciles de cancelar.

«*And next monday it's my birthday*». Y así, damas y caballeros, aquí volvía este hombre a mencionar su cumpleaños. Parecía un niño de diez.

«*Really?*». Me reí a carcajadas porque fue una de las primeras cosas que me reveló cuando nos conocimos y lo habíamos hablado un millar de veces luego. Nació en quince de febrero porque la partera de su mamá estaba en una acalorada cita en San Valentín..., y el bebé podía esperar. Faltó poco para que su papá tuviera que hacer el trabajo él mismo. Jack volvió a abrir la pesada cortina para mirarme.

«*And I'm flying to Atlanta on Tuesday*». Lo miré sorprendida, no sabía que tenía planes de viaje.

«*Nooooo*». Lo vi agarrar una enorme toalla marrón chocolate del

toallero, secarse el cabello y el pecho y luego colocarla alrededor de la cintura.

«*Three days only... I'll be back on Friday*». Sabía que tendría que viajar este mes a las oficinas corporativas... Y quizá todos los meses... Pero no quería que fuera tan pronto, de martes a viernes. Salí del baño y lo dejé para que se vistiera.

Por varios años, un grupo de amigos seguíamos la tradición de cenar juntos en San Valentín. En principio éramos todos solteros, pero poco a poco se convirtió en un evento en que la mitad eran parejas y la otra mitad éramos solteros. Nos fuimos sorprendiendo de que incluso se nos sumaran parejas que no eran del grupo original. Algunas veces nos reuníamos en un club, un restaurante o en la casa de alguno del grupo.

Este año, al igual que el año anterior, seríamos veintisiete personas, así que la opción de celebrar en una casa estaba descartada. Comencé a acariciar la idea de llevar a Jack este año. Aunque quizá era muy pronto para nosotros. Tenía que notificar a la organizadora a más tardar el viernes. Lo pensaría un poco más y luego le comentaría a él. Ahora tenía hambre, así que salí del baño con rumbo a la cocina. La casa estaba envuelta por un delicioso olor a *brownies* y almendras.

Había ido a mis clases de biodanza al salir de la oficina y aun así llegué a la casa primero que él, así que me metí de cabeza en su cocina. Yo no sabía cocinar nada, pero sí sabía hornear, así que a mediodía compré en el supermercado los ingredientes y puse a hornear unos *brownies*. Mi receta se entonaba con algún tipo de licor, pero como Jack no bebía nada diferente a vino preferí sustituirlo por más extracto de almendras. En cinco minutos podía apagar el horno. Mientras, mejor me ponía a limpiar el desastre que había hecho para preparar la mezcla. Jack nunca dejaba cosas sucias en su cocina.

«*Leave them. I'll do those later*». Indicó suavemente cuando iba entrando a la cocina. Tan bello mi novio, pero mejor fregaba estos trastes sucios para que no me suspendieran el acceso a la cocina. Jack seguía con el pelo húmedo. Se vistió con unos pantalones cortos deportivos, una camiseta roja y los calipso negros que regularmente usaba en su casa.

«*We're having chicken breast for dinner, it's all that we've got*». Tenía medio cuerpo metido en la nevera. «*Rice or pasta?*», me preguntó distraído.

«*None. We're having brownies for dessert*». Para él, las comidas llevaban por *default* raciones de carne y de vegetales, pero también les incluía siempre algún carbohidrato. De cualquier tipo. No le gustaba mi dieta sin carbohidratos. Pero yo estaba segura de que las porciones de *brownie* que nos íbamos a comer cubrirían la dosis de azúcares de la cena. Y de la semana. Pero aun así lo vi colocar en la estufa un par de tazas de arroz.

Puse la mesa mientras él cocinaba. Busqué en su mueble del comedor varias cosas que había descubierto sin uso el día anterior. Un mantel que le acomodaba perfecto a su mesa, un colorido set de manteles individuales, una vajilla con siluetas de hojas en relieve y un set de cubertería sin estrenar. Mientras tanto, Jack maniobraba con sartenes y cucharones y había puesto el teléfono en altavoz para hacer varias llamadas. Lo escuché hablar primero con Laura, con quien estuvo coordinando su agenda del día siguiente y luego con otros dos señores que no pude reconocer, con un tema que parecía ser la subcontratación de unos trabajos.

En la sala sonaba música de Elton John. Reconocía alguna que otra, entre ellas *Sacrifice* y *Nikita*, pero él tarareaba todas entre una llamada y otra, así que evidentemente las estaba disfrutando. Me quité los zapatos y me senté en el sofá de la sala. Me encantaba la peculiar sensación de esta alfombra en la planta de los pies. El pelo corto y mullido provocaba un cosquilleo sensual en todo mi cuerpo. Me recosté en el sofá y tomé un libro que estaba sobre la mesa de centro. Shakespeare... ¡por Dios! Me comentó que él leía varios libros al mismo tiempo y evidentemente muy diferentes. La novela policíaca de Ian Rankin que tenía en su mesita de noche sí me cautivó. Me preguntaba qué humor tendría que tener Jack para leer Shakespeare.

Después de todo, era bueno que Jack viajara el martes. Ese día era cuando reiniciaban mis clases en la universidad. Último ciclo de mi maestría en gestión de negocios. Tendría clases en las noches los martes y jueves por tres meses. Debía volver a organizar mi rutina, ahora con una carga mayor de trabajo en Carthis & Co y novio nuevo.

Cuando Jack avisó que la cena estaba lista, saqué de la vinera la botella de vino que descorchamos la noche anterior. Ya había aprendido la regla no escrita de que en días de semana era solo una copa, así que serví dos copas del Robert Mondavi Napa Valley Pinot Noir y por más que intenté no

logré recordar toda la descripción que hizo Jack la noche anterior de la uva, el viñedo, la procedencia. Demasiado para mí todavía.

La cena estaba deliciosa. Me sorprendía que él pudiera hacer la misma comida en mil versiones diferentes. Lo había visto cocinar la misma pechuga de pollo cuatro o cinco veces, pero todas con recetas diferentes. Y todas sabrosas. Él hacía parecer la cocina muy fácil.

¡Los *brownies*! Ya debían de haberse refrescado. Él recogió la mesa mientras yo servía nuestro postre agregando una pequeña bola de helado a cada uno, más unas nueces trituradas por encima. Primero probé un pedacito para el control de calidad. ¡Estaba rico! Y a Jack le encantó, lo que hizo que quedara muy orgullosa de mi creación.

Los planes para el fin de semana nos llevaron hasta la Cordillera Central, las montañas más altas, junto en el centro de la isla. El viaje a Constanza fue una excelente idea para un fin de semana romántico. Esta vez salimos de la ciudad el sábado en la mañana, y, aunque el viaje era largo, la compañía era encantadora. Todavía me sorprendía lo rápido que pasaba el tiempo con él. Y lo lento que era cuando él no estaba.

Constanza era el centro de operaciones de mi cliente Villaflor, así que aproveché mi sesión de trabajo con Martha Presto en esta semana para pedir algunas recomendaciones de alojamiento, visitas, lugares para comer y cosas que hacer.

El lugar en el que nos alojamos era impresionante. Elegí una casita de madera en un complejo en el medio del Valle de Constanza. Teníamos una diminuta cocina, chimenea y agua caliente. Una sola habitación con un ventanal enorme. Sí, una sola habitación, para no darle ideas de que quería espacio para mí.

Todo el mobiliario de la villa era rústico en combinaciones de madera, rattán y bambú con tapizados muy coloridos. Los enseres de la cocina eran modernos pero simples para mantener el ambiente de campo y no había radio ni televisión disponible por ningún lado.

Salimos a conocer el complejo y a explorar las comunidades del rededor. Esas, las comunidades española, húngara y japonesa del lugar hacen de ese pueblo un lugar único, y esta vez sí pude hacer el trabajo de guía turística para él.

Cuenta la leyenda que el nombre de Constanza responde al nombre cristiano de la hija de un cacique indígena. Hasta mitad del siglo veinte fue un valle de escasa población gracias a su aislamiento y dificultad de acceso. Se dice que no fue hasta 1750 cuando llegaron las primeras vacas y yeguas al municipio, que supuestamente sufrieron una mutación genética que las dejó enanas puesto que al reproducirse solo alcanzaban el tamaño de una cabra.

Desde 1852 cuando la población se reportó en cien habitantes distribuidos en treinta bohíos, la población había crecido hasta más de cincuenta mil habitantes en nuestros días.

En la historia dominicana reciente, Constanza juega también un papel relevante puesto que hubo evidencia de que allí aterrizó una avioneta con un grupo de rebeldes que llegaban con el propósito de derrocar el gobierno dictatorial de Rafael L. Trujillo en 1959. Se escondieron en las montañas, pero el grupo fue aplastado en menos de dos meses por el Ejército Nacional.

Hicimos una parte del recorrido en carro y otra a pie, para poder apreciar los vecindarios, las construcciones locales y los monumentos históricos relativos a lo que se llamó «La Gesta de Constanza, Maimón y Estero Hondo».

Comimos el almuerzo en un restaurante japonés dentro de la Colonia Japonesa, con unos platos de ingredientes muy frescos y prácticamente todos crudos. Caminamos por unas plantaciones de vegetales y nos topamos con un productor de fresas, quien nos permitió entrar a conocer su invernadero y nos contó detalles de la producción de flores, frutas y vegetales de la zona.

Para el atardecer las temperaturas para mí estaban muy bajas. Cuatro grados Celsius para mi cuerpo tropical era frío. ¡Muy frío! ¡Frío en los huesos! Continuar el paseo por los alrededores ya no me sonaba tan buena idea. Llevamos ropas calientes, pero las mías definitivamente no eran suficientes. Aunque llevaba puestas botas y medias gruesas, sentía los pies congelados y apenas los podía mover. Jack parecía estar a gusto con sus *jeans* y su chaqueta de cuero, aunque tenía la cara roja como un tomate.

Lo apuré para regresar a nuestra casita alquilada y encontramos la chimenea de la sala encendida. Me senté frente a ella sin intenciones de moverme de ahí en el resto de la tarde. La casa tenía un agradable olor a madera. Cedro y palo de rosa, que ahora se combinaba con el olor a cuaba

quemada que se desprendía de la chimenea. Mientras yo me calentaba frente al fuego, Jack se quedó en la galería de madera para hacer varias llamadas desde su celular. Sábado en la tarde y aun así no se desconectaba del trabajo, pero un poco después también lo oí conversando con su papá.

Mientras me quitaba las botas y las medias me transporté a mis dos últimos días de trabajo, cuando estuve inmersa en el proyecto de Villaflor con Martha Presto y todo su equipo, el que ahora incluía a su papá como accionista y a su flamante esposo, Miguel Suero, como director de operaciones. Me quedó la mala sensación de que las sesiones de trabajo no fueron tan agradables como antes. Algo varió. Sentí que se estaba cuestionando cada una de mis propuestas y recomendaciones. Incluso en asuntos que anteriormente habíamos discutido y aprobado.

La situación se tornó personal. Me estaban cuestionando a mí como consultora y a mi falta de experiencia en los procesos de producción y exportación de flores y vegetales. Les hice saber de forma sutil pero firme que ese conocimiento lo necesitaban ellos y no yo. Mi aporte en aquella reunión era mi visión estratégica de procesos y la objetividad de las decisiones de quien se mantiene fuera de las operaciones.

Pudimos avanzar en los trabajos que nos habíamos propuesto completar, pero el antagonismo no cesó, principalmente en Miguel Suero, quien prácticamente se negó a compartir información necesaria para hacer las proyecciones de producción y exportación. Insistió en que esa era información sensible y que debía ser confidencial. Martha permitió que la discusión se desarrollase sin intervenir, hasta que le informó a su esposo que esperaba que él llevara la información a la reunión del día siguiente o la pediría ella directamente al equipo de operaciones.

Mágicamente, la información me llegó. Y eso agravó el problema, pero decidí guardar silencio esta vez. Los números no hacían sentido. Martha afirmaba que el negocio de exportación había crecido en el último año y eso no era lo que yo tenía ante mis ojos. Sí podía ver cómo creció la producción, pero no las exportaciones. De hecho, estaba viendo que las docenas y unidades vendidas localmente habían aumentado en un sesenta y cinco por ciento, mientras que las ventas internacionales solo en un veinticinco por ciento.

Me tranquilizó saber que Martha se quedaría con una copia de los reportes que recibimos. Ella podría ver lo que yo estaba viendo y en dos semanas volveríamos a reunirnos.

Estaba perdida en mis pensamientos y en el cric crac de los palos de cuaba que se quemaban cuando Jack se sentó a mi lado.

«*Sorry for that*». Se disculpó mientras me abrazaba.

«*It's ok! Finally, I'm warming*». Realmente ya comenzaba a regresar a mi temperatura normal.

Comentó que, aunque era temprano, el almuerzo había sido muy ligero para su gusto y ya tenía hambre otra vez. No pude contener la risa porque yo pensaba en eso mismo, pero prefería morir de hambre antes que volver a salir al frío insoportable. Decidimos llamar a la recepción del complejo y preguntar si tenían servicio a las villas. ¡Y sí! ¡Aleluya! El menú no era extenso así que terminamos comiendo hamburguesas y papas fritas media hora después.

Jack encendió la chimenea de la habitación y alabó el sistema de conducción de humos. No quedé muy segura de lo que me hablaba, pero mientras él estuviera contento, yo estaba contenta. Me sonreí ante mi pensamiento, ya había llegado al extremo de empalagosa. Ni me reconocía, pero aun así seguía contenta.

Acepté cambiar de lugar y mudarme del piso de la sala, al piso de la habitación. Pusimos unas cuantas almohadas en el suelo, bajamos la colcha de la cama y nos acurrucamos frente al fuego y... Jack comenzó a cantar. No lo podía creer. Definitivamente, me había portado bien y me estaban premiando.

No conocía ninguna de las dos primeras que entonó y me preguntó si conocía a Bob Dylan: No. «*Of course you do!*», insistió y entonó otra que sí había escuchado antes. Ok. ¿Los Carpenters? «No», y las notas de esa canción vinieron acompañadas de la historia triste de la intérprete. ¿Beach Boys?, ¿Abba?, ¿BeeGees?, ¿Barry White?, y de todos fue cantando una o dos estrofas de sus canciones más conocidas.

Se hizo un silencio incómodo por unos segundos y le pregunté: «*What's wrong?*». Sentí que inhaló profundo antes de preguntar: «*How old are your parents?*». Me extrañó mucho su pregunta pero le dije las edades de mami, de mi padrastro y de papi, y sentí que volvió a respirar. «*I've feared being older*

than them since I met you! I didn't want to ask!». Eso me valió una buenísima carcajada, y le pedí que siguiera cantando. Apenas eran las siete de la noche, pero me fui quedando dormida contra su pecho mientras él enrollaba suavemente mis rizos en sus dedos.

¿Entonces? ¿Esto se haría una costumbre? Sentí las mordiditas en la oreja y me pregunté: ¿Por qué? ¿Por qué me estaba despertando? Protesté y traté de acomodarme, pero recordé que el piso ya no era más cómodo de ahí, y aun con todas las colchas comenzaba a sentirse frío. Ok. Había que mudarse a la cama. Acepté mi destino y abrí los ojos para encontrarme frente a frente a su sonrisa. «*Hello, Sleeping Beauty!*». No me pude contener y le pregunté cuáles eran sus razones para despertar a la Bella Durmiente. «*Many reasons*». Muchas razones..., supuestamente.

Decidí sentarme para ponerle atención y preguntarle la hora. El fuego estaba perfecto, la temperatura de la habitación también y estaba segura de que quizá solo dormí una hora o dos.

«*About ten... I'm not sure... You will tell me*». Huh? Bueno, no dormí una hora sino tres y ya eran las diez de la noche.

Le pregunté qué se traía entre manos porque realmente siempre he odiado que me despierten, me pone de malhumor y ya él lo sabía. Noté que buscó algo detrás de su espalda y me entregó una caja pequeña envuelta en papel rojo con corazones: «*Happy Valentine's*».

Abruptamente se me espantó el sueño. Aún no era San Valentín, ¿habría algo como Valentine's Eve? Me emocionó recibir su regalo y las manos me temblaban mientras lo abría. Un reloj Patek Philippe Calatrava. Ni más ni menos. Estaba bello. Tenía una rueda de pequeñas piedras de zirconios de detalles plateados, con esfera blanco marfil y correa en piel blanca. Me lo medí y me quedaba perfecto. Me acerqué a besarlo para disimular algo de la mortificación que sentí por unos segundos. Conocía el reloj y la marca. Eso costaba bastante más que mi salario de dos meses y yo no ganaba mal. Bueno, tranquila. Era San Valentín y yo también había gastado algo más que mi salario

en su regalo. Me puse de pie como un resorte y fui a buscar sus regalos. Le elegí dos cosas para claramente separar las ocasiones.

Le entregué primero una caja azul marino y le informé de que ese era su regalo de San Valentín. Abrió la caja y pareció impresionado. Le había mandado a personalizar un bulto de gimnasio Tumi en tela de poliéster azul marino con detalles rojos, que ahora tenía dos plaquitas en metal y el tirador del zipper grabadas con las iniciales «JS»... Lo oí decir «Wow» tres veces, así que me pareció que le había gustado en serio.

Dejé que me besara un rato. Parecía verdaderamente agradecido. No había prisa para el otro regalo. Sísísí... ¡Calma! Quería entregárselo los dos juntos, así que me separé y puse más de un brazo de distancia entre los dos. Le entregué el segundo. Su regalo de cumpleaños. Era una portapasaportes Cartier en piel marrón y le había mandado a inscribir «*Jackson Seller*» en el borde inferior.

A este le escribí una tarjetita que puse dentro y él leyó detenidamente:

«Happy Birthday to my big boy.

I thank God for your life

and thank you for being part of mine».

¡Nooo! ¿Sí? Nahh... ¡Oh Dios! ¡oh Dios sí! ¡Tenía los ojos llenos de lágrimas! Me quedé frisada y por unos momentos no supe qué hacer. Se había emocionado, pero sabía que era algo más que mis palabras. Mi mensaje lo había llevado a algún sitio y no tenía ni idea de dónde. Me atrajo hacia él y me sentó en sus piernas. Parecía un niño perdido.

Me abrazó fuerte y le di muchos besitos pequeñitos en la frente y la cabeza mientras acariciaba sus cabellos. Yo no quería hablar ni preguntar... Así estábamos bien... Perfectos. Unos momentos después me preguntó si le creería que estaba verdaderamente feliz. Algo avergonzado pero feliz. Tenía una sonrisa enorme dibujada en la boca y me sentí confundida... ¿Feliz? Mejor lo seguía abrazando porque sentía que él me estaba abrazando más fuerte todavía. Nos abrazamos por mucho rato.

«*Oh! I almost forgot*». Sentí que se movía para ponerse de pie, así que aproveché para levantarme del piso también y recoger las colchas y las

almohadas, y ponerlas sobre la cama. Miré mi celular y vi que tenía un mensaje de texto de Alina agradeciéndome por el postre que había ordenado y enviado para la cena de San Valentín de nuestros amigos. Decía que estaba divino y agregaba que todos habían preguntado por mí, pero que extrañamente ella no sabía qué contestar.

«*I've got myself a birthday present*», dijo Jack desde el otro lado de la cama. ¿Qué? ¿Y eso? ¿Se había comprado un regalo a sí mismo? Sacó de su maleta una caja rectangular, gris con letras rojas y me la pasó para que la abriera. Reconocí el nombre de la tienda y no entendí cómo pudo encontrar algo para él en una famosa tienda de lencería de Santo Domingo.

¡Qué perverso! No pude contener la risa cuando saqué el negligé negro. ¿En serio? Corrí al baño, me quité toda la ropa que traía puesta y me puse el maravilloso trajecito de encajes. Este hombre sabía comprar. Me quedaba perfecto. Regresé a la habitación, lista para comenzar a celebrar...

CAPÍTULO DOCE

Segunda al mando

En los dos años y tres meses que llevaba en Seasons, Laura nunca había tenido tantas responsabilidades. Era jueves antes de las diez de la mañana y estaba exhausta. El viaje del señor Seller era solo por cuatro días, pero todo se había esmerado en la oficina.

Estuvo presente en todas las reuniones de la semana que ameritaban la presencia del gerente general para tomar notas y prepararlas para él. Pero la verdad era que su jefe esperaba mucho más de ella. No le estaba permitido presentar problemas sin una solución viable... Y mejor si ya estaba en ejecución.

Dada la crisis que se presentó en uno de los proyectos de Puerto Plata, habían tenido que convocar funcionarios del Departamento de Medioambiente, Control de Aguas y Alcantarillas y finalmente Caza y Pesca. Toda una fiesta de burócratas indeseables.

Algunos de los invitados no se presentaron, entendiendo que la reunión debía darse en las oficinas del Ministerio y no en las de Seasons, así que iniciaron la reunión con los presentes, con más de quince minutos de retraso. Hicieron lo que tenían que hacer. Mostraron documentos, permisos, concesiones para la construcción y las autorizaciones legales, mostraron sus pagos de impuestos, la aprobación de los planos en sus características y dimensiones y finalmente lograron la promesa de que se levantaría el impedimento para seguir construyendo. Pero eso no sería todo, ahora tendrían que convencer a las autoridades locales de Puerto Plata.

Laura estaba segura de que alguien trataba de sacar dinero de todo esto, así funcionaba el Gobierno. Pero Seasons Corporativo se regía por las políticas internacionales de ética y comercio justo, que prohibían totalmente los sobornos, a cualquier nivel y en cualquier operación. Antes cerrarían operaciones y saldrían del país.

El representante del socio hipotecario local, el Banco SASRD, se los

hizo saber. No había opción de sacar dinero de esto, y sus caras ofendidas parecían un poema. La funcionaria del Departamento de Aguas y Alcantarillas aprovechó para dar un discurso sobre la necesidad de detener los abusos de empresas extranjeras que venían al país a irrespetar regulaciones, a lucrarse y a saquear los tesoros locales. La señora usaba un tono similar al que seguramente usaba en sus manifestaciones políticas frente a las bases de su partido. Si Laura no hubiese vomitado ya su cuota del día estaría vomitando en esta reunión.

Joaquín Hernández estaba en esta reunión en representación del ingeniero residente de la obra. Al salir al pasillo la detuvo para preguntarle dónde iría a comer. El tipo pretendía hacer una conquista en cada puerto y por supuesto que no lo iba a acompañar, pero su flirteo la había hecho recordar a la misteriosa novia del jefe. ¿Habrían viajado juntos? Se excusó rápidamente y se dirigió con paso apurado a su oficina.

Al abrir la puerta estuvo a punto de girar y salir de allí corriendo a toda velocidad. Pero se quedó con los pies sembrados en el piso.

«Hola, flaca», fue el saludo que le dio Mauricio cuando levantó la cabeza.

«¿Qué haces aquí?», contestó en tono más brusco de lo necesario. Sabía que esto podía pasar, pero no lo esperaba tan pronto. No podía pedirle a Raquel, la recepcionista, que no lo dejara pasar, sin levantar sospechas y comentarios alrededor de su situación. Raquel era muy discreta, pero tendría que compartir la información de la restricción con todas y cada una de las personas que también cubrían la recepción en sus *breaks* y su hora de almuerzo. Una persona diferente cada día de la semana. Así que, aquí tenía a su marido frente a ella.

«Vine a invitarte a almorzar, podemos ir aquí al lado, que sé que te gusta mucho», dijo refiriéndose a un restaurante italiano que tenían en la misma acera, a unos cuantos pasos del estacionamiento.

Laura soltó un suspiro y aceptó: «Sí, vamos». Luchar contra su marido solo la iba a desgastar emocionalmente y hoy no era día para eso. Sabía de qué iría la conversación y mientras tomaba su cartera recordó la noche en que él que regresó de Miami y lo esperó con gran parte de su ropa empacada en tres maletas.

Le pidió que saliera de la casa, que buscara donde quedarse y le prometió que hablarían calmadamente cuando estuvieran en condiciones de hacerlo. No había llorado, no había gritado y no lo había maldecido ni a él ni a ella. Él también había tenido el suficiente tino de no jugar con su inteligencia ni hacerse el inocente. Tomó sus maletas y fue bajándolas una por una hasta el parqueo de su edificio de apartamentos, y no había vuelto a verlo hasta hoy.

Il Ristorante de Vito era tranquilo y acogedor. Se sentaron a una de las mesas junto al ventanal que daba a la calle, y, tan pronto ordenaron sus comidas y bebidas, Mauricio comenzó a hablar.

«Han pasado casi tres semanas», murmuró mientras tenía la vista fija en el mantel de cuadros rojos y blancos que descansaba sobre la mesa.

«¿Cuánto tiempo tienes en esa relación?», preguntó Laura sin anestesia.

«No es una relación, Laura. No es nada. No es nada que pueda poner en riesgo lo de nosotros dos, lo que tenemos nosotros dos. Tú eres mi vida». Trató de sostener sus manos, pero ella las retiró.

«¿Cuánto tiempo, Mauricio?», insistió sin dejar de mirarlo.

«Algunos meses, no sé. No es importante». Parecía nervioso y quería obviar el tema. Pero hasta que ella no tuviera respuestas no podría avanzar. La camarera puso sus bebidas sobre la mesa y se marchó. Refresco para Mauricio y agua para ella.

«Cuando fuiste al entrenamiento en Panamá, ¿ya estaban juntos?», preguntó desviando su vista hacia la calle mientras él le servía su bebida.

«¿Panamá? Sí, fuimos juntos a Panamá y quizá ahí comenzaron las cosas». Él estaba nervioso, pero Laura, que se proyectaba amigable y apacible, tenía ganas de clavarle en el cuello el cuchillo de carne que tenía frente a ella.

«¿Quizá? Ese viaje fue hace quince meses, Mauricio», señaló fríamente. Con una frialdad que la espantaba a ella misma, pero era la misma que sentía en el corazón.

«Me equivoqué, Laura —le respondió mientras se pasaba las manos por el rostro y el cabello en un gesto de frustración—. Eso comenzó como un juego y es lo más estúpido que he hecho en mi vida. No debió pasar. Se acabó. Tengo que pedirte que me perdones porque necesito que me perdones. No

quiero poner en riesgo nuestro matrimonio por esta tontería. Una estupidez».

«Una relación de más de quince meses con tu jefa no es una tontería, Mauricio. En mi libro esas son palabras mayores. Quizá sí eres estúpido, pero ella no. —Laura percibió cómo él apretaba la mandíbula frente al insulto, pero no dijo nada—. ¿Sabes que puedes perder tu preciado empleo por esta situación? ¿Sabes que terminar esto se va a convertir en un infierno para ti? ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo en tu trabajo solo con el fin de volver a respetar tu casa y a tu esposa?». Estaba susurrando, pero estaba dejando todas sus emociones en esas palabras. Sabía que esa mujer había arriesgado su carrera profesional haciéndole llegar esas fotos a Laura con el propósito de vencer en esta batalla y tener a Mauricio solo para ella. Se las estaba jugando todas y después de llegar ahí no iba marcha atrás pacíficamente.

«Pedí mi traslado la semana pasada. Quiero trabajar en la nueva división fiduciaria del grupo. Posiblemente aprueben mi traslado ocupando una posición de vicepresidente residente, es decir, que además sería una promoción. Pero si no lo es no me importa, solo entendí que debo poner distancia con...». Laura levantó la mano indicándole que no quería ni escuchar su nombre.

Nuestra comida llegó y me quedé mirando mis raviolis carbonara sabiendo que no los comería, pero la focaccia con romero sí me pareció lo más apetecible en toda la mesa.

«En otros departamentos habrá otras mujeres, Mauricio, tanto o más hermosas que tu jefa. La fiebre no está en la sábana. Me has sido infiel y necesitas saber por qué antes de pretender pasar un paño con pasta a esta situación. Estoy confiando en que esta es la primera ocasión en diez años de matrimonio, pero necesito que descubras qué te falta, qué pudiste encontrar en una relación fuera de él. Quiero que te preguntes a ti mismo si fuiste más feliz con alguien más que conmigo».

«¿Quieres que hagamos terapia de pareja?», preguntó esperanzado.

«Quiero que tú hagas terapia. Si necesitas que yo participe más adelante, puedo hacerlo. Si llegas a entender que de alguna manera te empujé a ser infiel tú me lo dirás. Pero quiero que tú tengas tus respuestas individualmente primero, y con la mente abierta a todas las opciones. Si el resultado es que debemos divorciarnos, haremos un divorcio amigable por el

bien... —se interrumpió con las palabras en la boca porque este no era un buen momento para revelar esa información— de todos».

Mauricio parecía abatido. Los hombros caídos, la mirada triste. Sabía que desde la noche que salió de la casa estaba viviendo con sus padres. Su suegra, doña Rita, se ocupaba de llamarla todas las mañanas para preguntarle cómo estaba y ponerla al tanto de todos los movimientos de Mauricio. Le agradecía la información, pero sabía que no era relevante. Si Mauricio la engañó por quince meses durmiendo con ella en la misma cama, qué no haría con su mamá.

Volvieron a las oficinas de Laura sin que ella registrara ni siquiera qué comió. Apenas había probado bocado. Mauricio le tomó las manos entre las de él cuando llegaron al estacionamiento y le prometió que iban a arreglar esta situación. Que lo aseguraba.

Pero ¿cuánto valía esa promesa?

Al regresar a su oficina encontró a todos los gerentes sentados alrededor de su escritorio. ¿Otra fiesta?

«Necesito que nos muestres los recortes de presupuestos impuestos para este año y tienes que llamar a Seller de inmediato», la bombardeó el gerente comercial desde que la vio, mientras le lanzaba una mirada asesina al gerente financiero.

Bien, parecía que Laura tendría mucho en qué entretenerse por el resto de la tarde.

CAPÍTULO TRECE

Spare set of keys

Llegué a Season's ese viernes a primera hora. Pasé a saludar a Laura rápidamente y confirmé mis reuniones. Hoy tenía mis últimas dos entrevistas con el área comercial. A las nueve con Julissa Sosa, la coordinadora, y luego a las diez con Pedro Lara, el gerente. A Laura se le notaba que trabajaba mucho más relajada cuando su jefe no estaba. No trabajaba menos, pero sí más tranquila. Sin embargo, yo estaba feliz porque finalmente su jefe regresaba esa noche.

Cuando estaba por terminar mi primera entrevista, sonó el teléfono que estaba sobre el escritorio de Julissa. Ella tomó la llamada y mientras hablaba me miró.

«Sí, aquí está. Claro. Le digo». Colgó y me informó de que Laura me necesitaba abajo antes de mi próxima reunión. Eran las nueve cuarenta, así que no habría problemas en interrumpir unos minutos. Recogí las planillas que me entregó Julissa y me despedí de ella.

Cuando bajé al primer piso, caminé por el pasillo y me sorprendió ver a Laura parada en la puerta de la oficina de Jack. ¿Había vuelto? Su vuelo estaba para aterrizar a las seis de la tarde. ¿Qué había pasado? Aparentemente, estaba proyectando mi alarma y tenía cara de susto, porque Laura, aunque me miraba sorprendida, trató de dibujar una sonrisa en la cara.

«Todo está bien —me dijo tocándome las manos, por lo que noté que arrugaba los documentos que me facilitó Julissa—. El señor Seller está al teléfono y quiere hablar contigo». Suavizó aún más su voz con la intención de apaciguar mi preocupación. Respiré aliviada, pero ahora estaba muy confundida.

«Gracias». Noté que tan pronto entré a la oficina, Laura salió y cerró la puerta dejándome a solas.

Tomé el teléfono con las manos temblorosas. «¿Jack?»

«Hi, Lari!». Había hablado con él la noche anterior y todas las noches de esa semana, pero aún me sorprendía cómo me gustaba su voz. Hablaba pausado y se podían oír otras conversaciones detrás de él. «*We have a little problem there*». ¿Teníamos un problema? ¿Qué problema?

Su vecina del sexto piso llamó a la oficina. Aparentemente una tubería en uno de sus baños se había roto. Laura lo llamó para preguntarle si tenía una llave extra, y ¡él dijo que sí! *What?!* ¡Le dijo que sí! ¡Oh Dios, sentí que la cara se me incendiaba! ¿Le dijo que sí? Me quejé un rato y estuve al borde de las lágrimas. ¿A nadie se le ocurrió la palabra cerrajero? ¿Teníamos que poner en evidencia nuestra relación? Lo oí disculparse, pero también oí algo de humor en su voz. Supe que, a propósito o no, estaba disfrutando la situación.

Al colgar el teléfono, busqué las llaves de su apartamento en mi cartera. Las había puesto en un nuevo llavero hermoso de tres anillos, en acero inoxidable y metal, acabado en oro rosa y oro amarillo. Salí de la oficina de Jack y caminé en cámara lenta hasta la oficina de Laura.

La encontré con la puerta abierta y me pidió que pasara. Ella estaba tratando de actuar normal. Y yo también. No sabríamos decir cuál de las dos era peor actriz. Le entregué las llaves y me dijo que el plomero ya estaba en camino y lo llevaría ella misma para inspeccionar los daños. Acordamos que antes de irme pasaría a recoger las llaves otra vez. Y regresé a mis entrevistas. Actuando muy normal. Supuestamente.

En el apartamento de Jack no había pasado nada que no se resolviera con unas mangueras nuevas y una buena suapeada. Y aparentemente Laura se encargó de resolver las dos cosas. Yo estaba viendo todo seco y puesto en su sitio, el baño de la tercera habitación olía a cemento y era el único indicador de que el «nefasto evento» había sucedido ahí.

Algunas horas antes recogí mis llaves en la oficina de Laura. Una alegre y divertida Laura que le faltó poco para hacer bromas acerca de la situación, mientras yo moría de vergüenza. Me dijo que en el apartamento de abajo tampoco había daños importantes, más que grandes cantidades de agua

en esa habitación. Y se había despedido con una reluciente sonrisa y expresando algo como «dice Benedetti que todos necesitamos a un cómplice».

Entré a la cocina y miré la moderna nevera con terror. El avión de Jack debía aterrizar en unos veinte minutos y él debía llegar a la casa cerca de las ocho. Yo quería guardarle la cena lista. Pero no tenía ni idea de qué hacer, había pocos vegetales, me imaginaba que no habría comprado esa semana que estaría fuera, así que abrí el *freezer* para mirar dentro y aún no se me ocurría nada.

Hasta que me llegó una idea a la cabeza. Sabía que tendría sus consecuencias, pero decidí arriesgarme. Busqué mi celular, marqué el número y esperé. Pocos segundos después oí la voz de Sarah que me decía: «¡Amiga! ¡Pero dónde estás metida, por Dios!».

Me limité a dar algunas explicaciones generales de que tenía mucho trabajo y que nos juntaríamos pronto a hablar largo y tendido.

«Necesito tu ayuda para preparar una cena», le dije yendo al punto. Sarah cocinaba sabroso.

«¡Claro! ¿Ahora? ¿Dónde estás?», apuró las palabras.

«¡Calma! Lo que quiero es que me ayudes por aquí, por teléfono, ¿puedes?». Sarah es el valor del servicio convertido en mujer. Pude percibir la emoción en su voz desde que pronuncié la palabra *ayuda*. Y me la imaginé agarrando las llaves de su carro para salir a rescatarme.

«Ok... ¿Qué quieres preparar?», preguntó con clara emoción.

«No tengo ni idea todavía, por ahí tendrás que comenzar a ayudarme». Oí su risa divertida y a la vez solidaria al otro lado del teléfono.

«Pues dime qué tienes disponible». Abrí la nevera otra vez y comencé a listar lo que estaba viendo. Luego en el *freezer*.

«¿Para cuántas personas quieres cocinar?», preguntó tratando de parecer distraída, pero sin lograrlo.

«Dos». Traté de que mi voz saliera en un tono natural, pero yo misma oí un chillido. El silencio de Sarah me hizo ver que no le pasó desapercibido.

«¿Tienes papas?». ¿Papas? A Jack le gustaban mucho las papas y las ponía en un canasto en... «Sí, ¡tengo!», afirmé emocionada.

«¿Y sabrás si tienes ajo, cebollas, ajíes, verduras?». En el mismo canasto y..., en la nevera, leche, mantequilla, tocineta y aceite de oliva.«Sip. ¡Todo!».

Me indicó que sacara la carne del *freezer* y revisamos la cantidad. Era mucha para lo que íbamos a preparar. Tenía que tratar de cortar el paquete por la mitad antes de que se descongelara completamente o cocinarla toda y guardarla preparada... Eso me sonó mejor.

Cortar el ajo, la cebolla, las verduras. Ok. Estuvo difícil lo de describir las verduras para saber qué tenía en la mano, pero se pudo. Lavar las papas y ponerlas a hervir con la cáscara, buscar la cuchara más pequeña que encontrara para echar la sal, echar todo lo picado en una sartén, ¿sartén? ¡Sartén! ¡Listo! La cena fue tomando forma poco a poco. Freír la tocineta hasta tostarla, escurrir y secarle el exceso de grasa. Colgábamos y volvíamos a llamar y volvíamos a colgar, el puré de papas estaba listo y a la carne le faltaban solo unos minutos más.

Sarah había sido muy paciente y, a diferencia de lo que habría hecho Alina, no me hizo un interrogatorio. No ahora. Sarah era más discreta. El paredón vendría, pero más adelante. Cuando le dije que no sabía cómo encender las hornillas solo afirmó: «No estás en tu casa».

«No». Sospechaba que en estos momentos ya las dos estarían «analizando mi caso» porque era cierto que en el último mes me había desaparecido del mapa.

Pimientos rojos rellenos de dos capas de puré de papas y una capa de carne molida en el medio. Sencillo y hasta ahora había ido saliendo fácil. El puré estaba delicioso. Ya había hecho el relleno. Faltaba ponerlos a gratinar en el horno, pero me dijo que era solo por unos minutos, así que eso lo dejaría para cuando Jack estuviera en la casa. Tenía seis pimientos rellenos. Suficiente para dos cenas.

Los dejé listos para lo próximo y recogí la cocina. Era viernes, así que Jack estaría en humor de postre. Yo había traído helado de chocolate. Podía hacer unos sándwiches de helado con unas galletas de chocolate chip que teníamos en la nevera desde el fin de semana anterior. Me gustó la idea. Aún faltaba un rato para que llegara. No me había llamado aún para avisar que ya venía. Preparé los sándwiches, ¡ocho sándwiches! Los acomodé y los puse en

el *freezer*. Busqué en la vinera y elegí un Marqués de Riscal de la Rioja.

Ok. Eran las siete treinta. Pondría la mesa y luego TV time. Llamé a su celular, pero parecía estar apagado aún. Llamé al teléfono de la línea aérea para confirmar si el vuelo había aterrizado y sí, a las seis treinta, retrasado treinta minutos. En algún momento llegaría.

Encendí la TV de la sala porque si me iba a la habitación iba a dormirme, y no quería que me encontrara dormida. Un par de buenos capítulos de *Friends* hicieron el trabajo de mantenerme despierta y casi media hora después de las ocho oí las llaves en la puerta. ¡Yupiiii! Salté del sofá para alcanzarlo, pero frené en seco cuando lo oí conversar con alguien más. Qué raro. Venía acompañado... De una mujer...

«Hi babe! I'm glad you are *already* home!». Se acercó y me dio un beso, diciendo que estaba contento de que «ya estaba en casa», pero yo no podía quitar los ojos de la rubia que estaba parada al lado de la puerta. «*Hon, this is Emma... My ex-wife*».

CAPÍTULO CATORCE

Celos

Tratado sobre la rivalidad exhaustiva entre las hembras de la misma especie. Así se pudo haber llamado la cena de hoy. ¿Su exesposa? ¿En serio? Todavía identificaba detalles de esta historia que no entendía. Jack se había encontrado esta tarde a su segunda exesposa, a quien no veía hacía cuatro años, en el aeropuerto de Atlanta. Hicieron el vuelo a Santo Domingo en el mismo avión. Jack regresaba a casa mientras Emma venía a reunirse con su nuevo esposo para pasar unas vacaciones en Casa de Campo.

Si se inventaban la historia no habrían podido hacerla más complicada.

Su marido perdió el avión de las seis de la tarde desde San Juan, Puerto Rico, donde se encontraba en viaje de trabajo. Saldría hacia Santo Domingo a las nueve de la noche. Cuarenta minutos de viaje. Emma lo iba a esperar por esas tres o cuatro horas en el aeropuerto, pero su transporte a La Romana había sido cancelado y tendría que coordinar otro para la mañana siguiente. Jack le ofreció transportarla a la capital, recoger a su novia, ir a cenar y finalmente ubicarla en algún hotel donde pudiera pasar la noche con su marido.

Yo seguía estupefacta.

Emma tendría unos cuarenta y cinco años o así se veía. Era alta y delgada; rubia y de ojos verdes. Podría decirse que era atractiva. Sonreía poco. Hablaba poco. Comía poco. Si me pedían que la describiera en una palabra diría «insípida». Vestía pantalón sastre caqui y blusa blanca, para arreciar un poco más su monotonía.

Ella también me había estado estudiando a mí y no parecía gustarle lo que veía. Miraba mi pelo y mi cara con curiosidad, hizo un registro de mis ropas, un pantalón clásico con cinturón y una blusa de seda en color rosa viejo; pero lo más curioso fue que más de una vez encontré su mirada fija en mi reloj. En uno de sus escasos comentarios, le dijo a Jack que entendiera que su música era muy adulta y seguro *ahora* era más evidente. ¿Ahora más

evidente? La señora tenía suficiente veneno para un regimiento.

Desde ese comentario Jack ya no estaba cómodo. Parecía irritado, pero haciendo todo lo posible por ser cortés y ameno. Era evidente que Emma sabía qué teclas tocar para sacarlo de quicio. Me lucía a mí que desde el primer momento Jack quiso dar la impresión de que vivíamos juntos. Parecía que, si admitía que su novia vivía con sus padres, ¿tendría que aceptar que asaltó una cuna? Seguí su juego porque no me molestaba.

Ya antes le había pedido que me permitiera su maleta y la llevé a su habitación, unos segundos después él me siguió y puso cara de disculpa. «It's ok», fue todo lo que le dije. Estaba molesta por la sorpresa y nerviosa por la cena, pero no iba a montar un espectáculo. Le pedí que se sentara en la sala con Emma mientras yo encendía el horno.

Aproveché esos minutos para esmerarme en el montaje de la mesa con un puesto adicional. Ya sabía que la cocina de Jack estaba equipada con todo, aunque todavía no había logrado investigar quién había hecho aquella compra. Puse manos a la obra: mantel individual a juego con las servilletas... Bajo plato, plato, plato de ensalada, plato de pan, cuchillo de mesa, tenedor, tenedor de ensalada, cucharita de postre, copa de agua y copa de vino. Exquisito, como de revista.

Pero me volvieron a entrar más nervios cuando iba a servir la comida. Quizá no debí insistir en que nos quedáramos a cenar sino aceptar la idea de Jack de salir. Ya no sería un solo plato, puesto que decidí preparar una ensalada verde con fresas naturales y vinagre balsámico, tostar pan untándole mantequilla de ajo y unas hojitas de laurel... Y ya eso lucía como una cena real. Jack entró a la cocina para ver qué hacía y se sorprendió con la cena. «*Thank you, babe, everything smells great!*», afirmó sonreído que todo olía divino. Miró la botella de vino que yo había sacado de la vinera y asintió.

«I hope it tastes at least fair». Le confesé mi preocupación, que definitivamente era infundada, ya que la receta de Sarah estaba divina. ¡Gracias al Padre!

Durante la cena Emma habló de sus padres y de sus hermanos, hermanas y sobrinos. Hizo historias de bodas, bautizos y graduaciones dejándome completamente fuera de la conversación. Ella apenas comió, pero Jack compensó y devoró todo lo que tenía enfrente. Eso quería decir dos

cosas, que comió mal durante el día y que realmente todo estaba por encima de aceptable.

Yo no pude contener un bostezo. Ahora hablaban de vino, de uvas, de cosechas. Jack trató de incluirme en la conversación en más de una ocasión. Emma trabajaba en la representación de una bodega española en los Estados Unidos; Jack y Richard, el hermano mayor de ella, asistieron juntos a la universidad; los padres de Emma se retiraron a vivir a una casa en Florida... Y más cosas...

Las anécdotas de esta mujer eran inmensamente aburridas, ni siquiera en los momentos divertidos de sus historias cambiaba su monótona voz. No pude evitar imaginármelos juntos, Jack tenía que haber estado al borde del suicidio por el aburrimiento. Estuvo casado con ella cinco años. Necesariamente Emma debía guardar alguna sorpresa, tener alguna chispa en su personalidad como ser una estrella de la lucha en lodo, actriz porno o una instructora del Kama Sutra... O algo así.

Finalmente, un poco después de las once sonó el celular de Emma. Era su marido, Eric. Iba saliendo del aeropuerto. Estaría en la ciudad en unos treinta o treintaicinco minutos. Sugerí que fuéramos ubicándoles un hotel donde se pudieran alojar, y no esperé respuesta.

Me puse de pie con un salto de alegría y prácticamente troté para ir a buscar la guía telefónica. A los quince minutos ya les tenía la reserva para la noche. Yo estaba lista para que ella saliera de mi casa y ni siquiera reparé en la afirmación que acababa de hacer en ese pensamiento.

Hasta las doce no estuvimos de regreso en el apartamento. Mi malhumor había ido escalando desde que nos subimos al carro. Cuatro horas desperdiciadas después de casi una semana sin vernos. ¿Por qué la había invitado? Y encima sugirieron salir a cenar el próximo fin de semana, a su regreso de La Romana, aun cuando yo no tendría inconvenientes en no volver a verla nunca.

Preferí irme a mi casa y no subir al apartamento otra vez. Si me quedaba más tiempo con él iba a ser más evidente que no estaba contenta. Nada contenta. En el estacionamiento Jack me abrazó y me dio pequeños besos en el rostro antes de dejarme subir a mi carro. Me pidió que le avisara cuando llegara a mi casa.

Me sentía como una estúpida. Jack era veintitrés años mayor que yo y estuvo casado dos veces, y seguro que había decenas de mujeres más con las que habría salido seriamente o no. Si iba a armar la guerra fría con cada una de ellas iba a morir joven. Pero Emma no me había gustado, eso era cierto, aunque ni siquiera había hecho el intento de conversar con ella.

Yo estaba verde de los celos y era evidente que ella también. No dudaba de que los dos habían decidido seguir con sus vidas y que estaban bien así, pero el solo hecho de encontrar a tu ex con una mujer veinte años menor que tú, debía poner colérica a cualquiera... y que encima de eso fuera una latina agraciada como yo... ¡Peor aún! Me saboreé para reconocer la modestia y el juicio que me había comido con el postre.

CAPÍTULO QUINCE

Todo en su lugar

Al día siguiente era sábado y salí de mi casa silenciosamente a las seis quince de la mañana. Era el tercer fin de semana continuo que me pasaría fuera de mi casa. Por supuesto que eso ameritaba un interrogatorio exhaustivo de mi mamá y unas miradas penetrantes de mi padrastro la noche anterior que medianamente pude torear. Pensé que en algún momento me dirían que no iba «y punto», como hacían cuando tenía once años. Pero parece que a sus ojos yo había crecido más de lo que yo misma era consciente. Les dije que regresaría el lunes temprano y llegaría directa a la oficina. Mi supuesto destino era la playa de Juandolio, pero en realidad ahora estaba abriendo el portón del parqueo del edificio de Jack y no pretendía salir de aquí hasta el lunes en la mañana.

Miré mis llaves y sonreí, entré al apartamento en silencio. Jack aún estaba dormido, lo que no era su hábito, pero sí era normal habiendo viajado la noche anterior. Abrí mi bulto y saqué un pijama. Me lo puse y me metí en la cama. Era una hora perfecta para acompañarlo a dormir.

No logré dormir tanto como habría querido para un sábado en la mañana. La sorpresa parece haber sido un afrodisíaco para mi novio. Me desperté porque sentí su boca en el cuello y lo que parecían cinco pares de manos sobre mí y algunas de ellas trataban de quitarme el pijama. Lo ayudé a desvestirme y lo dejé hacer. Estaba pegado a mi espalda y podía sentir su erección. Cuando creía que ya conocía cuál era su próximo movimiento me sorprendía con algo nuevo. Me levantó la pierna y la pasó hacia atrás por encima de sus caderas, dejando mi vulva al descubierto y disponible. Plantó su mano para cubrirla y deslizó uno de los dedos en mi interior. Traté de disimular mi gemido contra la almohada, pero el ruido final resultó ser todavía más salvaje. Definitivamente mi gran idea iba a tener una gran recompensa.

Nos quedamos en la cama hasta después del mediodía. El sol se filtraba implacable por uno de los ventanales, pero la habitación seguía

bastante fresquita gracias al aire acondicionado. Nos habíamos duchado juntos temprano en la mañana y cinco minutos después yo tenía puesto otro pijama y estaba metida entre las sábanas. Jack se vistió solo con *shorts* deportivos y salió a la cocina. Trajo yogurt, frutas, tostadas y jamón a la cama y no tuvimos que movernos de ella por un par de horas más. Recordé que en mi bulto estaba mi ropa de trabajar para el próximo lunes. Tenía que colgarla, así que le pedí una percha.

Su closet era uno de los pocos rincones que no había explorado en su apartamento, quizá quería dejarle algo de privacidad. Él se levantó, encendió la luz del closet y entró. Mientras sacaba mi ropa del bulto lo escuché moviendo... ¡aparentemente todo el closet! ¿Qué hacía? ¿No había ahí una percha extra? Había visto algunas en el área de lavado, le dije que dejara eso, que iba a buscar un par atrás.

Salió con dos perchas en la mano. Me quitó mi ropa y la acomodó él mismo en las perchas. Movié la cabeza indicándome que entrara al closet con él. Era enorme y forrado en cedro, con gavetas, espejo, zapateras. Toda su ropa solo ocupaba la mitad del espacio. Estaba muy bien organizado y si me preguntan diría que estaba organizado por colores... camisas, pantalones, trajes, zapatos. Me acerqué y abrí una gaveta y encontré sus corbatas enrolladas... igual que como las acomodan en las tiendas...

Noté que se movió y colgó mi ropa en la mitad del closet que estaba vacía. Mi sonrisa se congeló en mi cara. «*This is an invitation*». Su voz estaba más profunda que nunca. Dijo que esta era una invitación a mudarme con él cuando quisiera. Él estaba listo y ansioso, pero podía esperar hasta que yo también lo estuviera. Yo estaba hiperventilando. Sentía que necesitaba una funda de papel para respirar. ¡Claro que quería, pero no podía! ¿O sí podía? ¡Claro que no! ¿O sí?

Teníamos unos meses juntos, pero nadie sabía de nuestra relación. Bueno... Laura... pero yo no quería compartirlo con más nadie. ¿Mi mamá? ¿Mi padrastro? ¿Mis hermanos? ¿Mi papá? ¿Mis amigas?... ¡¿Mi jefe?! No tenía que esconderme, pero tenía miedo de que la gente interviniera en lo que hasta ahora iba perfecto. Comencé a hablar, pero él me detuvo haciendo una seña con una mano. Me dijo que dejara el drama y parara el torbellino de pensamientos que había en mi cabeza. La ropa estaba en el closet y eso era

todo.

Sentía que esa conversación le puso tensión al día. Me pidió que me mudara con él y fue evidente que yo no quería. Comimos en relativo silencio para dos personas que hablaban tanto y a todo momento. Él no estaba molesto, pero sí pensativo. Cuando terminamos de comer recogí los desechables de la comida japonesa que habíamos ordenado y lo vi que volvía a la habitación. Definitivamente su proyecto del fin de semana era hibernar. Cuando regresé a la habitación vi que había apagado la música, había encendido la televisión y un capítulo de *Who wants to be a millionnaire?* se proyectaba en la pantalla.

Yo tomé mi bulto y volví a entrar al closet. Acomodé mi ropa interior en una de las gavetas, coloqué los zapatos, ubiqué mi estuchito de maquillaje en una repisa y llevé mi cepillo y mi pasta de dientes, mi jabón para el cuerpo y mi loción a su baño. No podía decidirme a mudarme con él en ese momento y a la larga quizá nunca lo haría, pero en poco tiempo llegué a tener tanta ropa y cosas personales en ese closet y en ese baño como en los de mi propia habitación en casa de mis padres.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cuatro meses juntos y ya éramos padres

Padres de un niño de ocho años. Eran las tres de la tarde de un viernes. Estábamos en el aeropuerto, cuando yo debía estar con Alina en su última prueba de maquillaje. La boda era al día siguiente. Tenía los nervios de punta por más de una razón, pero la principal de todas tenía ocho años. Y acababa de aterrizar en un vuelo de Delta Airlines desde Atlanta. Venía solito y estaba emocionado, pero yo fui testigo de que su abuelo estaba tres veces más emocionado. La sonrisa le iba de oreja a oreja.

Jack era abuelo desde los treinta y nueve años, cuando su hija Alex dio a luz a Paul, en circunstancias muy parecidas a las que ella misma había nacido. La diferencia era que ella se negó rotundamente a casarse, se cambió de carrera y creo que también de universidad, pero terminó sus estudios y era una mujer independiente. Su mamá aparentemente no hizo tanto.

No me tocaba juzgar las decisiones que Jack y la mamá de sus hijas habían tomado, pero no se me parecían a las cosas del Jack de hoy. Se divorció cuando las niñas no habían cumplido su primer año y él estuvo ausente de sus vidas por casi diez años. Los años que él llamaba «perdidos». Los años en que la bebida había podido más que él. Pero en esos mismos años se graduó de ingeniero e hizo dos maestrías. Entonces había muchas cosas que yo no entendía.

Vi que Jack se movió y ¡se le dibujó una sonrisa todavía más amplia! Miré al frente y vi un rubito delgado que venía caminando —o más bien corriendo— hacia nosotros junto a una sobrecarga. Jack le entregó su identificación y la señora comparó con los datos que tenía la ficha del niño. No veía cómo eso era necesario si el niño estaba trepado en los brazos de su abuelo y el abuelo lo estaba apretando tan fuerte que parecía que lo iba a romper. ¡Ja! Si los datos no eran correctos yo habría querido ver cómo ella los iba a separar.

Cuando Jack puso a Paul en el piso otra vez, me presentó y el niño giró

hacia mí con la mano extendida. «*Hello! I'm really glad to finally meet you*», saludó con una formalidad que encajaba perfectamente con su atuendo de chaqueta, camisa y pantalón en *size* de niño. Una copia del estilo formal de su abuelo. Era un mini Jack.

Para cuando regresamos al carro de Jack, yo estaba enamorada de Paul. Venía muy animado contando del viaje, del avión, del capitán, el despegue y el aterrizaje. Luego de sus clases de karate, de piano, computadora, pintura, béisbol, natación y equitación. ¿What? Evidentemente tenía una agenda apretada. Luego el tema fueron su mamá y su tía Christie... Me dejó la impresión de que vivían juntas..., eso lo preguntaría después. El nieto me estaba pareciendo más ameno y entretenido que el abuelo... ¡Y eso era demasiado!

Habló de su perra Missy. De esa había oído hablar antes porque fue un regalo de Jack y recientemente había parido cinco perritos. Paul informó con indignación que su mamá los había regalado *todos*. Él quería quedarse con tres... Dos habría estado bien. ¡Pero su mamá no permitió ni uno! Luego el tema fue «Grandma» y no me sorprendió ver como cada músculo del cuerpo de Jack se iba poniendo tenso. Me parecía que el capítulo Emma era un asunto superado, pero con «Grandma» había *issues* pendientes. Ni siquiera me sabía el nombre. Nunca mencionaba a la madre de sus hijas. Esa era una puerta cerrada.

De regreso a la ciudad, Jack iba a dejarme en el estudio de maquillaje. No lo invité a la boda... y con Paul aquí ya ni siquiera teníamos que hablar de eso. Cuando nos despedíamos, me abrazó cariñoso y preguntó cuándo volvíamos a vernos. Sabía que de hoy en adelante no iba a poder ni quería separarme de Alina. Todo estaba en orden, pero aún había detalles de última hora. Ya sería hasta el domingo. Le pregunté si le gustaría llevar a Paul a la playa y oí el susurro en el asiento de atrás: «Yesss». Nos reímos los dos de buena gana. Era obvio quien iba a marcar el ritmo de estas próximas dos semanas.

Cuando entré al estudio vi a mi amiga superhermosa con el maquillaje y el velo puesto.... ¡Y *shorts* y *t-shirt*! A Alina se le notaban los nervios a leguas. Sentía el peinado flojo, no reconocía esas flores en su tocado como las que había elegido originalmente y decía que el velo se le iba a caer. Miré a

Sarah y vi que también estaba al borde de las lágrimas, mientras la estilista buscaba en su cámara la foto del tocado elegido y la fecha de la contratación. Qué bueno que esta señora era precavida y podía lidiar con este nivel de nervios en base a evidencias.

Había otras dos damas en el estudio, eran las amigas de Alina del colegio que se habían ido a estudiar a los Estados Unidos, y Sarah y yo no las conocíamos. Nos presentamos e hicimos comentarios con relación a los pormenores del momento. En eso, Alina me pasó su celular violentamente. «¡Resuélveme eso, por favor!». Detalles del lugar del evento. Se les ocurría que, a esa hora, el día antes, tenían que recibir un depósito por el descorche de las bebidas.

El contrato con ellos se hizo seis meses antes y hoy, a veinticuatro horas de la boda, informaban de eso. Ok, yo no iba a perder tiempo. Le informé al señor que le haría el pago con tarjeta de crédito, que anotara el número. Él me respondió que, tal como le informó a la novia, sentía mucho notificarnos que el pago debía ser en efectivo. Y ahí se me acabó la paciencia. Salí del estudio para poder gritarle a gusto. Y finalmente entendió. Gracias a Dios, antes de que llegara a los insultos y a las palabras obscenas, pero estaba muy dispuesta a llegar ahí. Regresé al estudio, busqué en mi cartera, saqué mi tarjeta crédito y le dicté los datos. Me aseguró que los cargos se harían de inmediato y que no habría más inconvenientes.

Pero luego de eso se presentaron más problemas de última hora y nos los fuimos repartiendo entre todas las damas. Pareciera que las llamadas no iban a parar... Y todas hicimos el acuerdo tácito de poner cara de «*We are OK*». Yo misma me quedé con el celular de Alina y no se lo volví a entregar. Más tarde lo puse en el fondo de su maleta para la luna de miel, junto con el cargador.

Nos quedamos esa noche en una habitación del hotel. Hicimos un desorden mitad pijama party y mitad despedida de soltera. *Shots* de tequila, tragos de colores, *champagne*, ron, *whisky*... Pero al final, las que no bebíamos seguimos sin beber. Me salí de la fiesta improvisada y me escurrí en la habitación de la novia para llamar a Jack antes de que se acostara a dormir.

Me senté en el piso y le marqué desde el teléfono de la habitación al teléfono fijo de su apartamento. Hablamos solo unos breves minutos porque lo

oí medio dormido. Me contó cómo habían pasado el resto del día y qué partes de la ciudad le había mostrado a Paul. Y cuando colgué me lo imaginé haciéndole la cena a Paul y acostándolo a dormir. Suspiré y supe que me encantaría verlo hacer eso mismo... Con mis hijos...

«No sé quién es y no sé por qué lo estás ocultando, aunque en realidad me lo sospecho, pero es evidente que estás muy enamorada. Lo único que quiero que me respondas es si estás feliz». Vi a Alina parada en la puerta del baño y fue así como me llegó la hora de hablarle a mi mejor amiga sobre Jack.

Noté su alivio cuando le aseguré que *no* estaba casado y que tampoco estaba avergonzada de la relación, sencillamente me lo había guardado solo para mí. No me lo imaginaba interactuando con nuestro grupo, ni quería que en Carthis & Co supieran que había «conquistado» a un cliente. Aunque había sido todo lo contrario. Pero ya había tenido que lidiar antes con comentarios de Gisselle Peña y con «refrescamiento de políticas» que hablaban de las relaciones con los clientes, cuando se enteraron de que salía con Alonso. Y eso era solo la punta del iceberg. Yo era la niña pequeña y consentida de mi familia y Jack estaba mucho más cerca en edad a mis padres, que a mí. Eso no se iba a digerir muy fácilmente en mi casa.

Sabía que para ella entender mi situación sería relativamente fácil. Nuestras personalidades eran muy distintas pero nuestros círculos familiares muy parecidos. Su papá había fallecido cuando ella tenía cinco años y mis padres se habían divorciado cuando yo tenía seis; así que, con los padres ausentes y padrastros maravillosos, nuestras familias modernas habían influenciado mucho nuestra manera de ver la vida.

Ambas sabíamos que ser independientes en ambientes como esos era una tarea difícil y tortuosa. Y que los demás se consideraban permanentemente autorizados a opinar. Yo quería estar segura de la firmeza de mi relación con Jack antes de tener que enfrentar todas las críticas y opiniones que sabía que surgirían. Con mucha sabiduría, que quizá no pude apreciar en el momento, Alina me advirtió que no esperara demasiado.

La ceremonia había estado perfecta. Y fue bellísima. La fiesta de recepción fue justo lo que los novios habían esperado. Una megacelebración de su amor, con trescientos invitados como testigos.

La palabra cansancio había alcanzado unas dimensiones y significados nuevos en mí. Estaba supuesta a pasar la noche en el hotel luego de hacer la entrega del salón y los alquileres, pero hacía mucho rato que había decidido que entregaría las llaves de la *suite* que me asignaron tan pronto terminara de firmar los *vouchers*. Todo estaba cuadrado. No le debíamos al hotel y el hotel no le debía nada a Alina.

Recogí mi ramo. ¡Ah sí! ¡Había atrapado el ramo cuando la novia lo lanzó! Siendo la más pequeña de estatura de todo el grupo, me quedé preguntándome si yo habría sido la única que levantó los brazos. Bueno, recogí el ramo, mi cartera y mi maleta, y salí al estacionamiento. Aún quedaban unos pocos invitados aquí y allá, pero la celebración se había terminado hacía más de una hora. Los novios se marcharon a otro hotel a pasar su noche de bodas y al día siguiente partían hacia Buenos Aires.

Cuando salí a manejar no contemplé en ningún momento irme a mi casa. Fui directa a mi otra casa. Eran más de las tres de la madrugada, por lo que el recorrido me tomó menos de diez minutos. Entré en silencio al apartamento con los zapatos en la mano, cargué la maleta y pretendí ir directa al baño. Tenía que ducharme y quitarme las diez capas de maquillaje que tenía en el rostro. Pero cuando abrí la puerta de la habitación Jack encendió la lámpara de su mesa de noche.

Me disculpé y le susurré que no había querido despertarlo. Me aseguró que no lo había hecho, que despertó una media hora antes y estaba esperando mi llamada, pero que mi presencia era aún mejor.

Me dijo que me veía hermosa y lo vi admirando mi vestido. Le di las gracias con tono cansado, mientras me arrastraba lentamente hasta el baño. Jack se levantó de la cama y me acompañó al baño, me ayudó a sacar todos los pinchos y a deshacer el moño postizo de mi pelo, me ayudó a quitarme todo aquel maquillaje, y me acompañó mientras me duchaba. Fui intentando contarle algunas cosas, pero a todo terminaba diciendo: «*I'll tell you tomorrow...*». Le contaría al día siguiente. Ya no tenía energía para hilar dos frases coherentes y mucho menos en inglés.

Me puse la pijama y me acosté. Lo vi sentarse en el pie de la cama. Tenía un frasco de algo en las manos y me untó en los pies. Sentí primero el frío del bálsamo y luego los masajes. No creo que haya durado ni dos minutos más despierta.

Me desperté y miré mi reloj: doce y cinco minutos ¿cómo que doce y cinco minutos? ¡Paul! ¡La playa! No los oía en la casa. Me levanté de la cama corriendo. ¡Mi maleta! Más ropa que acomodar en el closet, pero lo haría luego. Traje de baño: el azul, el rojo no me atrevía a ponérmelo porque me había empacado varias libras en las últimas semanas de ajetreo. Me bañé como *flash* y estaba lista a las doce y veinte. Salí de la habitación, pero no los encontré en la casa. ¿Se habrían ido sin mí? Las llaves de Jack no estaban en la mesita donde acostumbraba a ponerlas. No podía creer que se hubieran ido sin mí. ¡La de la idea de ir a la playa fui yo!

Me fui a la cocina a prepararme un sándwich. No tenía registro de cuando fue la última vez que comí, pero me parecía que fue el desayuno del día anterior. Quizá me prepararía dos sándwiches. Me serví jugo de naranja y me senté en el comedor. Cuando desayunara marcaría el celular de Jack para confirmar donde estaban y alcanzarlos allá. Solo tenía que parar en la gasolinera.

Llamé a mi mamá mientras desayunaba. Le conté todos los detalles de la boda, la recepción, la sesión de fotos, las damas, que yo había atrapado el ramo, que me acosté cerca de las 4 am y que era ahora cuando me estaba levantando. Oí que me decía que me fuera a mi casa ya mismo, que mi abuelita nos estaba visitando y en un rato estaría el almuerzo listo. No tomó nada bien que le dijera que ahora me iba a la playa. Me subió la voz y discutió por un buen rato. ¿Qué le vamos a hacer? Me conocía el discurso de «llevas la calle por cárcel». Pude acortar la situación prometiendo que iría temprano para que cenáramos todos juntos. Y solo así se calmaron un poco las aguas.

Colgué el teléfono y me terminé mi desayuno. Cuando estaba recogiendo los platos de la mesa oí la puerta que se abría. Mis chicos entraron conversando en voz baja... Creían que aún estaba dormida, así que se sorprendieron cuando me vieron.

«*Hello! Good morning!*». Paul corrió hacia mí y me abrazó. «*Pops and I went to church and after the service we stopped at the coffee shop and*

had pancakes. He said you were too tired and were going to sleep until three in the afternoon». ¿A la iglesia? Jack en la iglesia y luego comiendo *pancakes* en una cafetería. Era cierto que había una primera vez para todo. Nunca había sabido que Jack fuera a la iglesia. Esto me pareció más bien requerimiento de Paul.

Les conté que dormí hasta las doce y que había creído que ellos se habían ido a la playa sin mí. «*No way. We could never leave without you*». Se acercó un poco más a mí y me habló un poco más bajo: «*If it is ok with you, I want you to tell me all about the wedding. I've never been invited to one before, and my first will be in June*». Le prometí que en el camino a la playa le contaría todos los detalles de una boda para que estuviera preparado para su compromiso de junio.

Mientras íbamos en camino comencé a hacer las anécdotas de la boda en una versión *PG* de los hechos. Habían pasado varias cosas graciosas y las exageré un poco para divertir a Paul. Este era un hombrecito maravilloso. Hacía preguntas interesado en el tema y especialmente en qué hacían los niños en las bodas. Ahí no quise profundizar mucho y le dije que eso iba a depender de lo que decidiera su mamá. Jack me miró con aprobación y sonrió.

Cuando llegamos al restaurante de la playa yo estaba algo mortificada con el vestuario de Paul. El niño andaba constantemente vestido de miniadulto. Cuando le pedí que se cambiara para irnos a la playa, ¡se puso un set similar al que tenía puesto para ir a misa! No podía ser. Ni que lo hubieran mandado de vacaciones a los Hamptons. Ese niño se iba a freír con esas ropas en estas dos semanas. Decidí curiosear un poco entre sus cosas y mi mayor suerte fue encontrar un traje de baño, pero toda su ropa parecía de sesión de fotos de príncipe inglés. Me quedé pensando que yo había tomado un par de días de vacaciones para soltar el *stress* y el cansancio de la boda, así que al día siguiente me lo llevaría de compras. El niño podía tener ropas de calidad aptas para nuestro clima.

Y así lo hice. Pasé a recogerlo a las nueve de la mañana del día siguiente, cuando Jack iba a salir a la oficina. Escasas veces yo estaba un día de semana a esa hora en su casa, por lo que era esta una de las pocas veces que veía a Casilda Dunker, la señora de la limpieza de Jack. Una señora de mediana edad procedente de San Pedro de Macorís, descendiente de *cocolos*,

como son llamados en la República Dominicana los inmigrantes afroantillanos llegados en el siglo XIX para el cultivo de la caña, quien era sumamente educada y con un inglés perfecto. Me caía muy bien hasta que adornaba mi nombre con el «doña» ya que sentía que me tiraba encima veinte años adicionales. Limpiaba el apartamento dos veces por semana y también se encargaba de lavar. Tuve que apurar a Paul para irnos y bajar junto con su abuelo al parqueo porque, si no, felizmente se quedaba conectado conversando con la Casilda. Ella lo había conquistado cuando le dijo la lista de jugadores de béisbol de Grandes Ligas que eran de su pueblo y que ella conocía desde que eran unos niños.

Cuando íbamos camino a la tienda, Paul me preguntó si podríamos ir hasta San Pedro de Macorís y quizá ver alguno de esos jugadores que Casilda conocía. Y le dije que creía que podíamos conseguir algo aún mejor.

Lo llevé a la tienda Benetton. Sabía que íbamos a encontrar cosas de calidad y aptas para el Caribe. Estaba por primera vez en el área de niños de la tienda porque evidentemente no tenía nada que buscar ahí antes. Compramos pantalones cortos y bermudas, *t-shirts*, alpargatas, gorras y otro traje de baño. Y de todo lo que le gustaba Paul iba armando sets. Cual *t-shirt* con cual *short*, cual color con cual... Evidentemente tenía una pasión por los patrones.

Al pagar, el cargo a mi tarjeta de crédito me asustó. A final del mes anterior hice un pago a la universidad para mi graduación y todo lo demás. Eso, más esto, más los gastos de los días antes a la boda me habían llevado muy cerca de mi límite de crédito. En cualquier momento me rebotaba. Le haría un pago en la quincena... Pero aún estaba en los primeros días del mes, así que tenía que ir con calma. Realmente había gastado mucho dinero en los últimos días, no era mi costumbre, pero tampoco nada para morirse. O por lo menos eso esperaba yo.

Le pregunté a Paul si le gustaría usar alguna de sus ropas nuevas hoy mismo. Y se puso más feliz aún si es que eso era posible. Eligió uno de los sets que había armado y sus alpargatas azules... Como los ojos de su abuelo... Y de él mismo. Lo acompañé al vestidor y cuando lo vi salir finalmente vi a un niño, ¡vestido de niño! Debieron habernos dado las ropas gratis porque ese niño parecía un auténtico modelo de la tienda. ¡Hermoso!

Tomamos nuestras fundas y salimos de la plaza. Llegamos al carro y

nos dirigimos hacia Los Bajos de Haina por la carretera sur, a unos veinticinco minutos de la capital. Había trabajado en este poblado por más de un año, en el proyecto en que me había hecho amigo de Alonso. En mi ruta hacia la fábrica de muebles siempre veía varios campos de entrenamiento de equipos de beisbol de las Grandes Ligas.

Cuando llegamos, paré en el parqueo del frente y caminamos a lo que parecían las oficinas. Paul brincaba de emoción con solo ver los logos de los equipos por todas partes. Le enseñé todas las escuelas que había visto en esos años y él decidió en cual de todas se quería detener. En las oficinas nos dijeron que ellos preparaban jóvenes de nuevo ingreso y que ninguno era conocido o destacado aún, pero... Y ahí pusimos toda nuestra atención los dos; si regresábamos el jueves, recibirían una visita que valdría la pena ver. A la misma hora de hoy. Perfecto.

Al salir, Paul me preguntó si hablaba en serio cuando dije que lo volvería a llevar. «¡Por supuesto que sí!», le aseguré. De cualquier manera, nos íbamos felices porque llevábamos pósters del equipo, un termo, una gorra para niño y otra para adulto y un montón de lapiceros. Hasta regresar al carro no me enteré de que había elegido el equipo favorito de su abuelo, y pretendía llevarle toda la memorabilia.

El siguiente jueves no lo tenía de vacaciones, pero pude coordinar para tomarme la mañana libre. Y ahí estábamos. ¡Los tres! Llegamos antes y nos atendió el mismo joven. Esta vez exhibía en el pecho una plaquita que decía «Orlando». Nos informó de los nombres de los jugadores que tenían de visita y por la algarabía que se armó en la recepción me di cuenta de que, en lugar de un niño, andaba con dos.

Los jugadores eran cuatro: un dominicano y tres norteamericanos, hacían una visita de cortesía a la escuela con el fin de motivar a los muchachos y ahora estaban viendo las prácticas de los nuevos prospectos. Salimos al campo de juego y Paul me tomó de la mano. Sentí que estaba tratando de contener la emoción. Nos sentamos en las gradas unos minutos hasta que Orlando se acercó al jugador dominicano, conversó con él y miraron

hacia las gradas. Paul y yo saludamos emocionados. Pocos minutos después, vino a avisarnos de que subirían en un momento.

Pasados unos breves minutos, en lugar de subir, el jugador llamó a Paul para que bajara al terreno. Se paró frente a su abuelo y preguntó si podía bajar y él le contestó que ¡claro que sí! Para eso estaban ahí. Y Paul se lanzó escaleras abajo hasta el terreno mientras los dos gritamos al mismo tiempo: «*Easy! Easy!*».

Sentí que al «niño» que se quedó a mi lado no le estaba gustando quedar fuera de la diversión. Así que le pregunté si no quería bajar también. «*May I?*». Los dos soltamos una carcajada por su actitud y lo vi ponerse de pie y bajar a la misma velocidad que había bajado su pequeño clon antes. Lo vi saludar de mano a los jugadores y quedarse conversando con uno de ellos, mientras otro de los señores ponía a Paul a practicar el bateo y más tarde a lanzar desde el montículo de pitcheo.

Me lamenté de no haber traído mi cámara para tomarles una foto. Aunque sabía que de este momento se acordarían mientras vida tuvieran ¡ambos!

El viernes pagué con creces mi ausencia de la semana. Había descuidado detalles de mis proyectos y tenía muchas cosas que poner al día. En medio del torbellino hice una pausa para leer detenidamente un correo de Martha Presto, de Villaflores, en el que me pedía que nos reuniéramos cuando yo tuviera un momento libre, pero fuera de su oficina.

Cuando le di a contestar a su correo noté que me había escrito desde su dirección personal. Le contesté que podría verla la próxima semana, donde a ella le pareciera bien. Todo esto me parecía extraño.

Durante el fin de semana hice varias lecturas y resolví un caso de estudios para mi clase de estrategia corporativa. No tenía muchas asignaciones en grupo en este ciclo, por lo que era más fácil administrar mi tiempo y estudiar a cualquier hora.

Ese próximo domingo llegué a casa de Jack cerca del mediodía y vi que aún no estaban. La noche anterior Paul se había asegurado de que su abuelo lo llevaría a la iglesia nuevamente y que volverían al *coffee shop* a comer *pancakes*. No me sentí invitada, por lo que dije que quería dormir hasta tarde y los vería aquí cuando regresaran.

Encontré en la puerta la edición del domingo del periódico y me senté en uno de los sofás de la sala a hojearla hasta que llegaran. No habíamos hecho planes para salir hoy, pero sería el último domingo que pasaría Paul con nosotros. Quizá se animaban a volver a la playa y comer allá. Escuché ruido en la puerta principal y me puse de pie, pero cuando alcancé a ver sus caras me dieron espanto. Jack estaba conteniendo mucha rabia y se le notaba en la postura tensa de todo su cuerpo y Paul parecía asustado y al borde de las lágrimas. Yo no tenía idea de qué había pasado, pero ya tenía ganas de llorar también. Apenas me saludaron y cada uno se fue a su habitación.

Me quedé parada en medio de la sala y unos minutos después escuché a Jack gritando en el teléfono, aunque tenía la puerta cerrada. Le preguntaba a alguien si estaba loca. Estaba ciega. Que no medía consecuencias. Hablaba con Alex. Le decía que no podía decidir por ella, pero no iba a permitir que pusiera en peligro la vida de Paul. Eso me asustó y las alarmas comenzaron a sonarme en la cabeza. ¿Qué estaba pasando? Me puse de pie y no sabía cuál de las dos puertas tocar. Decidí ir con Paul.

Toqué antes de abrir y lo vi sentado en la cama. Pregunté si podía entrar y me senté con él. Parecía asustado todavía. No sabía si estaba bien que le preguntara a él qué pasaba o esperaba que Jack terminara de almorzarse a su hija con papas para hablar con él. El adulto en miniatura que tenía a mi lado me dijo que no estaba seguro de haber hecho lo correcto pero que su abuelo sabría qué hacer... Y ahora yo entendía menos. Le dije que sí, que podía confiar en su abuelo. Pero me quedé pensando en que dudaba mucho que fuera a resolver nada gritándole como le estaba gritando a Alex.

No me pude contener por más tiempo y le pregunté qué pasaba. Él fue directo y simple. Solo él lo sabía. Ni siquiera su tía Christie. Su mamá estaba de novia, otra vez, con un tipo peligroso. El año pasado la había golpeado y a él también. Había ido a la cárcel, pero después le mandó flores. Y ella decía que lo quería. Simple y directo.

¡Oh Padre! Ahora entendía los gritos. Yo también tenía ganas de gritarle. Había oído muchas cosas buenas de Alex, y de Christie también, pero... Lo mejor que hacía era no opinar. «*Not your circus... Not your monkeys?*». No. Esa expresión que me llegó a la cabeza indicaba que no tenía que involucrarme porque nada de aquello era mi problema. No era así. Si Jack

estaba tan alterado como lo oía, era mi circo con todo y payasos. Pero sabía que no debía involucrarme hasta que él no lo hiciera. Era su familia y nosotros veníamos de unas culturas muy diferentes... En mi casa posiblemente eso habría sido un evento de comentar con amigos, tíos, primos y vecinos. Sabía que para ellos no.

Jack abrió la puerta y entró a la habitación. Me puse de pie para salir y dejarlos solos, pero él me detuvo por el brazo. «*Did he tell you?*». Asentí con la cabeza para que supiera que sí, que Paul me había contado lo sucedido y me haló para que nos sentáramos los tres en la cama. Estaba haciendo un esfuerzo para parecer calmado. Le agradeció a Paul que hubiese tenido la confianza de contárselo. Le explicó que estaba muy molesto, realmente molesto, pero no con él. Estaba orgulloso de que estuviera dispuesto a cuidar y defender a su mamá. El niño tenía los ojos llenos de lágrimas. No me pude contener y lo abracé fuerte. Primero se dejó abrazar y cuando sintió que lo estaba soltando me abrazó él a mí.

El inalámbrico que Jack tenía en la mano sonó y él contestó. Solo dijo: «*Yes...*». Y le pasó el teléfono a Paul: «*Your Mom*». Se puso de pie y me hizo una señal para que saliéramos de la habitación. «*I'm sorry for that. She's a great girl, in love with a scum bag*». Podía escuchar toda la frustración que sentía en cada una de sus palabras. El defecto de Alex había sido enamorarse de un truhan.

«*I don't know what to say... Or how to help*». Él solo negó con la cabeza. «*I wanted to punch her myself...*». Me vio la cara de susto cuando admitió esos sentimientos violentos y decidió callarse. Que amenazara con pegarle a su hija no era agradable a mis oídos. Abrió totalmente las puertas que daban al balcón y nos sentamos en silencio en la sala.

Cuando Paul salió de su habitación se sentó frente a nosotros y nos «comunicó» que su mamá le había prometido que no volvería a ver a Steven. Se veía satisfecho. Miré a Jack y no vi ningún rastro de satisfacción en su cara, pero aun así dijo:

«*Perfect! We should do something this afternoon... Wha' u wanna do?*». Así cerramos ese episodio y terminamos pasando esa tarde en San Pedro de Macorís, visitando el estadio donde, cuando era un niño, jugaba Sammy Sosa.

Lunes. A las once de la mañana me avisaron desde la recepción de que tenía una llamada de Laura Méndez de Season's. Laura con voz divertida me dijo que tenía a alguien en su oficina que quería hablar conmigo. Y oí la voz de Paul. Quería saber si podíamos comer juntos ¡Oh no! ¿No podía? Pues estaba bien, Laura lo llevaría a comer a su restaurante italiano favorito, que estaba al doblar de la esquina. Entonces, que tal si lo pasaba a buscar cuando saliera de trabajar, él estaría ahí en la oficina de «*Pops*» esperándome. Por supuesto que sí. Y ahí estuve a las cinco en punto.

Lo llevé al minigolf donde intentamos jugar un rato y se hizo evidente quién había tomado clases de golf y quién nunca le había puesto la mano a un condenado palo de esos. Después de avergonzarme por más de dos horas, decidí que era suficiente y traté de sustraerlo de aquel odioso juego y me funcionó hablar de pizza, *hotdogs* y hamburguesas, así que ahí mismo cenamos.

Todo estaba tranquilo y divertido hasta que bombeó la primera pregunta. ¿Me iba a casar con su abuelo? Sentí el ahogo por el abrupto corte del aire, luego la tos y luego el chorro de refresco salir por mi nariz. Él se reía muy divertido. Le contesté que no lo sabía, que era muy pronto todavía. ¿Estás enamorada de él? ¡Intenso! Le dije que sí en un susurro mientras alejaba la comida y la bebida de mi boca para evitar morir atragantada. Afirmó que él creía que su abuelo también estaba enamorado de mí. ¡Tan bello mi niño! Pero su abuelo nunca lo había dicho...

De hecho, yo sí lo había dicho en una ocasión y no había recibido ninguna respuesta. Todavía hoy sentía el remordimiento de no haberme tragado esas palabras porque el golpe en mi autoestima había sido muy fuerte. Pero el episodio nunca se repetiría, estaba olvidado y enterrado.

Paul y yo repetimos nuestra cita todas las tardes de esa semana. Unos días incluso más temprano y me acompañaba a hacer diligencias del trabajo o personales, y una tarde me acompañó a devolver unos libros a la biblioteca de la universidad. En las mañanas iba al gimnasio con su abuelo a nadar o a jugar al ping pong. Un nuevo deporte que había descubierto que le encantaba. Yo no

sabía cómo iba a poder acomodar más clases en su agenda..., pero aparentemente había descubierto una nueva pasión. Por eso en las tardes quise hacer otras cosas más divertidas y menos deportivas. Cine, *arcades*, boliche y hoy finalmente una visita a una chocolatería artesanal.

Esa era su última tarde en el país. Quiso comprar chocolates para llevar a su mamá, a su tía Christie y para Grandma. Igual yo compré para Pops y para mí. Iba a extrañar a este niño. Era un muchachito maravilloso. Y las últimas dos semanas con él habían sido divinas. Le pregunté si quería regresar en el verano, y me contestó que quizá mejor vendría a vivir con su abuelo y conmigo... permanentemente. Le dije que me encantaría. Y me asombró darme cuenta de la dulce sensación que me provocaba esa idea.

CAPÍTULO DIECISIETE

Un ensayo

Teníamos dos semanas enfocados única y exclusivamente en viaje, viaje, viaje. Visas. Rutas. Tours. Autobuses. Maletas. Pasajes. Reuniones con los amigos para examinar los últimos detalles del viaje. Comprar ropa nueva para el viaje. Y es que mami y José Pedro, mi padrastro, salían de viaje por ¡veintiséis días! A Canadá con otras dos parejas de amigos.

Los últimos dos o tres días se sucedieron tensos para mí. Aunque lo único importante en mi casa parecía ser el viaje, yo debía hacer una presentación del avance del proyecto de Seasons para el gerente general, el gerente financiero, el gerente de ventas y... para el director regional, el jefe de Jack, quien estaría en el país en la primera semana de mayo. La próxima semana. El *stress* me mataba y hasta que no montara a mis padres en ese avión no tendría mucha tranquilidad para trabajar.

Me había reunido con Michael para afinar cuáles logros mostraríamos y no me sorprendió que me indicara que me encargara de la presentación. Sola. Todo el proyecto. ¡Qué maravilla! Me envió por correo anotaciones de su carpeta de la sección de estrategia y lo que había trabajado con los gerentes: definición estratégica del negocio, el plan de austeridad para los ahorros en el presupuesto, el presupuesto modificado con sus recortes y eficiencias, la reestructuración de los proyectos de construcción y las propuestas de mejora que estaban en marcha. Ok. No me sería difícil organizar y presentar eso. Me preocupaba más mi propio trabajo. Sentía que tenía muchas cosas iniciadas y pocos logros que presentar.

Sabía que Jack tenía que ver y a la vez justificar el haber seguido con este proyecto a pesar del recorte de su presupuesto. ¡Logros! ¡Logros! Tenía que obviar el perfeccionismo y ser objetiva. El proyecto era de diez meses y solo habían pasado cinco. No podía estar todo listo, pero debía enfocarme en lo que ya había logrado.

El teléfono de mi escritorio sonó y no me extrañé de escuchar la voz de

mi mamá. Necesitaba que le hiciera dos llamadas y que a la salida del trabajo le recogiera unos documentos en la agencia de viajes. ¿A qué hora saldría de la oficina? ¿Y a qué hora llegaría a la casa? Me dio risa darme cuenta de que ella *sabía* que eran dos horarios diferentes. ¿Quién sabe cuánto más sabría ella y aún estaba esperando que yo le contara?

Eran las tres de la tarde. Decidí ir a la agencia de viajes ahora, así no corría el riesgo de que cerraran. Ya era jueves y ellos viajaban el domingo. Las llamadas las haría en el camino. Grabé la información, la envié a mi correo y salí. Mis clases en la universidad habían sido lunes y miércoles por esta semana. Así que este era mi primera noche de jueves libre en un buen tiempo.

Llegué a la agencia y solicité lo que tenía pendiente. Cuando ya tenía todo resuelto llamé a mi mamá y la actualicé. En la agencia llené los formularios yo misma y los entregué. Ya ellos tenían las copias de sus pasaportes y sus visados, así que todo listo. Me agradeció feliz y colgamos. Ahora me dirigía a casa de Jack. Tendría tres o cuatro horas para trabajar tranquila antes que él llegara a la casa. Le envié un mensaje de texto contándole que estaría en su casa y que trabajaría en mi *laptop* nueva.

Mi *laptop* tenía una historia que contar. Jack había hecho un viaje a Atlanta de dos días la semana anterior. Solo había ido a una reunión en el corporativo y a tener una conversación cara a cara con su hija Alex. A su regreso había traído una *laptop* nueva. Mi algarabía por su nueva adquisición se apagó totalmente cuando dijo que era para mí. Un regalo para mí. Debía haber una forma educada y civilizada en la que yo le dijera a mi novio que no quería esos regalos caros. No la encontré y el discurso me quedó horroroso. Cada vez que hablaba empeoraba las cosas. Jack sencillamente no entendía. «*Siento que me estás pagando por estar contigo*», fue la gota que derramó la copa.

Segunda vez que lo oía gritar, pero esta vez sus todos sus gritos iban dirigidos a mí. Él no necesitaba pagarle a ninguna mujer por estar con él. Nunca le había pagado a ninguna mujer por estar con él. Era un regalo para su novia. Podía ser joven pero no tenía que ser tan inmadura y estúpida. Podía tratar de deshacerme de mi complejo de inferioridad. Debía soltar mis culpas. Podía dejarme querer. Podía dejar de poner un brazo de distancia con el

mundo...

Mientras él gritaba yo decidí instalar la *laptop* en su tercera habitación. Ahí tenía él la suya. Había espacio para otra estación de trabajo y podíamos dividir las poniendo la impresora entre los dos. Rodé la impresora y el espacio estaba perfecto. Necesitaría una silla. Jack seguía gritando, pero desde aquí no podía escucharlo bien. Parecía que lo que estaba haciendo lo estaba molestando aún más porque subió aún más el tono. Tan inteligente para unas cosas y tan retardada para otras. «*Retard...*». No era la primera vez que me llam... ¡*Bang!* ¡Jesús! El portazo en su habitación sí era nuevo.

Busqué una silla en el comedor para ver como quedaba en el espacio. Muy bien. Puse la computadora a cargar. Recomendaban cargarla 24 horas antes de usarla. Necesitaba un cable para la impresora y una silla. Me encargaría de llevarlos al día siguiente, así que mejor me fui en ese momento, sin disturbar a la bestia.

En Carthis & Co habían comprado sillas nuevas y había una de las descartadas que era de igual forma y el mismo tono de color vino que la de Jack. Llamé a Gisselle Peña, nuestra gerente administrativa y le dije lo que quería. Acordamos el precio después de que regateé por unos cinco minutos y acordamos también que me lo descontaría de mi nómina. No hablé con Jack esa noche, ni al día siguiente; pero a mediodía, sabiendo que él no estaría, llevé la silla, el cable de conexión a la impresora y un cable de conexión para el Internet. Por suerte compré lo correcto. Todo estaba funcionando. Incluidas unas bocinitas. Cree un usuario en la *laptop* y puse una foto de nosotros en Constanza como pantalla. La dejé encendida y me fui. Tampoco hablamos esa noche.

El sábado por la mañana llegué a su casa antes de las ocho de la mañana. Había parado en una panadería que estaba a unas esquinas de su casa y llevé un abundante y delicioso desayuno francés compuesto de tostadas, *croissants*, *mini baguetes*, miel, mermelada de uva, jugo de naranja y cappuccinos para los dos. Pedí disculpas por las tonterías que había dicho la última vez y él también se disculpó por los gritos y los insultos. Conocí lo que era el *makeup sex* y comprobé que era celestial. Y ahora seis días después salía a media tarde de mi oficina para irme a trabajar a su casa. En mi *laptop* nueva.

Decidí hacer primero el reporte que iba a entregar y de ahí sacar la presentación. Cuatro páginas máximo para decirlo todo. Mejor tres. Ya llevaba seis escritas y no había terminado, así que tendría que pasar por un proceso de edición. A las siete treinta, cuando Jack llegó a la casa, llevaba once páginas escritas.

Observé que cargaba en su hombro su bulto del gimnasio. El regalo que le había dado en San Valentín. Parecía estar cansado y poco dispuesto a cocinar y yo tampoco quería pararme del escritorio hasta que terminara. Así que sugerí que pidiéramos *sushi* para cenar. Él aceptó sin pensarlo. A esta altura en nuestra relación ya podía decir que sabía cocinar. Él se había dedicado a enseñarme varias de sus recetas, y podríamos decir que unas me quedaban mejor que otras. Y lo estaba disfrutando.

Busqué el teléfono y marqué al restaurante japonés. Le recité de memoria la orden de lo que nos gustaba comer de allá. Cuando les di el número de mi tarjeta de crédito me dieron la espeluznante noticia de que estaba declinada. ¡*Ouch!* Lo que me había temido, tenía la tarjeta llena hasta el límite. Le pedí al joven que me esperara en el teléfono y fui corriendo a buscar a Jack.

Lo encontré desvistiéndose en la habitación, ya se había quitado el suéter, sus pantalones estaban sobre sus muslos y faltó poco para que se me olvidara a qué había ido. «¿Tienes efectivo?». Jack se oponía rotundamente a dar su número de tarjeta de crédito a nadie, así que mejor no perdía el tiempo con eso. Apenas pocos meses antes había aceptado probar las compras por Internet. ¿Cuánto quería?, me preguntó y contesté que cuatrocientos pesos. Creía que no. Que revisara en su cartera. La vi en la mesita de noche. Conté tres papeletas de cien pesos. Ok, yo tenía para el resto. ¿Qué había pasado?, me preguntó entonces y cuando giré hacia él tuve una vista de su espalda, nalgas, muslos y piernas totalmente desnudo, mientras caminaba hacia el baño. Hice el intento de reconectar mi lengua a mi cerebro y detener la carrera interminable de pensamientos impuros que corría por mi mente... Que no pasó mi tarjeta, que estaba llena. Y salí corriendo para volver a hablar con el joven

del restaurante.

Me senté a trabajar otra vez y me olvidé de la cena y de todo. Terminé el reporte con trece páginas escritas. Comencé a editar. Decidí listar los logros con una pequeña descripción de cada uno en lugar de explicarlos en detalle. Aún se entendía sin problemas y eliminaba el palabrerío. Solo eso me llevó a ocho páginas. ¡Muy bien! Me entusiasmé con lo que estaba haciendo y supe que podía hacerlo de tres páginas sin mayores inconvenientes. Guardé ese documento, tal cual y con otro nombre porque podía servirme de referencia para la presentación.

Cuando llegó la cena, mi edición iba por cinco páginas en las que había una tabla y un gráfico. Me puse verdaderamente creativa, pero ya no sabía qué más iba a recortar. Recibí nuestra cena en la puerta y le pagué al repartidor. Hasta me alcanzó para propina.

Exploré la vinera que había sido rellena recientemente con los vinos del mes que Jack recibía de su nueva membresía en un reconocido club de vinos de la ciudad. Seis botellas todos los meses, y hasta ahora todos le habían agradado. Elegí un Rutini Malbec.

Nos sentamos a cenar y procuré hablar de cualquier cosa. No quería compartir con él lo que estaba haciendo y él lo captó al instante. Le habría pedido opinión para cualquier otro proyecto; de hecho, lo había hecho más de una vez, pero no era ético que lo hiciera para el *suyo*. Había que trazar la línea en algún sitio.

La presentación sería el jueves de la semana próxima. A las cuatro de la tarde. Me parecía que sería la última actividad de trabajo de su jefe en el país porque sabía que tenía vuelo de regreso a Georgia en la mañana del viernes.

Vuelo. Mami. Tenía que irme. Les había prometido que íbamos a empezar a empacar hoy para estar seguros de que no hacía falta nada más. También dije que llegaría a las nueve. Y en mi bellissimo reloj ya eran las nueve.

Encontré a mami con la mitad de su closet sobre la cama. ¡Mala idea! Veintiséis días de viaje eran muchos, pero no podía llevarse cinco maletas solo con su ropa sin contar la de José Pedro, si de esos pasaría veintitrés días rodando en un autobús y los otros en aeropuertos. Comenzamos a descartar y a

elegir ropa que pudiera repetir. Mientras mi padraastro se recostaba en su reclinable y agarraba un libro. Él tenía su maleta lista y estaba libre de preocupaciones.

Esta era la noche de las ediciones. Pocos estampados, colores lisos y mejor si eran oscuros. Estábamos en primavera aún pero era el frío de Canadá. Ella necesitaría espacio para un abrigo grueso y algunas bufandas. *Jeans* para los días y pantalones de lana para las noches. Ok. La maleta estaba casi llena. Zapatos, tenis, accesorios, ropa interior... A las once treinta teníamos casi todo empacado. Era cierto que debía comprar un par de cositas y empacar sus medicamentos, pero ya estaba lista. ¡Bien! ¡Descansé! Ese era un capítulo menos que atender.

El domingo a las seis de la mañana estábamos en el aeropuerto. Todavía me parecía mucho equipaje, pero mi señora madre había decidido que le hacían falta más cosas. Con un solo día de *shopping* que hicieran, el pronóstico sería: mucho más equipaje con noventa por ciento de posibilidades de pago de sobrepeso. José Pedro lo sabía. Les pasaba en cada viaje, y parecía que hasta se lo disfrutaba.

Salían de Santo Domingo tomando un vuelo directo a New York, se alojarían en un hotel en Manhattan por una noche y al día siguiente los recogería el autobús al mediodía. *And off to Canadá*. Todos estaban emocionados como adolescentes. Yo solo esperaba que no fueran a portarse como tales.

Esperé hasta que estuviéramos camino a la salida para decirles que tenía mucho trabajo en Santiago en las próximas semanas. Quizá pasaría más tiempo allá, por lo que iba a transferir el teléfono de la casa a mi celular. Eso dejó tranquila a mami. Aún podría supervisar mis pasos, pero la mirada de José Pedro me transmitió muchas cosas. Dejó que mami avanzara con los amigos hacia la salida y me miró a los ojos. «¿Vas a estar bien?», preguntó, su mirada regularmente era intensa y ahora habría subido unos grados más. «Por supuesto que sí», respondí apresurada. «Confío en que sabes lo que estás haciendo y confío en tu buen juicio», susurró tranquilamente, y me hizo sentir un nudo en la garganta. «Gracias», fue lo único que pude decir, pero él sabía que no era necesario que habláramos mucho. Con él nunca eran necesarias muchas palabras.

Nos despedimos con un abrazo y aunque ya no los veía ni a ellos y ni a sus amigos, me quedé en el aeropuerto hasta saber que el avión despegó.

Regresé a mi casa, entré a mi habitación e hice mi propio equipaje. Planifiqué la ropa de la semana y calculé que para el jueves, el día de la presentación, necesitaba algo especial. Mi tarjeta estaba llena, así que la palabra *comprar* se había esfumado de mi vocabulario. En una semana haría el pago del cincuenta por ciento, pero debía ser muy juiciosa para poder saldarla en pocos días.

Ahora me preguntaba si efectivamente tenía mucho límite de crédito como había pensado antes, en verdad era el equivalente a cuatro mil dólares de esos tiempos en los que teníamos una tasa de cambio de quince pesos por un dólar. Pero yo ganaba cerca de tres mil al mes. Objetivamente no estaba bien. Pude enfrentar gastos extraordinarios en todo el mes y parte del dinero sabía que lo recuperaría, pero era de sabios arrojarse hasta donde alcanzaba la sábana.

Volviendo a la presentación del jueves. Mami tenía un conjunto nuevo de chaqueta y falda que podía tomar «prestado». Fui a buscarlo a su closet y me lo probé. Mi mamá era más alta que yo, como todo el mundo, así que necesitaría hacerle unos arreglos.

No. No me gustaba la chaqueta. No me quedaba bien, pero la falda negra estaba nítida. ¡Se me prendió el bombillo! Podía usarla con aquella blusa blanca con muchos botoncitos negros. El génesis de todo. Un cinturón, zapatos negros extra altos, cartera roja de reciente adquisición y... mi *outfit* estaba listo.

Terminé de recoger mis cosas, cerré la casa y me fui a casa de Jack. Quería hacer un ensayo. Un ensayo de vivir juntos por veintiséis días. No se lo había dicho. Él sabía que mis padres salían de viaje hoy y asumí que sabría que me quedaría. ¡O si no me quedaría hasta que preguntara que seguía haciendo ahí!

CAPÍTULO DIECIOCHO

La presentación

Podía percibir que Jack estaba algo tenso. El viaje de su jefe era una inspección de cerca a su trabajo. Yo no era la testigo más objetiva, pero había evidencia de que él lo estaba haciendo muy bien, pero eso no le quitaba *stress* al asunto. Tampoco era coincidencia que él estuviera cumpliendo un año en la posición. Esta era su evaluación del desempeño. Él quería una posición en el corporativo y para eso necesitaba por lo menos un año más, y con excelentes resultados, en un puesto regional. Llevaba cinco años en la corporación y una carrera de seis años hasta una vicepresidencia era bastante rápido.

Mientras, parecía que estaba disfrutando el trabajo de su puesto regional y lo veía como un reto importante. Para ellos, República Dominicana, en cuestión de volumen de negocios, de manera increíble, era comparable con México, Venezuela, Argentina o Brasil. Se aliaron con el Banco SASRD, uno de los principales bancos comerciales del país, que a su vez tenía un brazo para el financiamiento hipotecario. Seasons les complementaba con la construcción de los proyectos y la estrategia comercial de los bienes raíces. Definitivamente un gran negocio, en una economía que estaba creciendo.

Para él, la media isla tuvo un encanto especial desde que la visitó por primera vez en unas vacaciones en los años setenta con sus padres. Le encantaría vivir aquí permanentemente. Lo había dicho más de una vez...

No conversamos mucho el domingo. Uno al lado del otro en nuestras *laptops* pero sin hablar. Nos abrazábamos, nos agarrábamos de mano, algún beso o una caricia distraída, pero nada más interesante de ahí. El *mood* era de trabajo. Así pasaron lunes, martes y miércoles más o menos de la misma manera.

Martin Goldberg había aterrizado en Seasons al mediodía del lunes y

la revolución era evidente. Jack no llegó a la casa hasta pasada la medianoche. El martes no fue al gimnasio y salió temprano a reunirse con Goldberg en su hotel y volaron en helicóptero a Puerto Plata y regresaron en la tarde, pero igual no llegó a la casa hasta muy tarde. Ahí ya no supe a qué hora porque me dormí. Yo tuve varias reuniones de Villaflor todo el día y terminé agotada.

El miércoles salí a comer con Alina y Sarah. Mas bien doña Alina y Sarah. En resumen, puedo decir que no disfruté el almuerzo ya que Michael insistió en que quería que viéramos la presentación. Bien, no había problemas. Nos veríamos a las cuatro en Carthis & Co. Pero volvió a llamar para cambiarlo para las tres treinta. Bien, no había problemas. Pero no paró ahí y cambió para las dos, porque tenía la tarde complicada.

Era la una y quince y ya mis amigas y yo estábamos comiendo. Tuve que apurar la comida y oír solo la mitad de las anécdotas de la luna de miel en Argentina. Me sentía que me estaba aislando de lo que era mi mundo. No solo ahora, sino desde hacía meses. Pasaban tantas cosas de las que ni me enteraba. Y cuando finalmente podía estar un rato con mis amigas, tenía que salir corriendo.

Michael estaba apostando al éxito de esta presentación para afianzar nuestras relaciones con Jack. Él sentía que no teníamos el suficiente *rapport* con el cliente. Encontraba a Seller un tipo frío, distante y difícil de leer. Mientras hablaba yo sentía que se me incendiaba la cara. Esto era mentir descaradamente. Por omisión, pero al fin y al cabo era mentir. Y sospechaba que una omisión como esta podía costarme mi trabajo.

Michael continuó diciendo que, con un esclarecimiento y recapitulación de cómo los habíamos ayudado a crecer y a afianzarse en su mercado en estos cinco meses, mejoraríamos nuestra posición frente al cliente. Frente a Seller específicamente. Y qué mejor que hacerlo en presencia de su jefe. Reuní las fuerzas para asegurarle que el cliente estaba contento con los resultados del proyecto y que de cierta manera se había estado haciendo a la medida de sus necesidades.

Quedó conforme con la calidad de la presentación y solo pidió que hiciera algunas modificaciones en lo que tenía que ver con el trabajo que él había hecho. Todo lo otro era «Go».

Finalmente era jueves. Mi presentación estaba lista. Tenía otra reunión

en Villaflor esa mañana, pero calculé que sería solo una hora. Tendría tiempo para ir al salón de belleza... pelo, *manicure*, *pedicure*, depilarme las piernas, quizá un retoque en el bikini también. En medio del proceso, la peluquera me propuso que me maquillara con ellas. ¡Wao sí! Me gustó la idea. Salí de ahí cuando el reloj de mi carro marcaba las dos de la tarde. Llamé a Michael para confirmar que estaría ahí antes de las cuatro. Él no había asumido nada para presentar, pero yo necesitaba el apoyo moral y que interviniera de cuando en cuando. Llegué al apartamento, me vestí y salí con dirección a Seasons.

Me estacioné a las tres y veinticinco. Excelente. Desmonté mi *laptop* y mis impresiones para los participantes. Y entré directa a la oficina de Laura. Ya solo saludaba a Raquel, la recepcionista, y seguía directa.

«¡Estás bella!», me aseguró; agradecí el piropo de Laura y le informé de que quería instalar todo en el salón. No conocía el salón de conferencias y me sorprendió ver que estaba justo enfrente de la oficina de ella y de la de Jack.

Me asombró la mesa del *conference*. Nada que ver con lo que había en el resto de las oficinas de la empresa. Parecía que tenía cien años. Era de madera maciza tallada a mano. ¡Para mover esa mesa se necesitarían diez hombres! ¡Más!, según me dijo Laura. La habían encontrado en el edificio cuando lo compraron para remodelarlo e instalar allí las oficinas. Los antiguos dueños no pudieron moverla y la dejaron. En serio, debía pesar unas quinientas libras.

El gerente general que antecedió a Jack había decidido usarla como mesa de conferencia y la ubicaron en este espacio antes de iniciar las remodelaciones. Las paredes se levantaron alrededor de ella. Fuera de esa pieza, que definitivamente le daba personalidad al ambiente, el salón era muy moderno. Proyector. Sonido. Luces ambientales... Mis zapatos eran muy altos. El pensamiento me cruzó como un flechazo. Iba a estar de pie mucho rato y ya no los sentía cómodos. Tres cuarenta y cinco. Me los quitaría por un rato y me quedaría ahí sentada por si alguien llegaba.

Y llegó Michael. Mi jefe por alguna razón siempre estaba apurado, a su paso natural de paso doble. Estábamos a buen tiempo. Mr. Sellar y Mr. Goldberg no habían llegado de una reunión con sus socios los banqueros. A las cuatro y quince Laura entró para decirnos que habían llamado para

disculparse porque estaban retrasados. Aún no salían hacia las oficinas. En eso llegó el gerente comercial, Pedro Lara, y nos encontró a Michael y a mí comentando sobre la mesa. Nos admitió que desde el primer día él también estaba impresionado.

Tuvimos que esperar hasta las cinco y quince a que finalmente llegaran. Michael estaba desesperado porque tenía una cita con sus suegros a las seis en punto. Yo, por el contrario, logré relajarme y botar tensión mientras esperaba. El factor de *stress* se había invertido. Ellos llegaron tarde y venían angustiados por el retraso. Entraron juntos el gerente financiero, Jack y el señor Goldberg, que resultó ser un hombre pequeño y gordito, de unos sesenta años. Y por supuesto él también se sorprendió con la mesa y, luego de saludar a cada uno, tuvo que hacer un comentario de la pieza.

Con mis zapatos puestos me puse de pie y di la bienvenida. Sentí varios pares de ojos puestos en mi falda y en mis piernas. Bueno, no iba a pretender una falsa modestia. Ese movimiento lo conocía desde adolescente. Las exhibía poco, pero definitivamente gustaban mucho. Pero alguien no estaba mirando mis piernas sino mi blusa. Comencé a sentir calor, y no de nervios.

Inicié mi presentación hablando de los cambios en la estructura y los procesos que habíamos implementado en el departamento de cuentas y el departamento comercial, y el aumento en la eficiencia que esas modificaciones habían provocado. Luego describí la transformación realizada en los esquemas de cobro a los clientes, que ahora aseguraban un flujo de efectivo regular y un acceso a los financiamientos con más rapidez y luego señalé las variaciones que habíamos propuesto para los contratos, donde habíamos encontrado inconsistencias que aumentaban los costos de cierre innecesariamente.

Mientras hablaba, observé que Goldberg asentía con la cabeza. En más de una ocasión. Bien, vamos bien. Les hice referencia a un cuadro que tenía en sus carpetas y todos se movieron para buscarlo, menos Jack que seguía mirándome con intensidad. Levanté una ceja y entonces fue cuando se movió. Comencé a pensar que estaba molesto. ¿Qué le pasaba? Todo iba muy bien.

Mi presentación duró veintisiete minutos. Los más largos y agotadores de mi vida. Ahora casi todos tenían alguna pregunta y pude darle la oportunidad a Michael de contestar algunas cosas al señor Goldberg y yo me

encargué del resto. Definitivamente fue un intercambio animado.

Cerramos oficialmente a las seis de la tarde. No había más preguntas ni más comentarios y les agradecí su presencia a todos. Michael me agarró una mano muy fuerte y discretamente me felicitó. «¡Excelente! Gracias». Mi sensación de alivio iba de la Tierra a la Luna. Tenía que irse, así que se despidió rápidamente de todos y salió apresurado.

El señor Goldberg se acercó y me extendió la mano nuevamente. Agradeció la presentación y dijo estar contento con el apoyo que le estaba dando al progreso de este «*branch*». Comentó que debía irse también, que lo estarían esperando para cenar y mencionó el nombre del presidente del banco.

Lo siguieron en desfile los demás. El gerente comercial se acercó a conversar un poco, mientras advertí que Jack salía del salón con el resto de los gerentes. Pedro Lara estaba muy contento con todo lo que habíamos hecho en su división. ¡Todo eso! ¡Wao! No se había detenido a revisar todos esos logros y ahora estaba sorprendido. Me reí de buena gana cuando me dijo que por poco se le escapaba una expresión de sorpresa frente a los jefes.

Lo escuché despedirse desde la puerta mientras yo desconectaba y apagaba los equipos. El pasillo se había quedado en silencio. A esta hora ya no habría nadie más en la empresa. Pero mi *laptop*, la viejita, aún no se apagaba. Levanté la mirada y vi que no estaba sola. Le sonreí de oreja a oreja. Creía que él se había ido a su oficina o se habría marchado a la cena con los ejecutivos, pero estaba recostado en la puerta cerrada. No sonreía. Este hombre sí que estaba raro hoy.

Caminé hacia él para abrazarlo. Él dio dos pasos hacia mí y ya estaba a mitad de camino. Me abrazó y me besó con tantas ganas que más bien parecía desesperación. ¿Estaba molesto o no? No sabía. Pero este beso estaba despertando todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Me empujó hacia atrás varios pasos hasta que choqué con la mesa, pero no paró el impulso, me levantó y me sentó sobre la mesa, mientras él se paraba entre mis piernas.

Comenzó a desabotonar los botoncitos de mi blusa. Ya yo estaba más clara en lo que él quería. ¿Ahora? ¿En su mesa de conferencia? «*The door...*», traté de advertirle de la puerta y lo escuché decir: «*It's locked*». Él se había encargado de trancarla. Esto era osado y excitante.

Mientras me besaba, abrió el zipper de mi falda y la subió toda hasta

mi cintura. Yo lo ayudé a soltarse la correa y el botón de su pantalón. Traté de sacarme mi ropa interior pero me detuvo. «*Leave it there*». Solo la acomodó hacia un lado, empujó mis piernas para poder comprobar que estuviese húmeda y se hizo espacio para entrar. Sin preludeo.

Wow! Esto era... Esto... Era... Mejor paraba de pensar, porque podía hacer un cortocircuito. Estábamos siendo más audaces que nunca. Estábamos deshaciéndonos del *stress* de estos días o solo disfrutando de nosotros en un ambiente prohibido en el que nunca nos habíamos atrevido antes. O todo eso al mismo tiempo. Él estaba murmurando cosas que yo ni oía ni entendía, pero él seguía tratando de hablar, mientras yo estaba concentrada en cómo me penetraba mientras lo escuchaba repetir mi nombre. Le faltaba la respiración y en cada movimiento trataba de penetrar más.

Abrí su camisa hasta sacarla de sus pantalones. Me encantaba su pecho y estaba tratando de besar cada centímetro cuadrado de esa deliciosa superficie. Todavía estaba besándolo en el pecho cuando lo oí: «*I love you, Larissa. I'm deeply in love with you. I love you, do you hear me?*». Decía que me amaba y quería que lo escuchara con atención.

Yo no podía contestar, esas palabras finalmente habían llegado y me habían enviado directa a volar y estaba ocupada con mis arcoíris y mis fuentes de colores. Cuando volví a tener oxígeno en el cerebro y pude hablar, le dije: «*I love you too Jack. You know that*». Sentí que se relajaba y me abrazaba aún más.

Sabía que para él decir esto era un gran paso. No tenía mucha energía para profundizar ahora en nuestras culturas. Sencillamente éramos diferentes y yo había esperado pacientemente hasta que él dijera esas palabras, si alguna vez las decía. Sabía que sus acciones siempre hablarían por él, y lo habían hecho repetidamente en estos meses, pero que pudiera ponerle un nombre a sus sentimientos me hacía sentir verdaderamente correspondida. Estaba feliz, aunque demasiado cansada para disfrutarlo como era debido.

Estaba entrando al carro cuando recibí la llamada de Michael. Aún se le oía la emoción en la voz. «Me sorprendiste. Y mis expectativas estaban altas». Me caían superbién los halagos, pero me estaba muriendo del sueño. Aproveché la euforia del momento para pedirle la mañana libre. Sería viernes así que dijo que podía tomarme el día completo.

¡Yupi! Jack iba saliendo también a la cena con los banqueros. Me había invitado a acompañarlo, pero me preocupó cómo le íbamos a explicar a Goldberg que el bombón que acababa de hacerle la presentación también era su novia. Se rio de buena gana y me dijo que estaba seguro de que su jefe había visto cosas peores en muchos lugares.

A la mañana siguiente no supe si desperté por los ruidos en el baño o porque oía una y otra vez a Jack repetir en mi cabeza aquellas tres palabras «*I love you*». Quizá la felicidad sí estaba en las cosas pequeñas como afirmaba el sabio, porque para mí la felicidad estaba en esas tres palabras. Y en el sonido del agua de la ducha corriendo. Abrí los ojos y miré mi bellissimo reloj en la mesita de noche. Siete treintaicinco. Suponía que Jack había salido a correr.

La noche anterior llegué al apartamento peligrosamente semidormida. La adrenalina había abandonado totalmente mi cuerpo y solo quedaba cansancio. Las fuerzas me habían alcanzado apenas para una ducha y había caído en *knock out* en la cama. No supe a qué hora regresó él, ni me enteré cuando salió en la madrugada. Entré al baño y efectivamente vi sus ropas de correr en el piso. Abrí un poquito la cortina del baño y le saludé: «*Morning*».

«*Morning babe!*». Me convenció de entrar a ducharme con él y el tiempo del baño se prolongó demasiado.

Cuando finalmente salimos de la ducha le comenté que mi jefe me había dado el día libre. Me miró sorprendido y se cuestionó por qué *él* no tenía el día libre. Eso lo iba a resolver en ese instante. Llamó a Laura y le preguntó a qué hora salía el vuelo de Goldberg y si pasaría nuevamente por la oficina. Preguntó qué había en la agenda que necesitara de su presencia hoy y ella le dijo que tenía una visita a las nueve treinta. Luego de eso nada más.

Cuando colgó contempló por unos minutos cancelar la visita, pero decidió ir y volver. Si era así entonces decidí hacerle desayuno mientras terminaba de cambiarse. Los viernes Casilda Dunker no venía a la casa. Jack desayunaba muchísimo todos los días y comía de todo. Le encantaban los desayunos dominicanos, siempre y cuando estuvieran acompañados de importantes raciones de proteínas. Pero mis ganas de hacer desayuno no llegaban hasta ahí.

Había aprendido a freír huevos en agua, y por ahí comenzaría.

Salchichas de desayuno, tostadas de pan integral, mantequilla de maní, yogurt y frutas. Era posible que aún se parara de la mesa a buscar jamón o queso, así que mejor le servía algunas lonjas un plato. Jugo de manzana y ¡listo!

Monté la mesa y fui hasta la habitación para avisarle de que el desayuno estaba servido. Busqué en mi mesita de noche mi caja de pastillas y regresé al comedor. Esperé que se sentara para servirle el jugo de manzana y dejé que él decidiera sus cantidades para todo lo demás.

Me vio tomarme mi pastilla y preguntó qué hacía, qué era eso. «*My pills*». Mis pastillas, le contesté. «*What pills?*», insistió en preguntar qué pastillas. «*My pills, Jack... How are they called? Anticonceptive pills?*», le pregunté.

«*Contraceptive pills or birth control ... But W H Y are you taking them?*», preguntó intrigado.

Lo miré extrañada. ¿Estaría de broma? Como un flechazo recordé que en nuestra primera cita sacó un preservativo de su pantalón, pero nunca más volví a ver uno. ¿Estaba planeando que tuviéramos hijos ahora? «*Jack, I don't want to be a mom at twenty four*». Quise hacerme la simpática porque no sabía si realmente en su cabeza estaba lo de tener hijos ahora. Nunca habíamos tocado el tema. Yo consideraba que con veinticuatro años estaba muy joven, pero él no tanto... Y para mí sería importante casarme primero y...

«*Honey, I had a vasectomy seven years ago. I told you when I showed you my exams. I told you and showed you my sperm count results. I don't make babies*».

La sensación en mi cuerpo era que un camión me había atropellado... ¿Una vasectomía? ¿Siete años atrás? Finalmente pregunté:

«*You told me?*». ¿Me lo dijo? Jamás habíamos hablado de eso.

«*Of course, I did, babe!*». Parecía divertido frente a mi cara de espanto.

«*I didn't know, Jack... I've taken five months of these... Maybe I didn't understand what you said. Obviously I didn't*». Cinco meses de hormonas que había tomado innecesariamente.

«*You don't have to worry for that, ok? You should finish this cycle and just forget about it*». Claro. Simple. Podía olvidarme de esas pastillas...

Y de ser madre.

¿Sería sorpresa lo que estaba sintiendo ahora? ¿La sorpresa hacía doler el estómago intensamente? Jack salió. Volvería en un par de horas. Limpié las cosas del desayuno y puse en el DVD una película que habíamos alquilado unos días antes. *The Truman Show*.

Estaba mirando fijo mi caja de anticonceptivos. Había llenado mi cuerpo de hormonas sin necesitarlas. ¡Qué tonta! No había nada que temer. No íbamos a tener hijos Jack y yo. Qué mejor anticonceptivo que una vasectomía. «*Just forget about it*», había dicho. Sentía las lágrimas en la garganta.

Me levanté del sofá y fui al baño. A esta caja solo le quedaban dos pastillas. La tiré al zafacón... Y sentí que estaba tirando ahí eso con muchas otras cosas más.

Después de la tormenta, la calma llegará

Necesariamente después de una semana de locos tenía que volver la paz a las oficinas de Seasons. Laura estaba lenta como tortuga esa mañana y llegó tarde a su escritorio, pero su jefe no había llegado aún. Si alguien había tenido una semana agitada definitivamente era el ingeniero.

Laura se sentía cómplice de la relación del señor Seller y Larissa. Esa sí que había sido una sorpresa. Pero rápidamente podía reconocer que era una sorpresa agradable. «Una dominicana, pequeña, morena, con buen cuerpo, senos pequeños y enormes ojos marrones», había dicho Joaquín Hernández. ¿Cómo no la reconoció?

Larissa era una muchachita hermosa, trabajadora y con muy buenas vibras. Constantemente. No parecía tener un mal día en su vida y aun siendo tan joven como era, podía desenvolverse con soltura en cualquier ambiente y reconocer las pendejadas a muchos metros de distancia. Era claro que un hombre como el ingeniero podía ver en ella mucho más que un buen cuerpo.

Y ahora que lo sabía, se daba cuenta de que estar con esos dos en una habitación era lo mismo que encender la calefacción, en verano, en medio del mar Caribe. ¡Cómo la devoraba ese hombre con los ojos! La diferencia de edad era evidente. Ella estaba en el principio de sus veinte y él le doblaba la edad. Pero más evidente era que esa relación era intensa.

La presentación de la tarde anterior fue una muestra de todo eso. Larissa llegó demasiado temprano, muy bien arreglada y vuelta una bola de nervios. Estos hombres se habían retrasado tanto que Laura habría jurado que la joven iba a colapsar. Finalmente, al entrar al salón y verla, los ojos del ingeniero se iluminaron y tomaron un azul más oscuro que la profundidad del mar.

Y ella se había adueñado de la reunión. Se había metido al Gran Jefe en un bolsillo y Laura juraba que las trescientas veces que el señor Seller trataba de acomodarse en la silla, en realidad estaba lidiando con la rigidez

entre sus piernas. Aquello debió ser un doloroso caso de priapismo.

El timbre de su teléfono la sacó de sus sórdidos pensamientos.

«¡Hola, flaca!», la saludó Mauricio con un dejo de precaución en su voz.

«Buenos días, Mauricio. ¿Cómo amaneces?». Estaba comenzando a acostumbrarse a estas llamadas a primera hora.

«¿Qué decidiste, entonces? ¿Puedo acompañarte a la consulta con el doctor?». En el fin de semana le contó a Mauricio sobre su embarazo. Entendió que aun cuando a sus dieciséis semanas no se le notaba, y cuando todavía las cosas entre ellos no se arreglaban totalmente, él debía disfrutar esa sensación de infinita felicidad, y a la vez ese miedo horripilante, ante el conocimiento de que iba a ser padre.

El traslado de Mauricio ya era un hecho. Había logrado una promoción y había pasado a manejar cuentas del portafolio fiduciario de su banco. Ya no reportaba a esa mujer y ni siquiera estaban en el mismo edificio. Sabía que eso no le daba garantías a su relación, pero por lo menos tenía una pequeña esperanza después de todo.

«La cita es para las seis de la tarde. Si puedes llegar, por supuesto que eres bienvenido». Señaló con toda la calma que podía sentir en esta situación. Llevaba semanas viviendo sola. Algunas noches asustada y con malestares y algunas noches con insomnio. Una de esas noches llamó a Mauricio a las dos de la madrugada y el infeliz había estado al borde de un infarto.

Lloró a mares y lo insultó con las peores palabras de su florido vocabulario, hasta que finalmente se había quedado plácidamente dormida hasta las diez treinta de la mañana del día siguiente. ¡Un miércoles!

La vergüenza del recuerdo se combinó con la imagen de su jefe saludándola desde su puerta. Hizo su señal de que la esperaba en su oficina, así que asintió con la cabeza mientras acordaba enviarle la dirección de la clínica por correo electrónico a Mauricio y verse ahí unos minutos antes de las seis.

Aún le debía una disculpa aclaratoria a su jefe. La cual pretendía darle hoy. Junto a la noticia de su embarazo. Pasó a su oficina y recibió todos los encargos que él le traía. Le informó de que su visita, la representante de una

cooperativa de empleados, estaría retrasada unos diez minutos y que al finalizar tenía otras cosas que conversar con él.

Mientras esperaba nerviosa a que se marchara la persona con quien estaba reunido su jefe, hizo unas transferencias bancarias que él le había solicitado y finalmente volvió a entrar en su despacho. La conversación terminó siendo iluminadora para ella y, por algún motivo, creía que para él también. No era frecuente que tocaran temas personales en la oficina, por lo que cuando ella le anunció que necesitaba hablarle de un asunto personal, la cara de susto del señor Seller fue de morirse de la risa.

Se sentó frente a él y le contó que estaba embarazada. Aquellos ojos azules se abrieron como platos. Dijo que no sabía cómo manejarse apropiadamente frente a esta noticia, pero quería preguntar si estaba feliz, si debía felicitarla. Laura tragó en seco, le explicó que era un embarazo que había buscado por más de tres años pero que en este momento Mauricio y ella estaban separados luego de diez años de matrimonio.

Por algún motivo sintió la necesidad de abrir su corazón. Le contó sobre la decisión que tomaron de aplazar un embarazo por más de siete años cuando se consideraban muy jóvenes, aun cuando ella tenía el ferviente deseo de ser una madre joven, activa e involucrada en la vida de sus hijos. Luego, su *stress* y su frustración por no quedar embarazada por todo ese tiempo cuando ya querían ser padres. Y ahora la sensación de cansancio, cuando finalmente iba a ser madre, pero parecía que el esfuerzo le costó su matrimonio, ya que había descubierto que Mauricio tenía una aventura.

El señor Seller la escuchó atentamente y con actitud muy cálida, haciendo pocas preguntas y demostrando que podía contar con su apoyo en lo que ella necesitara. Aún era pronto para planificar su licencia de maternidad, pero le pidió que tomara todas las previsiones que fueran necesarias para que pudiera desconectarse efectivamente durante ese periodo. Le dijo que no tenía problemas en que llegara retrasada a la oficina. Nunca había medido el trabajo de Laura en horas y no iba a comenzar ahora. Si necesitaba trabajar desde la casa, podía sentirse libre de hacerlo. Laura sentía un profundo agradecimiento y se lo hizo saber tratando de no romper en llanto.

Cayeron en un profundo silencio y a Laura se le hizo evidente que su jefe estaba perdido en sus propios pensamientos. Se puso de pie para

retirarse, pero él le pidió que se quedara un minuto más, seguía en silencio y parecía estar tratando de organizar sus impresiones.

La pregunta que le hizo no solo la impactó, sino que la hizo reflexionar a ella misma: ¿habría ella pospuesto indefinidamente su sueño de ser madre si Mauricio hubiese sido infértil o no quisiera hijos? Su respuesta la dejó sorprendida a ella misma: desde la óptica inocente que tenía a los veinte años sí, ciertamente lo hizo. Pero en este momento, con la madurez que le llegó con los treintas, también llegó su necesidad de aclarar prioridades, y ser madre era una de sus principales prioridades. Hoy, estaba segura de que habría sacrificado su relación con Mauricio si él se hubiese opuesto a que tuvieran hijos.

En un aliento, la expresión del señor Seller pasó de la calidez a la sorpresa y luego a la tristeza. Se puso de pie, recogió sus cosas, le dijo que se tomaría el resto del día libre y le propuso que lo hiciera ella también.

Diferentes dimensiones de libertad y poder

En la pantalla de proyección se podía leer la cita: «*La libertad tiene siempre como punto opuesto la existencia de un poder con la autoridad para limitarla...*», pero no identificaba a su autor. Tomé muchas notas de lo que decía el expositor. Tienes tanta libertad como decida quien ejerce poder sobre ti. Eso estaba muy interesante y me tocaba de muchas maneras diferentes. Uno de nuestros clientes nos había invitado a este seminario sobre seguridad física y el tema de la libertad resultó ser diez veces más interesante de lo que nunca imaginé.

A los veinticuatro años, tenemos la libertad de tomar una decisión como no tener hijos muy fácilmente. Te impacta por menos de un día y después pierde totalmente el sentido de realidad y la importancia. El largo plazo no es muy relevante. Y vivimos en la libertad del hoy. Yo había pasado de sentirme terriblemente mal a sentirme libre de tener que encajar en un patrón establecido. Para mí, mi relación con Jack era lo más importante. Con o sin niños.

¡Pero hoy estaba excesivamente molesta con él! Y no tenía nada que ver con procrear hijos.

Mario Veras era nuestro nuevo cliente en Carthis & Co y tenía un negocio de seguridad privada. Era un jovencito con el cerebro enorme y toda la agresividad de un exitoso hombre de negocios, con experiencia en muchas cosas que yo apenas pretendía poner en práctica con mis clientes. Yo lo veía como un jovencito porque entendía que debía estar rondando mi edad y quizá era un par de años menor. Ah y también por su corta estatura, unas dos o tres pulgadas más que yo.

Hacía unas semanas que Michael había comenzado este proyecto y yo me estuve integrando la semana anterior. Pero sentía que no captaba el

negocio. El producto era muy bueno, por lo que podía entender, pero no lograba visualizar la mejor estrategia para fabricarlo y distribuirlo. En estos momentos, él fabricaba en zona franca en el país y almacenaba su producto terminado en Israel, para luego distribuirlo y venderlo en Estados Unidos y Europa. ¡Y yo me mareaba con tantas vueltas y me confundía!

En conclusión, no entendía la mecánica del negocio y tampoco cómo íbamos a ayudarlo. Michael estaba muy confiado, pero yo no compraba nada de esa confianza. Por eso me pareció buena idea venir a escuchar estas charlas. Y encima, estar callada y tranquila en un salón de seminarios mejoró mi humor del día.

Mi mañana de lunes comenzó al amanecer porque quería hacer varias diligencias antes de llegar al seminario a las nueve de la mañana. Jack preparó el desayuno mientras yo me arreglaba y a las siete en punto estábamos sentados en la mesa. Recordaba el viernes pasado como un día negro por el tema y por la forma en que me enteré de su vasectomía y todas sus implicaciones. Encima de eso Jack había vuelto de la oficina con una mezcla entre mortificación y malhumor, y una extraña necesidad de abrazarme. Parecía que creía que me iba a escapar. Pero sábado y domingo fueron días color de rosa, de puro romance y pasión.

Todavía hoy seguíamos en el mismo *mood* y parecía que no podíamos dejar de tocarnos. Me levanté de la mesa para buscarle canela y miel para sus tostadas y acabé sentada en sus piernas terminándome mi desayuno. Preguntó otra vez dónde iría esta mañana, mientras me acariciaba las nalgas. Mi novio estaba obsesionado con mis nalgas. Por mis ropas se notaba que la actividad de hoy era algo especial. Como regla general, iba bien vestida a la oficina siempre, pero con el mismo tipo de conjunto de traje de chaqueta y pantalón. Si usaba blusas elegantes con o sin chaqueta y además una falda como la que llevaba puesta hoy, la ocasión era extraordinaria.

Jack sabía que este cliente me invitó a esta actividad y evidentemente por eso preguntaba. Preguntaba de más de una manera para ver si la información cambiaba. Yo ya lo conocía bien. Celoso y controlador. Le contesté otra vez con las mismas palabras de las tres o cuatro veces que le había contestado durante el fin de semana y su sonrisa lo delató.

Salimos del apartamento a las siete y veinte minutos. Él iría al

gimnasio en la noche en lugar de ir ahora y yo sospeché que tenía remordimientos por haberse tomado parte del viernes libre. Yo me fui directa al salón de belleza porque ir a esa hora era excelente, ya que la visita me tomaba media hora y a veces menos.

Esta vez me maquillé yo misma y quedé bastante decente. Luego me dirigí al banco. Finalmente, era día de cobros e iba a pagar el cincuenta por ciento de la deuda a mi tarjeta de crédito. Decidí hacer todas las transacciones por el autobanco. Abrían a las ocho en punto y solo encontré dos carros en la línea. Me entretuve llenando los volantes y solo era cuestión de esperar cinco minutos y luego dirigirme hacia el seminario.

Llegó mi turno y envié mi cheque, mi ID y el documento de pago de tarjeta indicando el número, el monto y todos los demás detalles por el tubo neumático. Luego de esperar más de lo necesario, el cajero me devolvió la cápsula conteniendo lo mismo que le había enviado antes y me informó de que debía entrar a la sucursal y ver a alguien de atención al cliente. ¿Y ahora qué? Estaba bien de tiempo, así que decidí estacionar y bajarme.

No había nadie en el banco aún, por lo que llegué directa al escritorio de una joven que vestía un brillante uniforme verde. Le dije que quería hacer un pago a mi tarjeta y le entregué los documentos que ya había tratado de entregar afuera.

Ella buscó en el sistema y pareció confundida. «¿Usted quiere pagar?», me preguntó.

«Sí...». Y empujé el cheque hacia ella.

«¿Treintaidós mil pesos?». Seguía mirando la pantalla de su monitor con la misma cara de confusión mientras tecleaba.

«Sí...». Y seguía mirándola a ver si me daba luz de la situación. Iba a pagar el cincuenta por ciento de la cuenta y en quince días el resto, de esa forma no estaría financiando nada.

«Pero es que me aparece que usted tiene solo una tarjeta de crédito con nosotros». La cara de rompecabezas que tenía la pobre «Bianca» (según rezaba su distintivo) era digna de un premio.

«Sí, esta tarjeta». Y ahora empujé el plástico azul con verde hacia ella.

«Esta tarjeta no tiene saldo pendiente —me respondió mientras volvía

a verificar los números—. Si desea puede hacerle un fondo de débito por el monto del cheque, pero debemos llenar unos formularios para...».

«Pero ¿cómo no tiene saldo pendiente?, ¿qué quieres decir?». Ahora la que estaba totalmente perdida era yo.

«Su tarjeta tiene un balance en cero». Sus palabras me hicieron sentir una repentina alegría... ¿Me gané un premio? ¿Error del sistema? Mi suerte normalmente era muy buena, pero aquí algo andaba mal.

«No mi'ja... Revisa bien el número». Ella me confirmó mi nombre, mi ID y el número de la tarjeta. Y ahora sabía que había algo raro.

«Tiene un pago del viernes pasado por 65,800 pesos», afirmó.

«¿Un pago? ¿El viernes? Eso debe ser error del sistema. Yo no salí de mi casa el viernes».

«Es una transferencia», afirmó Bianca mientras miraba fijamente el monitor. Parecía que ella misma trataba de aclararse.

Comencé a entender y a acalorarme y sudar de la rabia. *It was as clear as a day...* Y solo para confirmar mi sospecha pedí el nombre del titular de la cuenta que realizó el pago. «Jackson Seller». Y a eso se le llamaba: ¡pasarse de la raya!

Respiré profundo, pero mantuve la calma. «Ok». Saqué mi chequera e hice un cheque nuevo por el mismo monto a nombre de Jackson Seller. «Por favor, deposita este cheque en esa cuenta». «Ok... Hmmm... no, no puedo. Esta es una cuenta ejecutiva en dólares y solo recibe depósitos por transferencia, no por ventanilla».

«Bien, gracias. Bien». Me despedí y le agradecí su ayuda. Estaba a dos esquinas de Seasons. Podía resolver eso yo misma.

El trayecto era corto pero me sirvió para contar hasta cien varias veces y tratar de calmarme. Me estacioné justo al lado del Mercedes negro. Llegué a la recepción y le pedí a Raquel que me anunciara con el señor Seller. Ella se extrañó de que me detuviera en la recepción, pero al mencionarlo a él, entendió la formalidad. Advertí que llamó a la extensión de Laura y me anunció, pero aclaró que venía a ver al jefe. Me pidió que pasara a la oficina de la señora Méndez, que ella me haría pasar.

Entré al pasillo y vi que eran las ocho treintaicinco. Tenía que cruzar la

ciudad para llegar al hotel donde sería el seminario, pero como mismo le había oído decir a Jack más de una vez «*enough is enough*». Ya era suficiente. Laura estaba de pie en la puerta de su oficina, parecía sorprendida de verme ahí, pero no comentó nada. Me pidió que pasara a su oficina, que volvía en un segundo y se fue a la oficina de Jack. Yo preferí quedarme en la puerta. Dos segundos después estaban los dos en la puerta de Jack.

«*What's wrong?*», preguntó preocupado.

«*Need to talk to you*», le respondí que necesitaba hablarle y vi cómo se escurría Laura y nos dejaba solos.

Tan pronto entramos a su oficina, saqué el cheque de mi cartera y se lo entregué. «Este es el pago de mi tarjeta de crédito. Este es el cincuenta por ciento que es lo que fui a pagar hoy. Es el cincuenta por ciento de lo que pagaste. El otro cincuenta por ciento te lo estaré entregando en quince días... O antes, si puedo». La expresión de su cara cambió varias veces y fue desde un profundo alivio, al rostro de quien es atrapado con las manos en la masa, hasta su actitud fría y distante.

¡Ja! ¡Connmigo no!

«*I don't need and don't want your money, Jack*». Yo no necesitaba su dinero y tampoco lo quería. No quería tocar mis ahorros para hacer pagos de gastos ordinarios, pero, si tenía que hacerlo para devolverle este dinero, lo haría. Y me sentía que estaba caminando sobre un campo minado, porque sabía que este era un tema delicado entre nosotros.

«*You practically covered everything during Pauls' stay here, and you bought him a lot of new clothes. I had to pay for that. Not you*». Estaba diciendo una mentira salpicada con un poco de verdad. Él tenía un punto, porque era cierto que asumí algunos gastos de Paul durante su estadía y le compré algunas piezas de ropas, pero eso era tratar de poner bonito lo que había hecho. Se estaba tomando libertades que no le correspondían.

Quizá yo también me las tomé con Paul, que era *su* nieto y no mío, pero eso no iba a apaciguar lo molesta que estaba. Yo decidí hacer esas compras y además el balance de mi tarjeta presentaba muchos otros gastos de la boda de Alina que no tenían nada que ver con Paul ni con él.

Traté de poner en palabras mis sentimientos. Yo estaba tratando de

hacerme una mujer independiente. Trabajaba mucho y ganaba bien para el mercado y para mi edad. Quería ahorrar y eventualmente no depender de nadie económicamente. Le tenía un terror inexplicable a ser una inútil mantenida y no me gustaba la idea de un novio que quisiera «hacerse cargo» de mí.

No quise tocar el tema de los regalos para no encender la hoguera, pero quería decirle que, aunque me encantaba mi reloj, era un lujo que yo nunca habría podido pagar y eso me hacía sentir incómoda. Y lo mismo iba con la *laptop*. Lo vi acercarse un poco más a mí para susurrar:

«*Kiss me*». Me pidió que lo besara.

«*No. Take the check*». Quería que tomara su cheque. Ese era un pago que tenía que asegurarme de hacer hoy mismo.

«*I will... If you kiss me*». Y ahí descubrí cómo se limitaba mi libertad con el poder que Jack ejercía sobre mí. Solo era cuestión de que me besara para que se me confundieran los argumentos. Podía seguir molesta, pero no servían de mucho mis pretensiones de independencia si prefería que me tocara a cualquier otra cosa. Siempre era así y siempre seguiría siendo así.

A la salida del seminario encontré a Mario conversando con uno de los expositores. Los interrumpí para despedirme y agradecerle la invitación, pero él me pidió que lo esperara un momento.

Mientras esperaba, recibí una llamada de Mami. ¡Seguían felices! Llevaban algo más de una semana intensa de viaje y lo que les esperaba parecía aún mejor. ¡Qué bueno! Todavía quedaba ánimo. Yo esperaba que alcanzara para las semanas que les faltaban.

Cuando terminé de hablar, encontré a Mario esperando por mí. Me pidió que lo acompañara al bar del hotel para tomar un café. Miré mi bello reloj y vi que faltaba un cuarto para las seis. Si bebía café a esta hora no dormiría. Mejor un jugo natural. El camarero me informó de que no tenían jugos naturales en el bar. Su cara parecía decirme «*querida, estás en un bar*». Bueno... Sí podían colar un café, pero no podían exprimir naranjas. Idiota. Le sonreí y le pedí una copa de vino tinto. Y Mario cambió su café por otra copa.

Estaba contento con los comentarios que le hice del seminario. Me pidió que le contara más mientras acomodaba sus lentes en el arco de su nariz. Su actitud y sus movimientos parecían nerviosos y hacían recordar una caricatura animada. Opiné que el público que logró llevar tenía muy buen nivel. Gente que toma decisiones. Para mí había valido la pena ir porque incluso pude hacer un par de nuevos contactos.

Originalmente la invitación era para Michael, pero él salió a una reunión a las oficinas en Londres esa misma tarde, así que me pasaron la invitación a mí. Comentó en tono de chiste que Carthis-Amaranto había tenido mucho mejor representación y sentí, otra vez, que su mano apretaba mi rodilla. Era la cuarta o quizá quinta vez que me tocaba en el rato que llevábamos ahí sentados conversando. Era el hombre más kinestésico que conocía o sencillamente se estaba pasando de toqueteo.

Era la hora perfecta para irme sin averiguar lo uno ni lo otro. Le hice ver que ya eran las siete y el ambiente del bar se había ido tornando más movido. Dije algo como «ya aquí no se puede conversar». Le informé que pasaría un momento al baño y lo hice con la intención de salir para marcharme inmediatamente. Al salir del baño me sorprendió encontrarlo parado en el pasillo, me acerqué a la pared para dejarlo pasar, pensando que se dirigía al baño de caballeros, pero en lugar de eso agarró mi brazo y trató de pegarme a su cuerpo. Sentí su mano rodando desde mi muslo hacia mi entrepierna, donde la detuve y la agarré con fuerza.

«¿Qué pasa?», le pregunté sorprendida y colérica. ¿El tipo estaba desquiciado? Me dieron ganas de pegarle en la cara con mi cartera.

«Debemos irnos a otro lado más tranquilo, ¿no crees?», me dijo demasiado cerca de mi oído.

«¿Tú estás loco?». Mi cara de espanto debió devolverlo al planeta Tierra, abandonando su cofradía de lunáticos.

«Pero creí que estabas interesada...», soltó con una expresión similar a la Moe Howard de *Los tres chiflados*. Se alejó un poco de mí, pero aún trataba de impedirme el paso.

«¡No! ¡Ni estaba, ni estoy, ni estaré! ¡Buenas noches!». Puse mi mano abierta en su pecho y lo alejé de mí para no rozarlo cuando pasara a su lado. Salí del pasillo y me alejé del bar a toda la velocidad que me permitían mis

zapatos de cuatro pulgadas. ¿De dónde había sacado este necio esa idea?

La sociedad nos programa para sentirnos responsables ante este tipo de agresiones. Si un hombre se propasa con una mujer es porque ella llevaba los pantalones muy ajustados, la falda muy corta, un escote muy profundo o mucho maquillaje. Si bailas provocativamente, tendrás tus consecuencias e igual si tienes muchos amigos varones. Me moría de indignación. Tenía hasta ganas de llorar.

Encontré a Jack sentado en uno de los sillones de la sala con sus lentes de leer puestos y un libro en las manos. Me acerqué a besarlo y movió la cabeza para mirarme a la cara.

«*What happened?*». Se quitó los lentes, soltó el libro y puso ambos sobre la mesita del café. Me haló para que me sentara sobre él. Definitivamente él era el mueble más cómodo de la casa. «*Are you still mad at me?*», preguntó preocupado si todavía estaba enojada con él.

«*No. Did you cash your check?*». Por primera vez en muchas horas recordaba otra vez el episodio de esa mañana en el banco.

«*Nope... I forgot. What's wrong?*». No quería discutir, así que mejor ignoré su respuesta, me acurruqué en su pecho y comencé a contarle lo que había pasado. Sentía que me rodaban las lágrimas por las mejillas. Le conté con todos los detalles para sacarme la situación del sistema. Lo sentí respirar profundo un par de veces y le aseguré que no le había dado ningún motivo a aquel tarado para comportarse de esa manera. Necesitaba que me creyera, que no andaba coqueteando con nadie más.

«Voy a matarlo». Sentenció Jack apretando con fuerza mi cuerpo al suyo.

«No vas a matar a nadie Jack».

«Debemos ir a denunciarlo, en este mismo momento...»

«No Jack. No quiero hacer eso ahora. Quiero recordar todas las cosas que he oído sobre que esto no fue mi culpa y que el remordimiento que siento no tiene razón de ser», le dije tratando de explicar con claridad lo que sentía.

«Lari —me sorprendió que su voz sonara extremadamente tranquila cuando sabía que en él había mucha rabia contenida—, ni siquiera me miraste el día que nos conocimos. Me ignoraste. Y, sin embargo, te escribí el correo

más sexual que haya escrito en mi vida. Una pieza de pornografía. —Me agarró las nalgas otra vez para hacer honor al recuerdo de aquellos deseos que había escrito en su primer correo electrónico—Eso no es más que los hombres siendo hombres y creyendo que las mujeres nos pertenecen. No es tu culpa. Nunca será tu culpa. Somos cazadores y aún no estamos a la altura de una sociedad civilizada. —Ahora comenzó a besarme los labios y yo acepté contenta sus caricias—. Ese tipo y yo tratamos de conquistarte. Yo tuve suerte y él es un idiota. Pero al final tú eres quien tienes el poder... Por lo menos sobre mí».

Presentación en sociedad

«Me gusta. —¡Uf! Escuchar esas palabras me aliviaba muchísimo, sentía que me quitaban un gran peso de encima—. Me parece intimidante, misterioso... Peligroso y eso hace que me guste más... Eso sin mencionar que está más bueno que el pan». Las tres soltamos una carcajada por las ocurrencias de Alina y nuestros hombres voltearon a mirarnos. Jack me sonrió y le lancé un beso. Sarah me distrajo cuando preguntó de dónde saqué el coraje para instalarme en su apartamento.

«¡Es que no es permanente! ¡Ya quisiera yo!». Le expliqué del viaje de mis padres y mi *coartada* de trabajo en Santiago.

«Ya a mí no me extraña que estuvieras tan desaparecida... Ese hombre te mira como que te quisiera comer».

Un par de noches atrás le había dicho a Jack que extrañaba a mis amigas. Dejando a un lado que ahora Alina era una señora casada, las veía mucho menos y hablábamos mucho menos también. Y él me propuso que hiciéramos esto: «*Put together a small party on Friday*». Armar una fiesta sencilla para hoy viernes.

Al principio la idea me dio pavor, pero eran mis amigas. En algún momento tendrían que conocerlo y darme su opinión sobre él y sobre nosotros. Sabía que Jack también se había sorprendido y presionado cuando dije que sí. Lo observé unas horas antes mientras se vestía y vi que había elegido ropas muy informales. *Jeans...* que raras veces los usaba... Un *t-shirt* de cuello chino en rojo con blanco y alpargatas de piel en color azul. Esa era una versión muy jovial de él mismo. Se afeitó, que también era algo que raramente hacía en las noches y se puso unos toques de su colonia Lacoste, mi favorita.

Si algo iba a extrañar muchísimo de este tiempo que estábamos pasando juntos, iba a ser esto de verlo arreglarse. Era un hombre sencillo y sin complicaciones. Ciertamente siempre andaba arreglado y bien puesto, pero era de gustos simples, a pesar de haber sido criado en cuna de oro o... ¿Con

cubiertos de plata?... No recordaba cómo era la expresión. El tema es que era adorable de muchas formas diferentes.

Y ahora venía caminando hacia mí para abrazarme por la cintura con mi espalda pegada a su pecho. Me hizo bailar suavemente a ritmo de *Tonight's the night* de Rod Stewart, que sonaba en su radio. Conversó un rato con nosotras y vi las caras de mis amigas abobadas con su conversación. *Adorable indeed*. Las dos se reían como tontas. Y yo estaba muy divertida. No es que ya me considerara inmune a su encanto, pero veía la diferencia en quienes lo acababan de conocer en un ambiente relajado. Aquellos a quienes él les dejaba entrar a su espacio privado, conocían a un Jack radicalmente diferente al ejecutivo. Un hombre cálido, ameno e íntimo.

«*We need food*», me susurró al oído que necesitábamos comida. Vi que eran las nueve de la noche y supe que él debía estar muriéndose de hambre. Habíamos decidido hacer algo fácil. Él sugirió preparar una cena nosotros mismos, pero yo preferí encargar algunas cosas a una señora que trabajaba los *caterings* para Carthis & Co. Siempre los hacía deliciosos y abundantes.

Me siguió a la cocina y montamos en la mesa los *chafing dishes* en miniatura que nos llevó María Luisa. Había algunas entradas frías en la nevera y por último pan. Jack y su variedad de carbohidratos. Sabía que, contrario al desayuno, Jack prefería las cenas ligeras y sin complicaciones, y mientras más ensalada hubiese en su plato, mejor. Con eso y su segunda copa de vino, estaría perfecto. Hoy brindábamos con Casillero del Diablo, que iba muy bien con la cena. Luego de cenar nos acomodamos todos en la sala y seguimos la conversación hasta cerca de la medianoche.

A Sarah se le escapó un bostezo y avisó de que tenía trabajo al día siguiente, por lo que ella y su novio Tomás decidieron marcharse y así mismo los demás. En la puerta, abracé muy fuerte a mis amigas y recibí sonrisas cómplices de las dos. En términos más religiosos podría decirse que mi relación acababa de recibir su bendición.

A la mañana siguiente, Jack y yo salimos juntos del apartamento. Él iría a trabajar y yo me dirigía a mi segunda reunión con Martha Presto fuera de sus oficinas. Quedamos para desayunar este sábado en la mañana en mi pastelería favorita. El motivo de estos cambios era que ella quería diseñar una estrategia de negocios alterna, en la que no intervinieran ni su papá ni su

esposo, por lo menos hasta que el plan estuviese listo.

Esto tendría implicaciones en la facturación de Carthis & Co, ya que mis horas facturables al proyecto estarían incrementándose, pero habíamos acordado con Gisselle Peña que estaríamos facturando estas reuniones con Martha de manera independiente y a título personal.

La relación entre su padre y su esposo no era buena; la tensión familiar estaba comenzando a ahogarla y no veía progresos en su negocio, que en principio logró tanto éxito. Estaba en medio de una evidente lucha de poder entre el padre, que a la vez era su socio, y el esposo que solo era un empleado, pero dormía con la dueña. Martha hacía el esfuerzo de mantenerlos a ambos a raya y hacerles saber quién era la jefa. Pero aquello era cada día más agotador.

Su nuevo plan de negocio proyectaba iniciar un negocio de menudeo en principio local y luego en los destinos de sus exportaciones. El negocio era de una naturaleza totalmente diferente y posiblemente más complejo, pero Martha soñaba con iniciar una cadena de pequeños mercados orgánicos, que la acercara mucho más al trabajo artesanal de selección, ventas y servicio al cliente.

Estimábamos que la inversión para este proyecto sería importante, pero si ella lograba convencer a su socio y a su marido, podría destinar pequeñas partidas de las ganancias para crear un fondo en un plazo de doce meses, e iniciar con seis tiendas en el país.

El plan, como todos los emprendimientos, era ambicioso y necesitaba una definición terminada y aterrizada. En eso estábamos trabajando. Sin embargo, yo aún escuchaba una vocecita interna diciéndome que había cabos sueltos en el negocio. Hice una nota mental de tratar el tema con Michael tan pronto como fuera posible.

Conductora designada

Un traje sastre blanco. Nunca lo habría creído. Lo más asombroso era lo bien que me quedaba. Estaba feliz, pero realmente estaba más sorprendida que otra cosa.

Sonia, mi colega, me recomendó esta boutique de ropa de damas para buscar algo elegante para la ocasión. Era martes y me escapé después de almuerzo de la oficina. El banco SASRD estaba de aniversario y ofrecería un coctel para sus ejecutivos y algunos relacionados. Jack me había invitado en el fin de semana y yo acepté. Bueno, eso podría decirse de otra manera más precisa: Jack me había informado de que iríamos y no me quedó ningún camino, ni razón para decir que no.

Entré a la tienda buscando algo negro. Era el color que usaba por *default* para cualquier actividad, pero la joven que atendía me había buscado ese y lo encontré hermoso desde que lo vi. Cuando miré la talla me desilusioné y le dije que me quedaba pequeño. «Mídetelo», fue su respuesta y me animó a probármelo. ¡Y me quedaba! ¡Y muy bien! Oficialmente estaba flaca. Más que en muchísimo tiempo. ¡Yahoo!

El traje tenía hilos y botones plateados, por lo que le quedarían bien mis zapatillas y cartera del mismo tono. El pantalón necesitaba arreglo para llevarlo a mi altura y me prometieron que podían alterarlo y tenerlo listo en una hora. Eso me daba tiempo para ir a mi casa y recoger zapatos, cartera y algunos accesorios más.

Ya la casa tenía más de dos semanas cerrada, así que eché un vistazo rápido por todos lados, confirmé que todo estaba en orden, salí nuevamente y cerré.

Cuando ya tenía el traje completo y los accesorios, me fui al salón de belleza para hacer el combo de lavado, secado, manicura, pedicura y maquillaje.... Y se me hizo tarde. Encontré a Jack listo y sentado en el sillón de la sala.

«*I'm sorry, I'm sorry, I'm sorry!* —gritaba mientras entraba corriendo al apartamento—. *I'll be ready in five minutes*». Juré que estaría lista en cinco minutos, pero no recibí respuesta. ¡Oh Dios! Estaba realmente molesto. Me cambié volando y en menos de veinte minutos estábamos entrando al ascensor. Estaba superatractivo y elegante de pies a cabeza. Aun no decía nada. Lo tomé de la mano y le insistí: «*I'm sorry we're late*». Jack dibujó una extraña sonrisa en su cara y me preguntó si estaba contenta yendo a esta actividad con él.

Pestañeé varias veces para sincronizar mi cerebro. ¿*Qué?* ¡Pero por supuesto que sí! ¿No se notaba que había hecho un esfuerzo por arreglarme? Me dijo que mientras me esperaba se convenció de que lo llamaría para cancelar. «*I'm sorry. I'm really happy you invited me. Excited, thrilled, delighted...*». Le cambió un poquito la sonrisa y ahora se veía más relajado.

Estábamos en el mismo hotel y el mismo salón en que estuve la semana anterior en el seminario de seguridad. Ahora con una decoración exquisita en los colores distintivos de la marca. Me tomó de la mano cuando salimos del carro y caminamos así por el *lobby* del hotel y así entramos al salón de eventos. No había mucha gente, pero sí mucha gente conocida. Todas esas caras salían con frecuencia en los periódicos.

La primera persona que saludamos fue al presidente del Banco SASRD, el licenciado Leonardo Medina Freire, quien estaba cerquita de la puerta recibiendo a sus invitados. A pesar de las personalidades presentes, el evento pretendía ser informal. No había miembros de la prensa y en total éramos unos setenta u ochenta invitados. Eso sí, si este techo caía, el país se quedaba sin empresarios ni gente de dinero.

«*Frank is here*». Oí que me hablaba en tono de advertencia. Se refería a Francisco Padilla, el gerente financiero de Seasons. Un señor de unos treinta y cinco años, delgado, alto, piel morena y pelo crespo. Muy agradable a la vista, por cierto, y de unos modales exquisitos.

«*Ok with me! Ok with you?*». Yo no tenía inconvenientes. Frank me parecía un hombre muy agradable.

«*What do you think?*», me preguntó luego de soltar una carcajada.

«*I think you don't give a damn*». Sabía que le importaba un pito y dos cornetas quien nos viera o no y eso lo confirmaba su postura relajada frente a toda esta gente.

«*Ma fuckin' smart gal*». Yo no podía hacer nada más que morir de risa cada vez que él usaba su acento sureño tipo *Huckleberry Hound* y se ganaba que lo llamara «*Huck*» el resto de la noche.

Estuvimos uno al lado del otro toda la noche. Noté que me acercaba a su cuerpo cuando alguien se aproximaba a saludar o a conversar. El mismo Francisco Padilla nos acompañó buena parte de la noche y luego de que pasó su evidente sorpresa por vernos juntos, rescató la discreción y pareció sentirse a gusto.

Pasamos una velada muy agradable, entre grata música y comida deliciosa. Los discursos fueron breves e informales. El señor Medina Freire mencionó a Seasons y a Jack entre los socios estratégicos que apoyaban y fortalecían la visión de expansión del banco. Cuando recibió un breve aplauso y muchas miradas, pude ver su sonrisa tímida y su incomodidad de ser el centro de atención, aunque fuese por breves momentos.

La celebración se alargó un poco, pero el miércoles era día feriado, así que no era importante. Vi que Jack aceptaba una segunda copa de vino y eso sí que era muy raro. Decidí no aceptar la mía por si acaso me tocaba conducir de regreso al apartamento.

Pasada la medianoche nos despedimos del grupo con el que conversábamos y luego de otros ejecutivos del banco que nos encontramos rumbo a la salida del salón de eventos. Caminamos por el *lobby*, pero Jack se desvió y me haló hacia los ascensores. ¿Qué pensaba hacer? ¿Habría bebido de más? Le pregunté qué hacía y me puso un dedo sobre los labios haciéndome callar. Oficialmente mi novio estaba borracho. ¡Pero solo fueron dos copas! Cuando abrió el ascensor él marcó el piso dieciocho. Ahí estaban las suites y un *rooftop bar*... Si pretendía seguir bebiendo le iba a quitar las llaves, así que mejor se las pedía ahora.

«*Ok. We can go to the bar, but give me the keys*», le solicité apresuradamente.

«*What keys?*», preguntó sorprendido y mirándome a los ojos, sin saber de qué llaves le hablaba.

«*Your car keys*», le expliqué que quería las llaves de su carro.

«*Ok. Here*». Y me entregó su llavero con la llave con el símbolo de

Mercedes, mientras me mostraba una sonrisa muy amplia.

«*Are you really drunk with two glasses of wine? I don't believe you*», le pregunté escéptica tomando la llave de sus manos y guardándola en mi carterita color plata. No podía creerme que estuviera borracho con solo dos copas de vino.

«*I'm not*». Me haló para caminar por el pasillo y se detuvo frente a una puerta con un elegante letrero que decía «*Blossom Suite*». ¿iba a tocar la puerta? ¡No podía creerlo! Jack me movió un poco y sacó del bolsillo de su traje una tarjeta blanca y abrió la puerta.

Era una suite enorme, con ventanales y vista al mar... Pero... Pero... Entré y vi la salita con dos sofás extragrandes y dos sillones. Me encantó la tela de los muebles en una variedad de colores tropicales. Realmente me encantaba todo el ambiente. ¿Qué quería? ¿Cuándo reservó esta habitación? No me moví de su lado ni cinco minutos. Solo una vez para ir al baño. Había una canasta de frutas frescas en la mesa del comedor. Bellísima. ¿Estaríamos inspeccionando la suite?

Jack abrió la puerta que daba a la habitación. Más ventanales. Una pared completa. Impresionante. Miré la cama y vi el bolso del gimnasio de Jack, corrí y lo abrí y vi que había ropa para los dos.

«*But WHEN did you...?*». Sencillamente no podía creerlo.

«*At noon...*». No dejé que terminara la frase, corrí hacia él y lo besé en los labios mientras lo empujaba para que se sentara en uno de los sillones de la sala. Definitivamente las sorpresas tenían un efecto afrodisíaco para nosotros.

Tenía prisa por desvestirme, pero me contuve y planifiqué ir haciéndolo poco a poco. No teníamos música en la habitación, por lo que tendría que bailar al ritmo de una pieza suave de *Burlesque* que habíamos montado alguna vez en mi clase de *jazz*.

Fui tarareándola para que él escuchara la melodía, mientras me contoneaba para halar la mesita de café que me ayudaría a apoyar la coreografía. Calculé que solo tenía cuatro piezas de ropa, así que tendría que incluir mis zapatillas en el *strip tease*. Comencé por los botones de la chaqueta. Uno... Dos... Tres... La abrí, apretando los puños en la solapa, bajé

una manga lentamente y luego la otra y finalmente la lancé hacia uno de los sillones.

Quedé frente a él con brassier y pantalones blancos, que perfectamente podían ser un set ejecutivo muy sexy. Moví las caderas, mientras tronaba los dedos, dando la impresión de que caminaba hacia él, pero no me movía del mismo lugar. Me detuve con las piernas abiertas y agarré el botón del pantalón. Supe que, para esta pieza de ropa, la vista más apreciada sería de mis nalgas, por lo que me puse de espaldas a él mientras abría el zipper y deslizaba lentamente los pantalones por los muslos, y, exagerando la postura para que Jack tuviera la mejor vista posible, apoyé las manos en la mesita.

El murmullo y la palabrota entre dientes no se hizo esperar. Aun estando de espaldas a él, me di cuenta de que comenzó a desvestirse de prisa, pero yo logré mantener la calma y mantenerme fuera de su alcance, mientras continuaba el baile.

Ahora solo con la ropa interior y las zapatillas, seguí tarareando la pieza mientras subía y bajaba las piernas de la mesita, acariciaba lentamente toda la pierna desde la zapatilla hasta el borde de mis *panties*, una y otra vez.

Me giré hacia él para encontrarlo semidesnudo. Solo con los calzoncillos puestos y una cara de encanto memorable. Seguí tarareando y tronando los dedos y repetí la parte del movimiento de las caderas. Esta pieza estaba supuesta a bailarse con un sombrero... Pero con jugar con mis cabellos mientras bailaba podría sustituir el elemento bastante bien.

Tocaba ahora deshacerme del brassier y lo hice suavemente hasta dejarlo caer sobre uno de mis pies, para luego patearlo hacia él. Lo atrapó en el aire y nuestras miradas se encontraron. En sus ojos había tanta excitación, como asombro y advertencia. Tenía una de sus manos fuertes alrededor de su miembro mientras se acariciaba toda su longitud suave y lentamente, con ritmo similar al de la pieza que yo tarareaba.

Para poder continuar y no parar por la vergüenza o por las ganas, tenía que olvidarme de él por un rato, así que seguí canturreando y replicando la coreografía al pie de la letra. Manos a la cintura, suave contoneo de caderas, *grand plié*, manos a los muslos y recorrido de las manos lento y provocativo hacia la entrepierna.

Volví a darle la espalda para hacer un movimiento giratorio y muy sensual de las caderas. De un lado al otro y de regreso. Otra vez exageraba la postura para poner las nalgas en total despliegue.

Tocaba volver a la postura erguida, separar las piernas y simular que metía las manos entre mis *panties*... ¿pero para qué simular? Giré de frente a él y deslicé una mano lentamente entre mi ropa interior para tocar mi entrepierna, sin que fuera una sorpresa para mí que estaba totalmente húmeda. Cerré los ojos suavemente, eché la cabeza hacia atrás y solté un largo gemido que no tenía nada que ver con la coreografía, porque la excitación era muy real.

No entendí el gruñido, pero supe que era una orden y supe que quería obedecerlo de inmediato. Me deshice de esa última pieza de ropa y caminé aprisa hacia él. Su ropa interior había desaparecido y pude sentarme directamente sobre su pene, con las rodillas a cada lado de sus caderas.

Yo seguía marcando el ritmo de nuestros movimientos. Sabía que sus manos estaban sobre mis caderas y me halaban hacia él. Pero no me importaba, seguía moviéndome al compás que marcaba mi cuerpo. Me apoyé en sus hombros y el pensamiento de que estaba montándolo hizo que se me acelerara la sangre todavía más. Nunca había tenido preferencias de si terminar encima o debajo, siempre y cuando llegara al orgasmo; no importaba más. Pero esta noche, esta posición me hacía sentir poderosa y quería disfrutarla. El pensamiento hizo que soltara una carcajada y la explosión de luces llegó cuando sentí que Jack me apretaba con fuerza los pezones entre sus labios. La carcajada se convirtió en un grito salvaje y sentí cómo se me estremecía hasta el aura.

Me desconecté de la realidad por un rato y volví a conectar cuando estaba en la cama, entre las sábanas, aún desnuda y con la cabeza apoyada en el pecho de Jack. ¿Me había cargado hasta ahí? No lo sabía, pero tampoco importaba. Sentí su mano acariciarme el cuello y la espalda. Ahora solo quería dormir un rato para recuperar fuerzas y volver a agradecerle meticulosamente los detalles y las molestias de este día, durante toda la noche y todo el día siguiente.

Hay un bebé en el horno

Laura decidió aplazar el anuncio de su embarazo tanto como fuera posible. Veinte semanas quizá ya eran suficientes. La noticia era maravillosa y ella podía afirmar que, a pesar de las circunstancias, ambos estaban felices de ser padres. ¿Asustados? Por supuesto. Pero felices.

Las condiciones eran especiales por su separación. Los padres de ambos estaban enterados de que llevaban varios meses separados y Laura no veía posible que las cosas cambiaran en el corto plazo. Creía que Mauricio la seguía amando, pero había violentado su acuerdo más fundamental.

Él seguía llamándola todas las noches antes de irse a dormir, y la noche anterior volvió a tratar el tema de buscar a alguien que los orientara en cómo llevar un divorcio amigable. La primera vez que Laura lo planteó, más de una semana atrás, podía jurar que había escuchado cómo Mauricio apretaba el teléfono que tenía en las manos.

«¿Te quieres divorciar?», preguntó en tono muy frío, cortante y desesperado.

La primera respuesta que llegó a la mente de Laura fue el refrán «quien siembra viento recoge tempestades», pero trató de mantener la calma para explicarle en detalle lo que quería. Tenían un matrimonio de diez años, en los que con mucho sacrificio fueron acumulando algunos bienes. Hasta ahora, habría sido muy sencillo establecer una separación diciendo esto es tuyo y esto es mío. Pero ya no era así. Ahora tendrían un hijo.

Con esfuerzo logró que él viera las cosas como ella las veía, o eso creía. Pero al menos avanzaron en la conversación sobre esa consulta con el asesor en divorcios. Laura quería estar clara en muchas cosas de las que no tenía ni la más mínima idea. Todas relativas al bienestar de su hijo.

Su hijo. Un varón. De muy pequeña había soñado con tener niñas. Cuatro niñas. Y esa ilusión se la había alimentado el hecho de ser una fanática de las aventuras de las hermanas March. Siendo hija única, todo el drama que

vivían las *Mujercitas* era su entretención principal.

Ahora, felizmente, se veía jugando con soldaditos y pistas de carros. Por ratos se le hacía difícil conectar con la realidad de que en pocos meses iba a ser madre. Solo pensarlo le robaba el aliento.

Laura decidió reunir a los abuelos ese fin de semana, invitarlos a comer a algún lugar el domingo y contarles la noticia. Estaba al teléfono haciendo la reserva en el restaurante cuando vio una versión muy sonriente de su jefe detenerse en la puerta de su oficina. Detrás de él llegaba Larissa también con una sonrisa amplia y contagiosa. Estos dos, estos dos...

Larissa entró y dejó una pequeña bolsa blanca sobre su escritorio, y rápido volvió a pararse al lado de su novio. Laura gesticuló un mudo «gracias», y vio como los dos se dirigían a la oficina del ingeniero. Mientras tanto, Laura seguía en el teléfono, confirmando a la joven del restaurante su nombre y los detalles de la reserva. Domingo, cinco personas, para la una de la tarde. No incluiría a Mauricio, quizá no era justo lo que estaba haciendo, pero no quería dejarle a sus padres y a sus suegros la idea de que «ahora ya todo estaba bien», porque no era así, las cosas no estaban bien.

Abrió la bolsa de papel que había dejado Larissa en su escritorio y sacó una grandiosa porción de *brownie*. Laura se quedó mirando aquella delicia y sintió que se le hacía agua la boca. Antes de comer su postre marcó la extensión de su jefe. Le dio sus mensajes y le recordó su reunión de las tres de la tarde.

Procedió a llamar a su madre y luego a su suegra. Les dijo a ambas más o menos lo mismo, que hacía demasiado que no se veían y que quería que comieran juntos este domingo. No tuvo que presionar a ninguna y la aceptación llegó de manera inmediata. Listo. La reunión para el anuncio estaba dispuesta.

Miró el reloj y supo que disfrutaría de una placentera paz de por lo menos media hora. Las visitas de Larissa los viernes a mitad del día funcionaban de la manera correcta en el humor del ingeniero y ella las agradecía infinitamente. Comenzó a saborear su *brownie* y se perdió en los pensamientos de cómo quería que sucediera el anuncio de su embarazo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Guess who's coming to... stay

Con el paso de las semanas, el *stress* en relación con quien nos veía o quien se enteraba de lo nuestro había ido desapareciendo. Estábamos juntos y felices, y eso era suficiente para mí. Era cuestión de convencerme y dar el paso de presentarlo a mi familia. Estaba segura de que ya alguno nos habría visto juntos o habría oído comentarios. Aunque el tema en la oficina podría ser muy diferente.

Jack no era un hombre de salir mucho pero tampoco nos ocultábamos. Íbamos al cine con cierta frecuencia, preferiblemente días de semana, y así teníamos la sala solo para nosotros que parecía ser su mejor estado. Por lo menos para Jack.

Teníamos también un par de restaurantes favoritos... Pocos, porque para él siempre era mejor opción cocinar algo en la casa. Así que el hecho de que estuviésemos un domingo sentados en una esquina romántica en un restaurante de moda era una rareza.

Tan pronto llegamos, Jack ordenó un tempranillo Vega Sicilia y el mozo se apuró a disponer las copas y buscar el encargo. Nunca habíamos estado en este restaurante un domingo y la vibra se sentía diferente. Había música en vivo y mucho más movimiento, gracias a que familias completas ocupaban varias mesas en el local.

Mientras exploraba el restaurante con la vista, sentí la mirada de Jack en mi cara y volteé a mirarlo. Me confesó que tenía algo que contarme. No me pude contener y le dije: «*Oh, Jesus, are you pregnant?*». La pregunta tonta de si estaba embarazado lo hizo tirar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada bien sonora. Le dije que asumiría mi responsabilidad si tenía que hacerlo, y tratando de parar de reír me advirtió que yo era una tonta.

Me dijo que tenía una amiga desde la secundaria, Arlette, quien estudió Bellas Artes y vivía desde hacía muchos años entre Europa y Australia, donde trabajaba en museos y galerías. Desde hacía algún tiempo era fotógrafa para

revistas muy reconocidas. Se dedicaba a viajar por el mundo, y en pocas semanas estaría en el Caribe. Jack le insistió para que viniera a la República Dominicana, y ella aceptó. Lo más importante del discurso era que él la estaría hospedando en su apartamento.

El sonido que yo escuché en mi cabeza era idéntico al chirrido que hacían los discos de pasta rallados. No lograba procesar la información y sentía que estaba próxima a un ataque de histeria. Para empeorar todo vi cómo Jack se ponía de pie para saludar a alguien que llegó hasta nuestra mesa. Era una figura borrosa y distorsionada que ahora me estaba dando un apretón de manos. No había bebido ni una gota de alcohol aún, pero me sentía muy aturdida y desorientada. Con razón Otelo decía que los celos son el monstruo de ojos verdes que se burla de la carne de la que se alimenta. ¡Dios! ¿Desde cuándo yo podía citar a Shakespeare?

Respiré profundo para tratar de calmarme y convencerme de que escuché mal. Fijé la mirada en la puerta porque, si comenzaba a hiperventilar, posiblemente tendría que salir del restaurante. Entonces vi a Laura Méndez entrar junto a una pareja mayor. Definitivamente sus padres. Ella era el vivo retrato de la señora, pero alcanzando la estatura del señor.

Mientras la *host* los dirigía a su mesa llegó otra pareja de señores, quizá un poco mayores que los padres de Laura y se dirigieron hacia ellos. Luego de los calurosos saludos, todos se acomodaron en la misma mesa.

El conocido de Jack ahora se estaba despidiendo. Me tocó el hombro y logré sonreírle. No lo conocía y no creía haber visto nunca esa cara, o por lo menos el *shock* no me dejaba recordarlo.

Cuando Jack iba a volver a sentarse, el grupo recién llegado atrajo su atención y con una amplia sonrisa levantó la mano en señal de saludo. Laura hizo un ademán pidiendo que nos acercáramos y Jack me extendió la mano para que me pusiera de pie junto a él. No sabía si las piernas me iban a funcionar, pero hice el intento.

Laura presentó a Jack a sus padres y a sus suegros, y él se ocupó de presentarme como su novia. Ah pues sí. Sí se acordaba de que tenía novia. Invitaba a otras mujeres a quedarse en su casa... Pero tenía pendiente que tenía novia.

Después de saludar al animado grupo, regresamos a nuestra mesa y

encontramos al camarero listo para tomar nuestra orden. Como el sitio se iba tornando cada vez más activo, lo mejor era ordenar en ese momento, o terminaríamos saliendo del restaurante a las seis de la tarde. Ordené una ensalada capressa porque no sabía si podría comer algo y escuché a Jack pedir varias cosas.

Cuando el mesero se retiró, Jack comentó en tono de burla que volviéramos al tema de Arlette. Le hice señas con una mano para que parara de hablar. Tomé tres grandes tragos de mi copa de vino. Volví a explorar el rededor y vi que en la mesa de Laura había una gran algarabía. Todos la abrazaban y ella parecía estar muy emocionada, con lágrimas en los ojos. Eso debía significar una sola cosa y me alegré, solo un poquito, del lío que se le vendría a Jack encima buscando quien cubriera esa licencia de maternidad.

Respiré profundo y entonces le indiqué que procediera. Afirmó que Arlette era su amiga desde que tenían doce años. Nunca hubo una relación romántica entre ellos y nunca la habría. Se hospedaría con él por cinco noches, pero traería un programa de actividades. A algunas de ellas quizá podríamos acompañarla, y otras solo la esperaríamos a que regresara. Sabía que ya mis padres habrían vuelto para entonces, pero aun así quería que yo pasara esas cinco noches en su apartamento.

Mientras conversábamos llegaron unas entradas. Jack había ordenado carpaccio de salmón y unos rollitos vietnamitas con salsa de maní. No sabía qué tan hambrienta estaba hasta que tuve esos platos tan atractivos frente a mí. Comimos en silencio, solo haciendo algunos comentarios de la calidad de la comida, y lo deliciosa que era la combinación de sabores. Así pasamos al plato principal y nos bebimos casi toda la botella de vino. Lo que implicaba que me lo bebí yo, porque Jack nunca rompía su regla de una sola copa si estaba conduciendo.

La bruma comenzó a aclararse un poco. Solo un poquito todavía. El monstruo comenzó a perder fuerza y a doblegarse. Y ahora ya podía hacer respiraciones completas. Jack me miraba divertido y yo la verdad no le veía ninguna gracia a la situación. Y se lo dije.

Contestó que sí, que, por supuesto que era divertido verme perder los estribos sin ningún motivo y luego caminar solita hacia la razón, reconociendo

la relación adulta que teníamos. Que él no tenía nada que ocultar y que yo lo sabía.

Era cierto. Pero no quería admitirlo en voz alta. No ahora. Entendía que él había planteado la situación de la manera honesta y adulta en que siempre se comportaba. Aunque la información me hubiese caído como un balde de agua fría, Jack no era un hombre de rodeos. Fijé la mirada en la puerta otra vez, ya no para huir, sino principalmente para evitar mirarlo a la cara y evitar sus ojos burlones.

Entró otra pareja al restaurante. Se quedaron parados en la puerta unos segundos hasta poder acostumbrarse al cambio de luz. Ambos se veían muy elegantes y arreglados, como modelos de portada de revista, ¡cada quien con cada cual! Jack y yo estábamos en *jeans*, yo de minifalda y el de pantalón, *t-shirts* y alpargatas.

Me di cuenta en el momento exacto en que Jack reconoció a la pareja en la puerta, ya que la palabrota no se hizo esperar. Me alarmé, intenté preguntar, pero noté que los seguía con la mirada y estaba totalmente alerta.

Desde nuestra mesa vimos como ocurrió todo. La pareja GQ se adentró al restaurante siguiendo a la *host* que los dirigía a una mesa. Al llegar justo al lado de la mesa donde estaba reunida la familia de Laura, el joven GQ paró en seco y trató de darse la vuelta apresuradamente para salir del restaurante, pero el padre y el suegro de Laura se pusieron de pie como resortes, le bloquearon el camino y comenzaron a gritarles a él y a la señorita Vogue que lo acompañaba.

Laura miraba toda la escena frente a ella y parecía no dar crédito a sus ojos. Su madre y su suegra la rodearon en actitud protectora, y fue ahí cuando el padre de Laura le soltó tremenda bofetada al joven GQ. *Host*, meseros, seguridad... Todo el mundo corrió a intervenir antes de que las cosas llegaran a peores. La señorita Vogue se dio la vuelta y huyó apresuradamente de la escena mientras Laura se ponía de pie con una tranquilidad pasmosa.

Recogió su cartera y ni siquiera miró al joven GQ. Como si fuera transparente o no existiera. Las señoras mayores se pusieron de pie también y muy apresuradas recogieron sus carteras. Mientras ellas salían del restaurante, ellos seguían discutiendo acaloradamente. El suegro de Laura obligó al joven GQ a sentarse y le estaba dando una reprimenda que hacía evidente que... ¡era

su papá!

Exclamé una de mis propias palabrotas y miré a Jack, quien ahora me miraba con una ceja alzada. Pregunté si ese era el esposo de Laura y él lo confirmó asintiendo con la cabeza. Ahora que Laura se había marchado del restaurante, Jack estaba mucho más relajado.

Los tres hombres se sentaron alrededor de la mesa. Guardando suficiente distancia entre ellos, y con los meseros y la seguridad a una distancia prudente... Por si acaso. El esposo de Laura agarraba la cabeza entre sus manos en actitud de derrota, mientras los señores mayores no paraban de hablar.

Jack pidió la cuenta y me informó de que nos tomaríamos el postre en otra parte. Estuve de acuerdo pues yo también quería salir de ahí tan pronto como fuera posible. No podía considerar a Laura una amiga, pero la valoraba muchísimo. Era una mujer hermosa, inteligente, perspicaz y divertida. Además, se había convertido en una aliada de mi relación con Jack.

Había hecho una costumbre lo de liberarle espacio para que se fuera a la casa más temprano, evitaba agendar cosas importantes para los sábados, de manera que quedara a opción de él presentarse o no en la oficina y nos hacía una excelente selección de restaurantes cuando Jack le solicitaba ayuda para reservaciones. Me apenaba esta situación, cuando su vida debía ser pura felicidad y nada más.

Cuando nos subimos al Mercedes le comenté a Jack cómo me entristecía todo esto y me gustó mucho su respuesta: «*She'll come out stronger and wiser*», que al pasar esto ella terminaría siendo más fuerte y más sabia. Y así sería.

La imagen de la inocencia

La experiencia de vivir juntos fue corta, muy corta pero maravillosa. El día que mis padres regresaban de sus vacaciones no pudimos separarnos el uno del otro y acaricié la idea de pedirle que me acompañara al aeropuerto a recogerlos. Pero al final no me atreví. Dejar su casa fue muy tormentoso, aunque dejé todas mis cosas allá, por lo que era difícil pensar que no estaba perfectamente instalada.

Cuando ya había regresado a mi casa, reestablecimos nuestra vieja rutina de «*semi-live-in-girlfriend*». Y me quedaba prácticamente todos los fines de semana y más de una noche en la semana. Los proyectos de consultoría en las provincias eran la explicación perfecta, pero igual muchas noches ni siquiera daba una explicación.

Hoy, lunes por la noche, hacíamos juntos el viaje al supermercado. Sin falla, cada semana, nos encontrábamos a algún conocido, y en esta ocasión era la gerente administrativa de Carthis & Co, Gisselle Peña.

Gisselle era una señora de treinta y cuatro años, madre de tres y esencialmente taciturna y malhumorada. Aun trabajando en un ambiente tan alegre y jovial como era nuestra oficina, no lográbamos que se integrara y formara parte del equipo, y muy por el contrario propiciaba su propio aislamiento.

Visto que nos encontramos en un pasillo, de frente, no había manera de pretender que no la había visto. Procedí a presentarle a «Jack, mi novio» sin dar detalles de su apellido. Gisselle manejaba todos los aspectos administrativos de nuestros proyectos, por lo que, por supuesto reconocería el nombre de este contacto, si yo se lo hubiese dado.

Gisselle me miró sorprendida y admitió que no sabía que yo tuviese novio. Le dijo a Jack que era un gran placer conocerlo y que esperaba que en alguna ocasión yo lo llevara a conocer nuestras oficinas. Y esto lo decía la misma persona que había impuesto una prohibición de recibir visitas

personales en las áreas de trabajo, dejando solo el *lobby* como espacio autorizado. ¡Cuánta coherencia!

Decidí ignorar el comentario, despedirme y continuar con nuestra compra. Jack me leía muy fácilmente, por lo que no tuve que dar muchas explicaciones. En adición a eso, ya había escuchado múltiples historias de mis diferencias con esta señora. Yo no me consideraba una persona difícil ni volátil, pero Gisselle Peña tenía una aterradora habilidad de sacarme de mis casillas.

La compra de esta semana no era la compra regular, en dos días estaría llegando al país Arlette Moore y debíamos contemplar desayunos y almuerzos para los días que se quedara en la casa. Si lo hacía.

Según un correo electrónico que me mostró Jack, Arlette venía con una agenda apretada. Había coordinado para trabajar con un equipo de producción dominicano que la acompañaría a diferentes destinos del país para tomar sus fotos. Primero estaría en la Bahía de Ocoa, luego en Bahía de las Águilas y posiblemente planificaría otro viaje para conocer otros lugares.

Llegaría el miércoles a las cinco de la tarde y Jack contrataría a alguien para recogerla en el aeropuerto y llevarla hasta su apartamento. Estaríamos esperando que llegara alrededor de las siete de la noche, por lo que tendríamos ya la cena lista, contando que viajando desde Europa era muy posible que quisiera recostarse temprano.

Me intrigaba mucho Arlette y con lo poco que sabía de ella ya estaba emocionada por la anticipación de conocerla. Vivía por temporadas en diferentes lugares, Austria, Portugal, Nueva Zelanda y Camboya. Trabajaba para diferentes publicaciones alrededor del mundo y ya había recibido varios premios por sus fotografías.

Originalmente era de San Francisco, California, pero sus padres se mudaron a Atlanta cuando ella cumplió los trece años. Eran vecinos de Jack y su familia, y fueron a la misma escuela secundaria. Desde entonces eran grandes amigos. Cuando ella había dejado los Estados Unidos para irse a vivir a Europa habían hecho lo posible por mantenerse en contacto, y aun lo hacían.

La selección de los platos que preparó Jack para la cena también hablaba de los gustos de ella. Cortes de carne preparados a la parrilla, arroz negro, rodajas de embutidos y algunos vegetales mucho más condimentados

que como regularmente los preparaba.

En esta ocasión la selección de bebidas también era diferente. Para nosotros un Burdeos Saint-Julien y para ella, un whisky de malta escocés Glen Glant 18 años. Definitivamente, una mujer interesante.

Su esperada llegada se dio a las siete treinta de la noche. Al abrir la puerta, Jack recibió el impacto de un cuerpo que se trepó sobre él, justo como vio hacer a Paul unos meses antes. La diferencia era que esta era una mujer, adulta y no exactamente pequeña. Todas las expectativas que yo tenía de su llegada fueron tragadas por el monstruo verde que había controlado semanas atrás.

Me di cuenta de que tenía el pelo tanto o más corto que yo, por lo que se me haría difícil halarla por los moños para que dejara a mi novio en paz. Las risas de ambos amortiguaban el ruido del crujir de mis dientes y a eso ahora se sumaba un sonoro beso que ella estaba estampando en la mejilla de Jack.

Las palabras salían de su boca a la velocidad de la luz, y la verdad es que no entendía ni la mitad de lo que decía. Cuando Jack pudo decir algo, le informó a Arlette que mejor se bajara para que yo no los derribara. Fue hasta entonces que ella reparó en que había alguien más en la escena.

«Oh Lord, Larissa, I'm sorry!», decía mientras volvía a apoyar sus pies en el piso. Se disculpaba por su excesivo entusiasmo. Ahora descargada su mochila al piso y me abrazaba. «Amo a tu hombre con todo mi corazón». ¿De esa forma trataba de hacer las paces conmigo?, ¿declarándome su amor por Jack? ¡Qué personaje! Me tomó la cara entre sus manos para mirarme intensamente a los ojos. En unos pocos segundos su escrutinio se fue haciendo incómodo, mientras su mirada se hacía más seria.

Sin soltarme la cara, dirigió su mirada a Jack. «Es una joya, amigo. Quizá muy inocente para ti, pero ciertamente es la paz que andabas buscando».

Todo el rostro de Jack se tornó rojo carmesí mientras le pedía a Arlette que me soltara la cara porque me estaba asustando. Recogimos su equipaje, que constaba de un total de tres maletas y dos bolsos, y las llevamos hasta la segunda habitación, la que normalmente nombrábamos la habitación de Paul.

Arlette era una mujer de estatura media. Ni baja como yo ni alta como

Jack. Tenía rasgos asiáticos, como sus ojos pequeños y rasgados y el pelo lacio y abundante, pero también tenía la piel oscura y los ojos de un color mezclado entre dorado y verde.

Su corte de pelo podía haber sido el tradicional *pixie cut*, pero ella lo llevaba con la parte frontal muy corta, lo que debería darle un aspecto masculino a su rostro, pero su cara era tan bien proporcionada que lograba un efecto genial. Debía tener la misma edad de Jack, pero al igual que él, se veía mucho más joven. Ella ni siquiera aparentaba haber llegado a los cuarenta.

La noche fue realmente amena y divertida. Después del primer episodio de celos por el despliegue de cariño, las cosas se mantuvieron bajo control. Arlette era una mezcla entre la exuberancia y el misticismo; pero también lucía ser una mujer sumamente práctica, que no se ataba a nada y vivía en los lugares por temporadas según le fuera más conveniente.

Después de la deliciosa cena que nos preparó Jack, nos sentamos en la sala mientras Arlette revisaba las condiciones de su equipo. El tránsito por los aeropuertos era el peor enemigo de ese tipo de instrumentos. Tenía dos maletas acolchadas repletas de lentes y accesorios, más la mochila en la que cargaba su cámara profesional. Sacó la cámara y nos hizo varias fotos candidas. Me fijé que la botella de whisky podía aplicar para un problema de física de Movimiento Uniformemente Variado... Su contenido bajaba a velocidad constante sin detenerse y en un par de horas se había consumido un poco más de la mitad.

Arlette me tomó de la mano y me ubicó en un lugar junto a la ventana. «Quiero guardar esta imagen tuya», me dijo mientras me indicaba cómo colocarme. Jack parecía un poco ansioso y estaba de pie justo detrás de Arlette, como si estuviera tratando de ver lo mismo que ella veía. «Mira al lente y dame una sonrisa. —Hice lo que me dijo sonriéndole—. Dame una sonrisa real. Recuerda la última vez que este hombre te hizo ver estrellas. —Y el recuerdo no muy lejano vino de inmediato a mi mente, junto a toda la excitación por lo que había pasado—. Ahora sí, eso es una sonrisa».

Se acercó a mí para tocarme la cara. Rodó su pulgar muy lentamente por mi mejilla y mis labios e hizo el intento de introducir el dedo entre mis labios, pero no la dejé. «Arlette». El tono en la voz de Jack era de advertencia, por lo que ella retiró la mano y dio un par de pasos hacia atrás.

Luego de tomar varias fotos más, giró hacia Jack para decirle: «El viernes, cuando regrese de Bahía de las Águilas..., o quizá el sábado a la luz del día..., puedo hacerle una sesión *boudoir* si quieres». La respuesta de Jack fue rápida y directa: «No». Arlette solo se encogió de hombros y comenzó a recoger sus equipos. Mientras, yo seguía sin saber de qué hablaban.

Cuando había pasado la medianoche Jack nos recordó que ya era hora de acostarnos. Arlette saldría al día siguiente hacia la zona suroeste y posiblemente no regresara hasta un día después. Jack le había facilitado un teléfono celular que nos permitiría mantenernos comunicados con ella mientras anduviera con su equipo de producción.

Cuando ya estábamos en la cama bombardeé a Jack con preguntas sobre Arlette. Susurrábamos aun sabiendo que no era posible que pudiera escucharnos en la habitación de al lado... Pero por si acaso. Arlette era una mujer muy interesante y sin embargo estaba sola ¿por qué? Comenzó a jugar con el tirante de mi pijama y su respuesta fue que sí, ambas cosas eran hechos y a la vez no tenían nada que ver uno con el otro; porque las cualidades de una mujer no las define la condición de que tenga una pareja o no. Me sorprendió su respuesta y me quedé mirando fijamente al techo. Esa reflexión me hacía ver que Jack tenía *insights* más feministas que yo misma.

¿Era Arlette alcohólica? Dijo que eso no sabría contestarlo. Siempre le habían gustado los destilados fuertes y en su juventud bebieron juntos, pero esta noche la vio consumir mucho más que hace unos seis años cuando se vieron la última vez.

¿Qué era una sesión *boudoir*? Antes de contestar él se pasó la mano por el rostro con un poco de frustración. Una sesión de fotos íntimas, me dijo, y abrí los ojos como dos platos ¿Porno? No, no porno. Solo eróticas. Que estaban supuestas a ser de consumo exclusivo de la mujer modelo y su pareja... Pero en demasiadas ocasiones terminaban en otras manos. Hmm, ya entendía su radical negativa.

¿Por qué estaba incómodo cuando ella me tomaba fotos? Giró hacia mí y atrajo mi cadera hacia su cuerpo, fijando su mano con fuerza en mis nalgas. Sencillo, dijo, estaba claro que yo le gustaba a Arlette. Él sabría defender nuestra relación frente a un hombre interesado en mí, pero frente a una mujer no tenía idea de qué hacer. Ahora se me desencajaba la mandíbula de la

sorpresa. ¿Arlette era lesbiana? Dijo que sabía que había tenido largas relaciones sentimentales con hombres y con mujeres también. Le expliqué que no tendría que defender nuestra relación de nadie, yo estaba con él porque lo quería, y ningún hombre o mujer podría intervenir en eso. Se rio con un poco de cinismo y afirmó que eso lo sabía.

¿Alguna vez tuvo sexo con ella o habían retozado de alguna manera quizá? Me había dicho que no antes y parecía que yo lo había olvidado, por tanto, me repetía que no. Posiblemente ahora no se me olvidaría. Lo miré con cara de tonta por un rato y dejé que mis dedos se deslizaran por sus mejillas.

Siguió hablando mientras me besaba los dedos. Creía que, tal vez, no podía asegurarlo, pero tal vez se acostaba con su hermano Gerry cuando iban a la secundaria. Se rio del alboroto mudo que hice y de mi cara de chismosa muy interesada. Cuando Arlette y Jack estaban en el penúltimo año de la secundaria, Gerry estaba en su primer año de la universidad y solo iba a la casa los fines de semana. Un viernes en la tarde, Jack había llegado de la biblioteca y entró a la habitación que compartía con su hermano. Arlette estaba dormida sobre la cama de Gerry aparentemente desnuda bajo las sábanas.

Jack salió despavorido de su habitación y encontró a Gerry en la cocina. Gerry entró en pánico y estuvo muy nervioso preguntando si hacía rato que había llegado y si había entrado en la habitación. Jack le dijo que acababa de llegar a la casa y vio como Gerry huía de la cocina. No sabía cómo ni por dónde salió Arlette, pero no dejó ningún rastro en la casa.

¡Wau! ¿Y volvió a verlos juntos? Nunca más, no había pasado nada o no habían continuado o no se habían vuelto a descuidar, pero ciertamente no volvió a ver señales de que tuvieran una relación.

¿Por qué se marchó a Europa? Cuando ella salió hacia Europa ya él estaba casado y tenía las niñas. Se le hacía mucho más difícil pasar tiempo de calidad con ella y no sabía si algo o alguien la hizo tomar la decisión. Su respuesta siempre fue que había llegado su hora de desplegar las alas y volar. Pero creía que había sido bueno. Arlette floreció como mujer y como artista. Dejar la casa de los padres, la familia y el país eran pasos muy firmes para el crecimiento.

Y con intensidad o no, Jack me hizo ver que yo no había dado ninguno de esos pasos.

Definitivamente inocente

Ese sábado desperté con el cansancio acumulado de toda la semana de trabajo y las largas noches de actividades por la visita de Arlette. Me dolía la cabeza y me sentía decaída. Sabía que en la cocina estaba Casilda porque Jack le pidió que viniera, y ella se estaría haciendo cargo del desayuno para Jack y Arlette. Mi semana de trabajo fue muy intensa. Villaflor se había convertido en dos proyectos, a los que sumaba la carga de trabajo de Seasons y un proyecto nuevo, pero pequeño, en la ciudad de La Vega.

La semana anterior había conversado con Michael sobre la situación en Villaflor y habíamos acordado que enviaría por escrito un reporte a Martha Presto que diera las alertas de las discrepancias de estadísticas y de los montos de producción, empaque y exportación. Era nuestra responsabilidad informar por escrito que, en buen dominicano, había gato entre macuto.

Decidí levantarme y entrar en contacto con la civilización. Me di una larga ducha caliente y salí de la habitación justo cuando Casilda ponía el desayuno, pero solo para mí. Me dio el mensaje de que Jack recibió una llamada de la oficina y había salido. Estaría de regreso para el almuerzo. Mientras que Arlette había tomado un taxi para reunirse con su *crew* a las diez de la mañana en el estacionamiento de una conocida plaza, y de ahí partir hacia Bayahibe. Eligieron ese destino para mantenerse cerca de la capital y posiblemente poder hacer algunas ediciones esa misma noche.

Partiría el lunes hacia su próximo destino, que era el Parque Nacional Cahuita en Costa Rica, donde concluiría un ambicioso proyecto para una prestigiosa revista norteamericana. Sabía que el par de noches que restaban de su visita serían largas, aunque siempre eran interesantes.

Agradecí la inesperada soledad y decidí sentarme a escribir mis reportes de Villaflor. Revisé las notas que redacté en mi sesión de trabajo con Michael e hice el recuento de los hechos, lo que mostraban los manifiestos del último año, los reportes de producción y empaque de los últimos dieciocho

meses en unidades, libras y quintales y, sin especulaciones, logré una descripción de las diferencias en la producción, en los volúmenes de exportación y los volúmenes de ventas locales.

Haciendo el cuento corto, lo que decían todos estos números era que aquello que supuestamente estaban exportando, en realidad se estaba vendiendo en el mercado local. Estaban enviando los furgones a los Estados Unidos prácticamente vacíos. Bueno, más exactamente a un sesenta por ciento de su capacidad. Pero lo más extraño de todo era que no hubo discrepancias en los pagos de los clientes. Todas las recepciones se habían hecho conformes. ¿Quién pagaba mercancía que no estaba recibiendo? ¿Era un fraude? ¿Pero cómo podía haber un fraude en los dos extremos? Dejé esas y otras preguntas planteadas en el reporte. Salvé el documento en mi *laptop* y envié copias por el correo electrónico a Michael y a Martha Presto.

Me quedé dormida sobre el escritorio hasta el mediodía que Jack regresó a la casa. Cuando me despertó, yo misma me sorprendí de dónde y cómo me dormí. Estaba realmente agotada y Jack comenzó a preocuparse. «¿Te sientes tan enferma?», me preguntó. Le contesté que en realidad sí y muy muy cansada, y comenzamos a sospechar de un proceso gripal.

Y resultó ser la peor gripe que me había dado en años. Los últimos dos días de la visita de Arlette apenas la vi porque sencillamente no podía con mi alma. Congestión, fiebre, dolor de cabeza, tos seca, dolor en el cuerpo... El síntoma que se le pueda ocurrir, ¡ese lo tenía yo!

El domingo en la noche, que estaba supuesta a regresar a mi casa, Jack no me dejó salir de la cama y eso nos generó una discusión. Iba a llamar él mismo a mis padres y les diría que estaba en cama..., en *su* cama y que no iba a pararme de ahí. ¡Estaba loco! No era la mejor manera de enterar a mis padres. Accedí a hablarles para decirles que todavía no regresaría a la casa, sino hasta el lunes.

Lunes y martes no pude pararme a trabajar. Traté de mantenerme al día con algunas cosas a través de correos electrónicos y alguna que otra llamada a la oficina. Mi mamá se instaló en mi habitación en sus horas libres y aprovechó mis escasos momentos de lucidez para hacer alguno que otro comentario sobre mi esporádica presencia en la casa, lo ocupada que estaba, mis constantes viajes a las provincias y lo poco que sabían de mi vida en los

últimos seis meses.

Estuve cerca de caer en la tentación y contarle todo. Que conocí a un hombre maravilloso, que estaba realmente enamorada por primera vez, que no iba a poder darle nietos, pero que ella debía entender que eso no era lo más importante, sino que yo fuera feliz. Pero no dije nada, solo le sonreía y le decía que la quería.

Sin embargo, cuando José Pedro entró a mi habitación, tarde y con un tecito caliente, lo tomé desprevenido al decirle: «Quiero que sepas que estoy feliz», y vi como sus ojos se llenaron de ilusión al contestarme: «Lo sé. Te veo, poco, pero te veo. Pareces llena de energía, estás contenta, estás sana..., excepto por esta horrible gripe —dijo tratando de ocultar una sonrisa—. Así que sé que estás feliz..., por eso tu mamá y yo estamos tranquilos. Te vemos feliz».

El hecho de que José Pedro fuese psicólogo siempre ayudaba mucho en nuestra relación. Para mí no era fácil hablar de mis sentimientos, pero con él no eran necesarios largos discursos. Pocas palabras, pero siempre precisas era su fórmula perfecta. Esa noche a pesar de estar convencida de que estaba muriendo de gripe, me dormí con una sonrisa en los labios.

El miércoles por fin tuve las fuerzas para pararme de la cama, pero todavía no estaba segura de poder salir de la casa. A las siete de la mañana recibí el primer mensaje de texto de Jack:

[Llevo una semana sin verte].

[Buenos días. También te extraño, pero nos vimos el lunes en la mañana, cuando salí de tu apartamento].

[No quiero dormir sin ti hoy. Si no quieres que vaya yo mismo, puedo enviar a alguien a recogerte].

[Veo que estás muy atento a mis necesidades].

[Tú tampoco quieres dormir sin mí].

[No quieres que te contagie].

[Yo nunca me enfermo].

[¿En serio? ¿Eres Superman?]

[Nunca nos has visto a los dos en la misma habitación].

Evidentemente era un payaso. Trató de persuadirme de todas las maneras posibles, pero salí por mi cuenta de mi casa. Me levanté hidratada y descansada, pero, como no hay dos sin tres, mis ropas me quedaban enormes. ¡Toda la felicidad de un golpe! Le escribí un mensaje de texto cuando ya en el tránsito hacia mi oficina:

[*¡En pie! ¡A trabajar finalmente!*]

[*Ven a Seasons*]

[*En mi hora de almuerzo*].

Pero a la hora del almuerzo no pude moverme de mi escritorio. Cuando llegué en la mañana encontré a todo el personal reunido en la oficina de Michael. Todos parecían alegres de verme de regreso y no faltó el comentario sobre lo demacrada que estaba o sobre todo el peso que había perdido... Pero al punto... El motivo de la reunión era la visita al país de Marcia Amaranto. Sí, Amaranto. Como en Carthis-Amaranto & Co.

Marcia era una española que emigró al Reino Unido para estudiar en la universidad de Oxford. Luego de trabajar diez años en Accenture, una de las firmas de consultoría más importantes del mundo, se lanzó junto a su socio, Jeremy Carthis, al establecimiento de su propia firma. Veinte años después, esta firma también tenía presencia alrededor del mundo y nosotros éramos una de sus oficinas más activas en Latinoamérica.

Su visita era muy trascendental por aquello de que el ojo del amo engorda el caballo. Su última visita a República Dominicana fue cinco años atrás cuando Michael fue nombrado *country manager*. Yo no la conocía personalmente, pero había escuchado todas las historias de su visita anterior.

Estaría en el país tres días de la próxima semana y Michael estaba sugiriendo hacer un coctel con los principales clientes para que la conocieran y que ella pudiera socializar. Indira Mesa, la consultora especialista en planificación y mercadeo, dijo que entendía que la semana próxima era muy pronto para montar un coctel, por lo que sugería que nos manejáramos a nivel de notas de prensa. Anunciar su visita, preparar algo más íntimo, quizá ocho o diez clientes en una cena, tomar todas las fotos posibles y hacer publicaciones de la velada.

Michael aceptó la idea de inmediato y pidió que creáramos la lista de

invitados en esa misma reunión. Camila Ureña, la asistente de consultoría de planificación y mercadeo, se dispuso a tomar notas de inmediato. Era evidente ya quienes iban a organizar este evento. Michael nos fue mirando a cada uno, y esperando sugerencias para la lista de invitados. Cada uno propuso al ejecutivo o ejecutiva principal de su proyecto más importante. Mi lista era obvia: Jackson Seller y Martha Presto.

Las invitaciones serían enviadas al día siguiente, Camila se encargaría de llamar a cada uno de ellos o en su defecto a sus asistentes para confirmar recepción, reiterar la invitación y hablarles un poco de quien era Marcia Amaranto.

«¡El libro!», exclamó Rafa Durán, otro de nuestros consultores. Él y Michael hicieron el gesto de *high five* para celebrar su idea. Marcia escribió un libro de gerencia estratégica dos años atrás y decidieron acompañar cada invitación con un ejemplar. La fecha del evento se dispuso para el jueves de la semana próxima, tomando en cuenta que Marcia estaría en Santo Domingo de miércoles a sábado.

Al terminar la reunión corrí directa a mi escritorio. Luego de una semana fuera tenía una montaña de pendientes. Cuando finalmente me levanté de mi escritorio eran las dos de la tarde y no había almorzado. Encontré cuatro mensajes de texto de Jack en mi celular, y ya no sonaba muy contento. Salí volando de la oficina.

Llamé a Jack cuando iba saliendo del estacionamiento para decirle que iba en camino y toda la respuesta que obtuve fue un gruñido. Entré a Seasons, saludé rápidamente a Raquel y seguí directo hasta la oficina de Laura. Paré en seco en la puerta cuando vi que estaba de pie junto a su escritorio. Su embarazo no era nuevo... y era evidente de repente. Tendría por lo menos seis meses.

«Es varón y se llamará Matteo», dijo con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro al darse cuenta de la sorpresa que no pude disimular.

«Felicidades —le dije caminando hacia ella y vi como abría los brazos para recibir el abrazo que intuyó que quería darle—. Estoy feliz por ti», le dije mientras la abrazaba.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas y me confesó que estaba entrando esta semana en el último trimestre y que ahora lloraba cada diez

minutos. Me entregó unas bolsas de comida y me apuró a salir de su oficina. «Apúrate. Está muerto de hambre esperándote».

«¿Ya comiste? ¿Nos quieres acompañar?», le pregunté mientras salía.

«¡Hija! Si espero hasta esta hora para comer, me desmayo». Se rio mientras se acariciaba el vientre.

Entré a la oficina de Jack y lo encontré sentado detrás de su escritorio frente a su *laptop*, con sus lentes de leer puestos. Caminé apresurada hacia él para besarlo y le susurré: «¿viste que tantísimo embarazada está Laura?».

Y su respuesta fue muy llana: «En este instante solo puedo pensar en comida y en lo delgada que te ves. Aliméntate y aliméntame y luego entretente con los chismes». Lo corté con la mirada y saqué los recipientes sobre su escritorio, donde ya había unos manteles individuales colocados.

Pescado y vegetales a la parrilla fue el menú. Mi apetito normal no había regresado aún pero realmente todo estaba delicioso. Comí apresurada porque debía llegar a Villaflores en media hora. Cuando iba a salir volví a besarlo, pero esta vez me agarró una muñeca para decirme: «Vas a quedarte esta noche». No era una pregunta ni una invitación. Era un decreto. ¿Un miércoles? «Sí». Le contesté. Ya me las arreglaría.

En el camino llamé a mi mamá para contarle que ya me sentía muy bien y que no dormiría en la casa esa noche. Escuché su suspiro y me dijo que ella y José Pedro saldrían al cine y pensaron que quizá quería acompañarlos. ¿Mis padres al cine un miércoles? Eso se les habría contagiado de Jack. Prometí que la próxima vez y la oí suspirar otra vez.

La reunión de hoy estaba programada desde hacía un par de semanas. Estarían los tres ejecutivos, Martha, su esposo Miguel y Don Arnaldo, su padre; Claudio y Tirso, los dos ingenieros de producción y almacenes, y Teresa, la encargada de planificación.

Don Arnaldo estaba retrasado, por lo que iniciamos sin él. A las cinco de la tarde fue evidente que ya no se presentaría. Pero para nuestra sorpresa, quienes sí se presentaron, casi una hora después, fueron dos fiscales, cinco oficiales adscritos al Departamento de Migración y dos agentes del control de aduanas de los Estados Unidos. Anunciaron que estaban haciendo un allanamiento y que nadie debía moverse de su lugar.

En el alboroto inicial creí que sería un atraco o un secuestro, ya que no creía que dijese la verdad acerca de quienes eran. Pensaba que los chalecos eran falsos, aunque sabía que las armas no. Los que estaban identificados como ICE era evidente que eran extranjeros. Uno caucásico y el otro afroamericano, pero ellos no participaban de la operación. Solo observaban.

Estaban recogiendo *laptops*, archivos, expedientes, mochilas y carteras; en fin, todas las pertenencias de los presentes. Martha fue la primera en salir del estado de *shock*. Su reacción no nos dejó en buena posición. Se levantó gritando y ordenando que dejaran todo eso donde estaba, que no tenían derecho a tocar nada y que les ordenaba que salieran inmediatamente de su oficina y de su edificio.

La única mujer del grupo se acercó a ella en actitud agresiva. Era una mujer con muy mala apariencia, ropa desgastada y arrugada, nada de maquillaje y el pelo muy grasoso recogido en una cola de caballo. Le entregó de forma violenta los papeles que había traído. «Esta es una orden de allanamiento con la fuerza pública y esto es una orden de arresto contra Martha Presto, Arnaldo Presto y Miguel Suero». Con eso, Martha cerró la boca y fijó su mirada en los documentos.

Sin embargo, nos estaban deteniendo a todos. Nos esposaron las manos, nos separaron a los hombres de las mujeres y nos condujeron a diferentes vehículos. Teresa aún no salía del *shock* y posiblemente yo tampoco. Nuestro traslado tomó demasiado tiempo, pues en el mismo vehículo fueron montando lo que yo entendía que habían recogido como la evidencia del caso: archivos, cajas, bultos, de todo.

Cuando los agentes finalmente subieron al vehículo, mis primeras palabras fueron para preguntar por mi cartera, pero nadie me contestó. Ahí estaba mi celular. Tenía que avisar a Jack de que estaba detenida. Y a Michael. Quizá a José Pedro, no estaba segura. En las películas permitían una sola llamada, yo necesitaba un mínimo de dos.

Llegamos a la estación de policías pasadas las ocho de la noche, habiendo atravesado buena parte del tránsito de la ciudad. No sabíamos si Miguel y los ingenieros estaban en la misma estación o los habrían llevado a otro lugar. Seguimos a la fiscal hasta lo que pretendía ser una salita, con unos sofás muy sucios, poca iluminación y un fuerte olor a orina mezclado con

cloro.

En uno de los sofás estaba dormido un policía con la camisa y los pantalones abiertos. Dentro del alboroto alguien se encargó de despertarlo y salió rápidamente de la sala, donde poco tiempo después nos quedamos solo nosotras tres. La primera en romper en llanto fue Teresa. Martha y yo quisimos calmarla, repitiendo el consabido discurso de que con llorar no íbamos a resolver nada.

Y así estuvimos tratando de mantenernos en calma hasta que pasadas las diez de la noche llegó a la sala uno de los policías adscritos a migración. Se presentó como el mayor García e hizo el recuento de los cargos que pesaban contra Martha, su esposo, su padre y los socios de la empresa: violación a la seguridad fronteriza, tráfico ilícito de migrantes y trata de personas.

El servicio de inmigración y control de aduanas de los Estados Unidos detectó anomalías en la carga de Villaflor. Dentro de uno de los furgones que habían recibido cuatro días antes en el puerto de Tampa, Florida, descubrieron la presencia de veintitrés indocumentados ocultos entre la mercancía de la empresa.

La reacción de Martha no se hizo esperar: «¿De qué carajos usted me está hablando? Esto debe ser una broma y yo no le veo la gracia». Estaba alterada, gritando a viva voz y realmente no parecía comprender de qué le hablaban. La fiscal que había conversado antes con Martha entró a la sala y le pidió al mayor que la acompañara afuera.

Salieron y nos dejaron solas nuevamente. Escuché un sonido metálico cuando cerraron la puerta y me di cuenta de que cerraban con un candado. Miré las ventanas que estaban a nuestro alrededor, faltaban varios cristales que eran sustituidos por cartones, pero era evidente que todas las ventanas tenían barrotes. Estábamos encarceladas. Respiré profundo tratando de recordar que llorar no nos iba a servir de nada y con una de nosotras que estuviese desvalida era suficiente.

Había que ser prácticas. Si Martha estaba siendo acusada de uno o todos esos cargos, tenía que llamar a un abogado de inmediato. Lo de soltar a las personas antes de las cuarenta y ocho horas aplicaba si no había cargos..., y los Presto los tenían. Pero Teresa y yo no, o eso esperaba yo.

«Martha, necesitamos pedir que te dejen llamar a tu abogado. —Moví las manos esposadas y miré mi reloj y vi que eran ya las once y veinte de la noche—. Todos tenemos que buscar un abogado. Llevamos horas aquí y esto puede tomar toda la noche... Y quién sabe». Martha continuó paseando por la salita como venía haciendo desde que llegamos. Mientras Teresa continuaba en llanto.

La fiscal regresó, ahora acompañada de una mujer policía. Pidieron a Teresa que las acompañara porque iban a hacerle unas preguntas. Ahí el nivel de histeria subió drásticamente, no queríamos que nos separaran. Teníamos la ilusión de que juntas estábamos más protegidas. «Interróguela aquí», le pedí a la fiscal y solo gané que la mujer policía me hiciera dar varios pasos atrás empujándome con su macana y gritando: «Retírese». Obviamente, las cordialidades, que no habían sido muchas, se habían acabado.

Al ver salir a las tres mujeres, Martha se sentó en actitud de derrota y la oí soltar el llanto. Pasé una mano por su cabello lacio, pero sabía que era poco lo que podía decir para consolarla. Levantó la cara llena de lágrimas mientras decía con voz temblorosa: «Le mostré a Miguel el reporte que me enviaste el sábado. —Respiré profundo y entendí que Martha tenía sospechas similares a las mías—. Me dijo que era una estupidez, que él mismo se encargaba de los empaques y de montar la carga en los furgones, que ningún furgón salía con menos del noventa y cinco por ciento de la capacidad. Estaba muy seguro de lo que decía, así que quise convencerme de que estabas confundiendo la información».

«Cuando pediste la data por primera vez hace tres o cuatro meses — continuó diciendo— me dio curiosidad saber detrás de qué andabas, así que salí a hacer visitas de cortesía a nuestros clientes locales. Encontré gente disgustada porque les estábamos llenando los cuartos fríos de mercancía que no habían solicitado, que no estaban en capacidad de vender. Y nadie se presentaba a reclamar las devoluciones».

«Ese día regresé a mi oficina, llamé discretamente a uno de los empleados de informática y le pedí que me diera un listado de las transacciones de devolución de mercancía local del último semestre y no encontró nada. No se registró ni una sola orden, como si mágicamente hubiésemos, por fin, despachado exactamente lo que el cliente necesitaba y en

las cantidades justas que lo necesitaba. —La carcajada que soltó con ese comentario era bastante amarga—. Comencé a preguntarme cuándo dejé de ver las cosas que pasan en mi empresa..., y cuándo perdí de vista lo que hacía Miguel». Terminó diciendo con tono de amargura.

Pasada la una de la madrugada Teresa no había regresado todavía. Y yo no había llamado a Jack. Sentía las muñecas adoloridas y las lágrimas me vencieron. Me salió la debilidad, el malestar y el cansancio de los últimos días en que estuve enferma. Quería salir de ahí pronto. Quería ver a Jack y a mi mamá y a José Pedro. Y a Alina y a Sarah y a mi abuelita... Y quería darme un baño en la ducha de Jack. Era la mejor ducha del planeta. Tenía una cascada para la cabeza y varios chorros para el resto del cuerpo... Cuatro chorros para ser exactos... O quizá seis.

Me quedé dormida con la cabeza apoyada en el brazo del sofá. El ruido de la puerta de metal me despertó y vi que Martha también se había dormido en la butaca frente a mí. Eran las tres y diez de la mañana. Teresa volvía junto a la fiscal y una mujer policía diferente a la anterior. Parecía intacta y hasta un poco más calmada que como había salido. Me informaron que era mi turno para hacerme preguntas.

Sospechaba que este iba a ser el orden. Dejarían a Martha de último para asegurarse que se rompiera más fácilmente, si tenía algo que ocultar. Caminamos por un pasillo mal iluminado hasta una oficina relativamente amplia y solo un poquito más limpia que la salita. Ahí estaba el agente afroamericano, el fiscal, el mayor García y algunos otros de los policías que habían estado presentes en el allanamiento. Para que toda esta gente estuviese aquí a esta hora, este tenía que ser un caso muy importante.

«¿Cuál es su nombre?», preguntó el fiscal, quien estaba sentado frente a mí en un sillón ejecutivo, mientras el resto de los presentes nos sentábamos en sillitas plegables de metal. Excelente disposición para establecer quien mandaba.

«Larissa Michelle Sena Arroyo». Me di cuenta de que mientras hablábamos, uno de los policías redactaba en una computadora.

«¿Sabe usted por qué está aquí?». La respuesta que primero cruzó por mi cabeza fue: por estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. Pero esta gente no iba a ver con buenos ojos el humor en mis palabras.

«Estaba en las oficinas de Villaflor en el momento que hicieron el allanamiento». El fiscal me sonrió con cinismo y preguntó:

«¿Solo eso? ¿Así tan inocente?».

Trastorno de oposición desafiante. José Pedro y yo habíamos hablado múltiples veces de esto, tratando de entender las maneras en que yo lo manifestaba. Es común que los niños presenten cierto grado de oposición e irrespeto a la autoridad frente a los padres u otro adulto, pero algunas personas mantienen este rasgo durante la adolescencia y más tarde en la adultez, reaccionando de manera desafiante al despliegue de la autoridad. En las niñas que presentaban este trastorno, había muy altas posibilidades que de adultas además persiguieran relaciones sentimentales con personalidades dominantes y que incluso estuvieran a gusto con prácticas sadomasoquistas... hmmm... guardaría ese recuerdo para más adelante. Ahora tenía que contestarle de buena manera al idiota que estaba frente a mí.

«Entiendo que solo eso». Y me mordí la lengua para no decir más. Este hombrecito necesitaba estas demostraciones de poder para sentirse realizado. Este era su escenario. Él era el jefe, y posiblemente tenía escasas oportunidades de hacer sus *shows* frente a agentes extranjeros.

«¿Desde cuándo trabaja usted en Villaflor?», me preguntó, por lo que le expliqué que no trabajaba *en* Villaflor sino *para* Villaflor. Le di los datos de Carthis-Amaranto & Co y traté de explicar lo que hacíamos para la empresa y desde cuándo. Vi que el agente afroamericano tomaba notas con velocidad y comencé a ponderar que esto iba a costarme mi empleo. ¿Un escándalo en la prensa la misma semana que nos visitaba la CEO? Sentí las lágrimas correr por mis mejillas, pero aún hice el esfuerzo de mantenerme calmada.

«¿Fue usted quien diseñó los *lay-outs* de los contenedores de carga para acomodar las paletas de mercancía para las exportaciones?». Esta pregunta la hizo la fiscal desarreglada. Esta gente estaba bien informada. Mis entregas finales llevaban el rótulo de Carthis & Co y mi firma, y uno de los entregables del primer proyecto con Villaflor fue una serie de combinaciones óptimas para utilizar el espacio dentro de los contenedores, combinando las estibas de flores y de vegetales. Don Arnaldo había pedido esto.

Las alarmas me sonaron en la cabeza. Ese fue su mayor interés en todo

el proyecto. Eficientizar el uso del espacio «porque ese espacio era dinero», dijo. Don Arnaldo, que no llegó la tarde anterior a la reunión y que no fue detenido. Les expliqué el trabajo que hice con los *lay-outs* y la descripción de las combinaciones según las recordaba. Pregunté si me podrían dar agua, pero no vi que nadie se moviera.

«¿Planificó usted cómo disponer de los ilegales en esos contenedores?». La pregunta ahora vino del fiscal. Tragué en seco y supe que tenía que contestar esta pregunta con mucho cuidado. «No. Preparé un manual de embalaje para sacar ventajas del espacio, combinando estibas de flores, frutas y vegetales. Dependiendo de esas combinaciones se determinó también a la temperatura que debían viajar los contenedores refrigerados, todos entre cero y cinco grados Celsius».

«¿Alguna vez vio cómo se hacía ese trabajo que usted diseñó?». Contesté que no. El cliente recibió los diseños y se encargaría de hacer las pruebas y la implementación.

«¿Encontró usted discrepancias entre los volúmenes de ventas y de exportación?». ¡Bingo! Di las gracias silenciosas a Michael y a todos los ángeles que lo iluminaron para orientarme en qué hacer con la información que había encontrado... Y a los que me iluminaron a mí para enviar ese reporte aún estando enferma. «Sí, y envié un reporte de esas discrepancias a la señora Presto y a mi jefe, el sábado pasado».

«¿Cómo podemos tener una copia intacta de ese informe?». Les contesté que en la *laptop* de la señora Presto, que entendía que habían tomado como evidencia. «Y si obtuviéramos ese documento, debería ser igual que el que recibió el señor Mejía en su correo electrónico, ¿cierto?».

El teléfono celular del fiscal sonó antes de que pudiera responderle. Contestó mientras tomaba una pose muy cómoda con los pies encima de su escritorio. «Buenas noches —dijo con una modulación de voz más ficticia que la que había utilizado hasta el momento—. Sí, le habla el fiscal Luis Antonio Mena, representante del Ministerio Público en la Procuraduría especializada para el tráfico Ilícito de migrantes..., sí..., sí. —Dirigió su mirada a mí y luego a su colega la fiscal—. Sí, señor, hicimos un allanamiento en la tarde de ayer y... No, aún no hemos interrogado a la señora Presto —El lenguaje corporal del fiscal estaba cambiando según iba progresando la conversación.

Bajó los pies del escritorio, enderezó su postura y parecía irse empequeñeciendo en su gran sillón ejecutivo—. Afirmativo, señor, la señorita Larissa Sena está con nosotros junto a las demás... Sí, son —miró su reloj— las cuatro y treinta de la madrugada... No, señor, no».

»Afirmativo, estamos en el destacamento policial de Gascue... Sí, señor... Es para fines de investigación, quisiéramos que él, voluntariamente, se presente con su computadora portátil y... Sí, señor, claro... Sí, señor».

El fiscal cerró el teléfono y miró a todos con la cara un poco descompuesta y una actitud menos cínica. «Me informan que el señor Mejía estará aquí en unos minutos. Comandante, por favor, dele agua a la señorita Sena... Y quítele las esposas». Todos en la oficina notaron el cambio de actitud y hasta el agente afroamericano parecía sorprendido.

The Quest

Mi cerebro agotado no había hecho la conexión a tiempo. El procurador general de la República era el jefe de los procuradores fiscales y los procuradores fiscales eran los jefes de los fiscales... y el procurador general de la República sucedía ser Guillermo Hostos, el abuelo de Silvia Hostos..., la esposa de Michael. Estuve a un microsegundo de soltar una carcajada... Pero estaba demasiado cansada.

Para bien y para mal, los bichos como este fiscal sabían que el sistema se movía en base a influencias, y su innecesario despliegue de poder fue dolorosamente mutilado... Por su jefe o por el jefe de su jefe. Apresuradamente, el fiscal mandó a buscar a Martha para proceder a su interrogatorio y para que ella les diera acceso a la *laptop* que recogieron de su escritorio. La agente policial y la fiscal salieron a buscarla. A mí el mayor García me pidió que, por favor, esperara en la recepción.

La recepción estaba bien iluminada, limpia, tenía sillas un poquito más cómodas y no tenía barrotes. Mi estatus cambiaba ahora; sin embargo, recordé que a Teresa la habían devuelto a la salita/celda. Yo no sabía si las influencias de Michael podrían sacarla de ahí también.

El policía que tomó las notas de mi conversación con los fiscales me trajo varias hojas impresas para que las leyera. Una redacción espantosa, con palabras que yo no usé, pero hacía el esfuerzo de presentar las ideas. Leí detenidamente cada página y firmé todas las hojas. Marqué la casilla de «Interrogatorio sin abogado» y devolví las hojas firmadas al policía.

Cuando iba a sentarme nuevamente en una de las sillas de la recepción, vi entrar a Michael a la estación, me puse de pie como un resorte y luego me frisé por dos segundos cuando vi que Jack entraba detrás de él.

Corrí desesperada a abrazar a mi novio y no pude contener ni un segundo más las lágrimas cuando sentí que él me apretaba muy fuerte. Lloré

abrazada de Jack hasta que no tuve más fuerzas para estar de pie. Caminamos hasta las sillas de la recepción, sin que yo sacara la cara de su pecho ni un instante.

Se sentó y me sentó sobre sus piernas, y pude acomodar la cabeza en la curva de su cuello... Para seguir llorando a mis anchas. Sentí la mano de Michael que acariciaba mis cabellos y lo escuché decir algo acerca del fiscal y su *laptop*. Sabía que tenía que componerme, que mi jefe estaba aquí y que tendría que darle muchas explicaciones... Pero ahora ya no podía con más.

Ya no tenía ni siquiera que hacer el esfuerzo por mantenerme erguida. Jack me tenía apretada en sus brazos y se había recostado suavemente hacia atrás, de forma que yo pudiese recostarme sobre él. Me estaba brindando su cuerpo como el refugio perfecto, para el peor momento, el peor lugar y la peor situación en que había estado en mi vida. Cerré los ojos y me dejé llevar por la tranquilidad que me brindaban sus brazos.

Desperté sobresaltada con las voces en la recepción. Michael era quien hablaba más fuerte. Hablaba de un abuso de autoridad, de secuestro y de perseguir una sanción. El cielo comenzaba a aclarar y vi que eran las seis y cinco de la mañana. Martha y Teresa también estaban en la recepción ahora y Martha parecía estar firmando unas hojas similares a las que yo firmé antes.

Además de ellas, estaban cuatro señores alrededor de Martha, dos de ellos vestidos de traje y con pinta de abogados, quizá los otros dos también lo eran, pero tenían un estilo más relajado. Teresa hablaba por un celular mientras apretaba los ojos con los dedos y lloraba.

Jack me tomó una de las manos suavemente y pasó el pulgar por la marca que tenía en la muñeca. Aun en mi piel morena se había tornado muy roja por el roce del metal durante toda la noche. «¿Estabas esposada?». Solo afirmé con la cabeza para evitar romper en llanto nuevamente.

Michael se acercó a nosotros y dijo que podíamos irnos, que él se quedaría un momento más hasta que llegaran a recoger a Teresa. Yo no tenía que regresar a la estación de policías, pero ellas sí, por eso estaban coordinando con sus abogados. Recordé que no había vuelto a ver mi cartera y se lo dije a Michael, quien regresó hacia el pasillo con la confianza de quien se adueñó de la situación.

Miré a Jack y por primera vez noté que tenía el labio inferior inflamado y una parte de la mandíbula y la barbilla amoratadas. «¿Que te pasó?», pregunté alarmada y noté que se movió instintivamente para que no lo tocara.

«*It's nothing. I'm ok*». Que no era nada, que estaba bien me decía, pero eso no me calmó y traté de mirarlo más de cerca.

En eso Michael regresó con mi cartera, me puse de pie para darle las gracias y ¡Oh, Dios! Michael tenía la parte inferior del ojo izquierdo amoratada. ¡Oh, Padre! Me cubrí la boca con una mano para detener el grito de sorpresa cuando me di cuenta de lo que había pasado. ¿Estos dos se habían ido a las trompadas?

«Voy a llevármela de la ciudad». Le informó Jack a Michael en un tono que no dejaba espacio a discusión, a lo que Michael contestó: «La necesito de regreso dentro de una semana, el jueves... Y a ti también». Este intercambio evidentemente se refería a mí, pero no parecían necesitar mi consentimiento.

Entramos al Mercedes y la comodidad del vehículo casi me lleva al borde de las lágrimas otra vez. Jack soltó un profundo suspiro antes de abrocharse el cinturón y revisar que yo tuviera el mío puesto. «Estabas libre, pero sospecho que tuviste una noche tan horrible como la mía, ¿verdad?», le dije acariciándole el brazo.

«La verdad es que tengo miedo de que se me note cuánto que te amo, pero anoche no tuve muchas opciones», respondió en un doloroso intento de ser gracioso.

«No sé si quiero saber o no, pero necesariamente tengo que preguntar: ¿cómo llegaste hasta Michael?». Luego de otro largo suspiro, me hizo la historia, sorprendentemente detallada, de que a las ocho de la noche se dio cuenta de que algo estaba mal, porque yo no llegaba y tampoco contestaba los mensajes ni el teléfono.

Hasta en medio de nuestras peores discusiones podía localizarme. Mantenía la esperanza de que solo fuera que tenía el celular descargado. A las diez se desesperó y salió a manejar, dio varias vueltas y terminó frente a mi casa, vio que mi vehículo no estaba, pensó en tocar, pero sospechó que eso solo iba a empeorar las cosas. Así que se estacionó y esperó hasta pasada la

medianoche. Y ahí fue cuando llamó a Michael.

«¿Solo lo llamaste?». Lo llamó y le dijo que necesitaba hablar con él. No sabía qué pensó Michael de esa inesperada llamada, pero le dijo que podía ir a su casa, que lo esperaría en el estacionamiento. Cuando llegó, ya no estaba pensando fríamente. Saludó a Michael frustrado. No recordaba bien lo que había dicho, pero sabía que fue algo como «Larissa no ha llegado, iba a dormir conmigo hoy y no ha llegado». La reacción de Michael fue irse encima a puñetazos. Lo insultaba diciéndole «pervertido», «degenerado», «abusador», y tuvo que defenderse soltando algún puñetazo también.

Silvia, la esposa de Michael, parecía haber estado observándolos porque en poco tiempo estaba ahí, tratando de separarlos. Cuando hubo suficiente distancia entre ellos otra vez, Jack reinició su discurso diciendo: «Larissa es mi novia. Llevamos meses juntos y no tenemos que dar cuenta a nadie de nuestra relación». Decía que notó que mi jefe no se le había ido encima otra vez porque su esposa lo estaba conteniendo. Y fue ella quien le pidió que explicara qué era eso de que yo no aparecía. Repitió que yo debería haber llegado a su apartamento para la cena, alrededor de las seis de la tarde, que estuvo llamándome desde entonces y no se comunicaba.

Más calmado y entendiendo por qué Jack estaba alarmado, Michael sugirió que fueran a las instalaciones de Villaflor. A esa hora de la noche sería un trayecto de unos veinte minutos, ya que la oficina principal y los almacenes estaban en Manogüayabo, a las afuera de la ciudad.

Al llegar, finalmente encontraron mi vehículo junto a todos los demás. La seguridad los detuvo, y ellos mismos se encargaron de decirles lo que sabían: la policía había llegado y se había llevado a todos los que estaban en la oficina principal.

Salieron de ahí directos a la estación de policías del municipio, estuvieron ahí más de una hora, pero fue una pérdida de tiempo. No habían oído nada, no sabían nada, no aportaron nada. Jack no compartió la información de que mientras esperaban en esa estación de policía, Michael intentó cuestionar su relación diciéndole: «No eres el hombre para ella», a lo que Jack le contestó: «Lo sé —y decidió exponer la espina de celos que tenía clavada desde el mismo día que había conocido a Larissa—, pero no soy casado y no tengo que mirarla de lejos». No se ocupó de mirarlo a la cara

porque no le interesaba confirmar lo que sospechaba, pero su silencio habló por él.

Cuando Silvia llamó para ponerse al tanto de cómo iban, Michael le dijo que no habían avanzado mucho, y fue cuando ella se ofreció a hablar con su abuelo. Se reunieron con Silvia en casa de su abuelo y, a pesar de ser más de las dos de la madrugada, lograron pasar la seguridad porque Silvia era muy cercana a sus abuelos y frecuentaba la casa con regularidad.

Conversar con Guillermo Hostos comenzó a abrir puertas rápidamente. En unas cuantas llamadas ya tenía información detallada del caso. La Agencia de Migración Norteamericana se presentó unas semanas atrás con la información de que investigaban una red de tráfico ilegal de migrantes e identificaron como sospechosas a varias empresas exportadoras locales y sus clientes en los Estados Unidos. Una semana atrás, obtuvieron evidencia de que Villaflor era parte de esa red. Se emitieron órdenes de arresto contra los dueños de la empresa, padre e hija, pero solo lograron detener a la hija.

No entendía por qué Larissa había sido apresada si no había cargos contra ella. Si era necesario interrogarla con una citación, pudieron haberlo dispuesto. Tenía evidencia de que se violentaron muchos procedimientos, y era que la presencia de los agentes de migración o de cualquier agencia norteamericana siempre ponía presión extra en las investigaciones.

La quinta llamada del magistrado Hostos finalmente dio con Luis Antonio Mena, el fiscal a cargo del allanamiento. Se dispusieron a salir de inmediato, pero antes de despedirlos Guillermo Hostos les indicó: «Si tiene el más mínimo rasguño, háganmelo saber». Por la manera en que se miraron Michael y Jack, fue evidente para los dos que, hasta ese momento, ninguno había pensado que Larissa podía estar siendo maltratada o estar en peligro. Para Jack los siguientes minutos fueron eternos.

Tenían que regresar a casa de Michael, dejar ahí a Silvia mientras Michael recogía su *laptop* y Jack recogía el Mercedes. «Quizá solo fueron quince minutos, pero confieso que volví a respirar cuando te vi».

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Desarrollo profesional

Íbamos de regreso a la ciudad el siguiente martes por la tarde. Era una pena dejar atrás el pequeño paraíso que habíamos descubierto, pero yo temía por mi trabajo. Desaparecer después de la situación de la semana anterior me tenía intranquila, aun cuando la intención de este viaje era que desconectara y me relajara.

Laura nos había encontrado una casa de playa en Bayahibe, en el medio de la nada. Los propietarios normalmente no la rentaban, pero Laura lo había conseguido. Ella y Jack habían puesto en acción a todo un equipo de personas para limpiarla, acondicionarla y surtir la nevera en un día, logrando un espacio del que no tuvimos que movernos por cinco días, por nada y a nada.

Después de la experiencia de pasar cuatro días enferma y tras eso ser apresada, esposada y encarcelada por una noche, pasé todo el día del jueves desconectada del mundo. Al llegar al apartamento de Jack pude cumplir mi sueño de tomar esa ducha caliente por la que había delirado la noche anterior, salí a la habitación y la encontré más a oscuras que si fuese plena noche. Jack tenía unos paneles de cortinas motorizadas, que utilizaba poco, y que daban este efecto de bloquear totalmente la luz. Eran perfectas para dormir durante el día.

Nos acostamos y, aunque habría querido estar más controlada, las lágrimas volvieron a aparecer y me dormí entre sollozos. No supe cuando Jack se había levantado, pero a las tres de la tarde, cuando desperté, encontré en la mesita de noche una nota que me indicaba que mi almuerzo estaba preparado, que había tenido que ir a la oficina y que lo llamara cuando despertara.

Me levanté y caminé un rato por la casa antes de llamar. Me miré en el espejo del pasillo y vi que tenía la cara y los ojos hinchados de llorar. No sabía si debía presentarme a la oficina o si debía escribirle un correo a Michael. Carthis-Amaranto & Co tenía unas políticas escritas que definían las

restricciones de las relaciones entre empleados de igual o de diferentes rangos y también había observaciones explícitas que desalentaban las relaciones con clientes o relacionados de la empresa. Pero sabía lo que estaba haciendo desde el principio. No era momento para ir a llorarle a mi jefe ni pretender inocencia. Llevaba meses engañándolo y eso traería sus consecuencias.

Ahora quería convencerme de que no me despedirían inmediatamente. Michael dijo que quería verme el jueves en la cena en honor a Marcia. En representación de mis clientes sospechaba que solo estaría Jack, Martha Presto no tendría cabeza para ese tipo de eventos... Si acaso estaba en libertad.

Desde mi inocencia, quería creer que Martha no tenía nada que ver con lo que estaba pasando. Ella y su negocio habían quedado en el medio de este desastre. Su papá o su esposo, o ambos, usaron su negocio.

Quizá, aun cuando Villaflor quedara atrapada en este lío, posiblemente ella todavía podría continuar su emprendimiento de los mercados orgánicos, y, aunque tendría que pensarlo con más calma, se me ocurría que esa sería una posible inversión muy interesante para mí en caso de que quedara desempleada.

Dos días después, estando ya en la casa de la playa, le comenté a Jack sobre mi idea de invertir parte de mis ahorros en el nuevo negocio de Martha. Me miró extrañado y me preguntó si confiaba en ella. Me reí por un escaso momento... Jack debía jurar que estaba loca... Dos noches atrás habían tenido que ir a sacarme de la cárcel por el simple hecho de encontrarme en la misma oficina que esta señora y ahora le decía que quería asociarme con ella.

Le conté que me temía que mis días en Carthis & Co estaban contados y tenía que buscar otro trabajo o quizá invertir en un negocio, o las dos cosas. Lo cierto era que la idea de Martha me gustaba mucho... Y sí, confiaba en ella. No sabía cómo terminarían las cosas, pero estaba segura de que Martha era inocente.

Jack se quedó muy pensativo por un rato y luego, así como así, mi novio, muy tranquilamente, me ofreció un empleo. Podría crear una gerencia de proyectos; de hecho, ya había perfilado la posición para Laura hacía unos meses atrás, pero ella le había dicho muy claramente que no le interesaba asumir una gerencia. No sería ético cancelar el proyecto de desarrollo con

Carthis & Co, pero ellos de cualquier manera llevarían otra consultora si me despedían, así que sería una transición fácil.

Yo lo estaba escuchando, pero no daba crédito a mis oídos. Jack estaba totalmente desquiciado. Yo nunca en la vida trabajaría para él. ¡Ni loca! ¿Iba a crear una posición para su novia? ¿En serio? Como él mismo diría en cualquier situación similar..., eso «was wrong on so many levels»; había tantos niveles de equivocación en algo así que no pararíamos de contarlos.

Paró de hablar al darse cuenta de la manera en que lo miraba. «No es una mala idea», dijo cuando volvió a hablar, y que mientras más lo pensaba más le gustaba. Quizá por su experiencia él veía cosas que yo no veía, pero para mí eso de lo que él hablaba era una receta para el desastre.

El jueves llegué muy temprano a la oficina y luego de dejar mis cosas en mi escritorio, fui a buscar mi cafecito a la cocina. Saludé a Amantina, quien parecía revolotear nerviosa de un lado al otro. Cuando le pregunté qué le sucedía, me dijo que nunca pensó que podría conocer a «la jefa mayor» y estaba muy emocionada. Nos reímos un rato cuando le confesé que yo también.

Entre risas estábamos cuando se abrió la puerta de la cocina y entró Michael acompañado de una señora de unos cincuenta y tantos años, cuerpo atlético, piel tostada por el sol y pelo rubio platinado. Marcia Amaranto.

Michael nos presentó, y Amantina y yo nos quedamos frizadas como si nos hubiesen descubierto robando galletas. Marcia dijo estar encantada de conocernos y ni corta ni perezosa Amantina le ofreció una taza de café. Michael le informó de que se lo beberían en su oficina, pero Marcia le dijo que perdiera cuidado, que ella estaría bien tomándoselo ahí mismo.

Ocupamos las banquetas de la mesa alta de la cocina mientras nos servíamos el humeante café de greca. Conversamos sobre el vuelo desde Londres y de cómo su cuerpo no se acostumbraba al nuevo horario. Pero quizá era mejor que no se acostumbrara, ya que solo estaría por cuatro días en América.

Eran las siete treinta de la mañana y faltaba por lo menos una hora para que iniciaran nuestras labores regulares, por lo que el café se convirtió en una amena conversación para actualizar a Marcia en detalles socioculturales del país, con los cuales ya estaba familiarizada, como la música, los personajes de la política dominicana y nuevos lugares de diversión en el Malecón y la

Zona Colonial, las zonas turísticas por excelencia de la ciudad capital.

La conversación fue tan animada que por una gran parte de esa hora olvidé la situación en que estaba, frente a Michael y frente a la oficina. Él no había comentado nada aún... Pero en algún momento tendríamos que hablarlo.

A las ocho treinta, Marcia y Michael salieron a hacer visitas a los principales clientes de la sociedad. La mañana transcurrió entre conversaciones, reuniones, preparativos y confirmaciones para la cena de esa noche. Pasadas las tres de la tarde noté que a mi alrededor no quedaba prácticamente nadie. En una oficina donde la mayoría éramos mujeres, era de esperarse algo como eso, teniendo un evento a las siete de la noche. Salón de belleza, *manicure*, *pedicure*, y quién sabe qué otra diligencia, eran una prioridad.

Suspiré al darme cuenta de que no tenía ganas de nada de eso. Si perdía mi trabajo, iba a extrañar mucho ese ambiente y toda la energía que había en mi oficina. Sabía que no debía tener miedo de buscar otro puesto en el mercado. Tenía experiencia de trabajo en muchas industrias diferentes y ahora contaba además con mi título de Maestría en Negocios. Todo saldría bien.

Llegué al apartamento de Jack un poco antes de las seis y vi que el Mercedes ya estaba estacionado. Lo encontré en la habitación alistándose y luego de saludarlo me dispuse a elegir mi atuendo para la cena. Aunque tenía mi mitad del closet casi llena de ropa, contaba con pocas opciones para un coctel. Así que al final seleccioné un vestido corto rojo vino y *stiletos* color piel.

Cuando me dirigía hacia el baño para tomar una ducha, Jack me detuvo para preguntarme qué me pasaba. Llanamente le contesté que estaba triste. Me preguntó si había pensado en su oferta y le contesté que sí, y que seguía rechazándola. No quería trabajar para mi novio y sabía que podría encontrar algo que fuera interesante. Dijo que no quería perder a su consultora y le aseguré que cualquiera de mis compañeras podría hacer un trabajo similar... Y hasta mejor considerando que ya yo estaba sesgada. Y era cierto, el equipo de mi oficina era un superequipo. Suspiré.

Llegamos juntos al restaurante, no tomados de las manos, no en actitud de pareja, pero juntos. La presencia de Jack fue notoria, ya que fue el primer

cliente en llegar, por lo que se armó un pequeño alboroto alrededor de él.

Indira Mesa estaba haciendo las veces de *host*. Se acercó a nosotros y saludó a Jack con un beso en la mejilla y se ocupó de indagar qué querría para tomar. En pocos minutos uno de los camareros produjo la consabida copa de vino tinto. Otros invitados fueron llegando y se fue conformando un animado grupo de personas.

El ambiente estaba muy agradable. Había un conjunto de *jazz* tocando en vivo, batería, teclados, saxo, bajo y guitarra, pero, a pesar de no ser un local demasiado grande, el volumen se mantenía muy agradable.

Pude apreciar que también había luces para ambientar y un poco de humo que salía de la pequeña tarima. El logo de Carthis-Amaranto & Co estaba proyectado en una gran pantalla y algunas imágenes de los directivos en Londres, de Michael y una foto grupal del equipo completo.

«¿Todo bien?». La voz de Michael me sacó de mis pensamientos y por primera vez en años me puse nerviosa en presencia de mi jefe. «Sí. Claro. Sí. Todo bien». Lo vi asentir con la cabeza y luego seguir caminando hacia el grupo que yo observaba antes.

Una periodista se acercó a mí para preguntarme detalles del evento, qué hacía Carthis – Amaranto & Co, desde cuándo estaba en el país, quién era Marcia Amaranto y cuál era el motivo de su visita. Contesté tanto como pude y le pedí que esperara unos minutos para que escuchara los discursos. Asintió, pero no me pareció que fuera a hacerlo. Parecía tener prisa por salir de ahí.

Efectivamente, pocos minutos después, Indira saludaba a todos los presentes por el micrófono y les agradecía su presencia. Martha no había llegado. La llamé a su celular dos veces en la tarde y la llamada caía directo a su buzón de voz. Sabía que no estaba detenida, pero tenía de frente un largo proceso judicial. Y familiar.

Su padre aún no daba señales de vida, por lo que la orden de captura había sido tramitada ante la Interpol. Mientras tanto, sacar de la cárcel a Miguel, su esposo, no había sido tan fácil como a nosotras. La firma de Miguel aparecía en todos y cada uno de los despachos de embarque, como responsable de la mercancía despachada. Con él todo era mucho más difícil.

Unos aplausos me regresaron al presente y vi que Michael tomaba el

micrófono para agradecer a Indira su introducción, saludar a los presentes y hablar brevemente de quien era Marcia Amaranto. Busqué con la mirada a la periodista que me entrevistó anteriormente y vi que estaba en un extremo del salón tomando sus notas.

Marcia inició su intervención haciendo chistes sobre el calor y la necesidad de mantenerse hidratada a base de cerveza dominicana. Se ganó una buena carcajada de parte de los presentes e inició su exposición contando un poco de historia de la empresa y cómo su socio y ella habían decidido expandirse hacia Latinoamérica.

República Dominicana había sido la cuarta oficina fuera del Reino Unido y su crecimiento en estos quince años desde su fundación era sobresaliente. Buscando eficientizar las operaciones, ella anunciaba esa noche que las oficinas de Puerto Rico y República Dominicana se estarían fusionando, y que todas las operaciones del Caribe, Centroamérica y Colombia se estarían manejando desde Santo Domingo.

¡Wau! La amplia sonrisa de Michael no tenía ningún dejo de asombro. Él sí conocía los detalles de este anuncio. Paseé la mirada por los rostros de mis compañeros de trabajo y vi que varios de ellos hacían gestos de alegría, pero tampoco había asombro en sus rostros. Aquí la única sorprendida era yo. Bueno... También era la única que había pasado la última semana fuera de la oficina... Esperé la sensación de confort que podría darme ese pensamiento... Pero no llegó.

En breves momentos Marcia concluyó su discurso, y ella y Michael regresaron a socializar con los invitados. Los vi acercarse a Jack, quien conversaba muy entretenido con Indira. Los cuatro, que por lo que oía tuvieron la cortesía de llevar la conversación en inglés, hicieron un grupo que desde esta distancia parecía muy animado. Era la cuarta o posiblemente la quinta vez que veía a Indira Mesa tocar el brazo de Jack. Aquí había alguien que pretendía hacer una conquista.

Los camareros comenzaron a circular con la comida, que según había escuchado consistiría en una variedad de *finger food* para facilitar todo. El *timing* del evento iba muy bien y yo calculaba que nos quedaría aproximadamente una hora más ahí.

Decidí moverme del cómodo rincón desde donde escuché los

discursos e interactuar con algunos invitados. Antes de poder alcanzar al primer grupo, Gisselle Peña me interceptó. «Llegaste al mismo tiempo que Jackson Seller, y él sucede parecerse muchísimo al hombre que me presentaste en el supermercado como tu novio». Dibujé en mi rostro la sonrisa más amplia de mi repertorio y le dije: «Siempre he admirado esa memoria prodigiosa que tienes». Seguí mi camino y me detuve junto a Alberto Molina, un próspero empresario de la música que era cliente de la firma desde hacía varios años. Yo nunca había trabajado en un proyecto para él, pero sabía que era famoso por sus anécdotas de la gente de la farándula.

Me acerqué justo cuando le contaba a Camila Ureña y Javier Morillo sobre una bailarina exótica que bebía de más, antes, durante y después de sus *shows*, por lo que nadie se extrañó cuando una noche cayó de bruces sobre una mesa desde la tarima. Estuvo inconsciente toda la noche, pero al día siguiente convocó a todo el público que estuvo en la presentación anterior para que regresaran a ver el *show* gratis, y esa noche hizo el mejor espectáculo de su vida... Pero igual de ebria.

Así cuando las anécdotas fueron fluyendo e iban ganando mayor cantidad de público decidí seguir circulando hasta que coincidí en un grupo con Marcia y Michael. Conversaban con Soraya Douglas, la directora local de una ONG, también cliente nuestra desde hacía varios años.

Desde esta posición podía ver que Jack seguía conversando con Indira, quien ya no lo tocaba, pero invadía su espacio personal tratando de hablarle al oído. La música no estaba tan alta para necesitar eso... Todo el mundo conversaba sin necesidad de gritar... Ni de hablarse al oído. Indira estaba sacando ventaja de su estatura. Era una mujer alta, muy alta y se le hacía fácil hablarle a Jack mirándolo a los ojos sin que ninguno de los dos tuviese que inclinarse.

Ahora Indira se tocaba el pelo y lo agitaba un poco en evidente coqueteo. Michael se acercó a mi oído, justo como acababa de hacer Indira con Jack para decirme: «Ve, rescátalo, es doloroso ver lo empeñada que está ella en conquistarlo». Asentí sin dejar de mirar a Indira y caminé hacia ellos. Al ver que me acercaba, Jack soltó los brazos, que los tenía cruzados sobre el pecho y extendió uno de ellos hacia mí para pasarlo por mi cintura.

«¿Estás bien? ¿Ya quieres irte?», me preguntó cuando llegué a su lado.

«Estoy bien. Quizá nos vamos en unos veinte minutos, ¿sí?». Le comenté, mientras tocaba suavemente su pecho. La intimidad entre nosotros pareció golpear a Indira... Varias veces... En la cara. Me di cuenta de cómo dio un paso hacia atrás, y entonces miré su rostro. Me miraba como si nunca me hubiera visto... Y su cara de sorpresa era un poema.

Me sentí como una perra que acababa de marcar su territorio, pero sabía que de vez en cuando sería necesario. Lancé un beso al aire a Jack y regresé a pasear un poco más entre los clientes. Vi cómo algunos de ellos comenzaban a despedirse. Realmente había sido una actividad muy bien planificada, y cumplió su cometido. Indira por lo menos se llevaba esa conquista, pero ninguna otra.

Cuando la mayor parte de los clientes se había retirado, Michael regresó al micrófono y anunció que necesitaba que ajustáramos nuestras agendas del día siguiente, ya que a las diez treinta de la mañana todo el equipo se estaría reuniendo en la oficina.

Al regresar al apartamento solté mi cartera y seguí directa hacia la vinera. Saqué una botella sin siquiera fijarme en lo que era, la descorché y me serví una copa. Regresé a la sala y encontré a Jack esperándome mientras me miraba con una ceja alzada. «¿Me estoy perdiendo de algo?», me preguntó en tono sarcástico.

«Bueno, ahora que lo mencionas... estuviste al borde de perder la vida en ese restaurante. Sabes que soy una mujer celosa y aun así me provocas». Él sabía que estaba bromeando y sonrió burlón, aun cuando en realidad si sintiera celos, nunca le haría un reclamo como ese.

Nos sentamos en el sofá y pasó el brazo por mi hombro. «¿Qué pasa?», preguntó. Y le conté que me sentí aislada y excluida en mi propio equipo de trabajo, y no era una sensación cómoda. Creía que todos sabían el tema de la fusión; sin embargo, nadie se ocupó de comentármelo. Eso era algo muy importante para todos y yo tuve que enterarme en la celebración junto a los extraños.

Una lágrima solitaria me resbaló por la mejilla y él la limpió con la mano. Me recordó que estuve una semana desconectada del mundo luego de un episodio traumático, y quizá la gente estaba más preocupada por saber de mí que por contarme las noticias. Ciertamente muchos preguntaron sobre la

encarcelación, la policía, si los clientes eran culpables o no, y también me di cuenta de que la información de quién notificó a Michael había llegado distorsionada ya que nadie mencionó a Jack. Pero los temas de trabajo obviamente los habían obviado.

A la mañana siguiente, llegué como siempre a las siete y cuarto y me dirigí directa a la cocina en busca de mi cafecito. Me sorprendió encontrar ahí sentada a Marcia conversando con Amantina... Sentada en mi butaca favorita. Suspiré... Siendo la jefa del jefe... Mejor me sentaba tranquilita en la siguiente butaca.

Marcia me preguntó qué me había parecido el evento de la noche anterior y con sinceridad pude contestar que entendía que fue un gran éxito. Habíamos tenido muy buena respuesta de los clientes invitados, lo que demostraba que estaban interesados en los progresos de la firma. Le comenté que me sorprendió la fusión y entendía que iba a ser un gran reto para Michael y para todos. Puso una de las manos sobre la mía para decir: «Y todavía faltan novedades».

Y tan pronto entramos a la reunión de equipo, las novedades comenzaron a volar. El nuevo puesto de Michael sería de director administrativo regional ya que estarían bajo su mando inmediato las oficinas Santo Domingo y de Puerto Rico, pero también tendría una línea de supervisión para las oficinas de Panamá y Colombia.

Convirtiendo la zona en una región, las oficinas locales dejarían de ser unidades independientes, por lo que la estructura organizacional de cada país sería modificada, creando un nuevo puesto de consultor asociado, quienes, haciendo equipo, estarían dirigiendo los proyectos por país y como equipo reportarían al director regional.

Era la estrategia que los socios habían implementado en Europa en los últimos tres años y estaban muy contentos con los resultados. Ahora tocaba introducir ese cambio en la región del Caribe, Centroamérica y Colombia, y, a más tardar, en un año se estaría implementando en el cono sur. Mientras ella estaba aquí notificando estos cambios, el señor Carthis y otros dos socios estaban en los otros países de la región en las mismas labores.

Marcia continuó diciendo que esa estrategia perseguía crear sinergia en toda la región y dentro de lo posible brindar los servicios de consultoría

por combinación de talentos en el equipo. En otras palabras, los consultores de Colombia podrían trabajar en proyectos en Santo Domingo o en Panamá, y viceversa.

«Creemos que las oportunidades de desarrollo y crecimiento se multiplicarán en este esquema y que estos cambios traerán fortaleza en cada oficina local. —Hizo una pausa para crear un poco de suspenso y continuó—. Solo me resta anunciarles que la nueva consultora asociada de República Dominicana es Larissa Sena».

Desde entonces el mundo comenzó a moverse en cámara lenta, recibí abrazos y felicitaciones de mis compañeros mientras trataba de digerir la información. Había sido promovida; no despedida, sino promovida. Iba a hacer equipo con la misma posición en otros países e iba a conocer proyectos de toda la región. Aunque todo se movía despacio a mi alrededor, sentía el efecto de la adrenalina en mi cuerpo: muy alta frecuencia cardiaca, dificultad para respirar, sudor en las manos...

«Muy merecido, felicidades». Las palabras de Indira Mesa me iban a sacar dos lágrimas. «Gracias, Indira». Contesté con un nudo en la garganta. Los demás compañeros se fueron agrupando alrededor de mí y pensé que moriría sofocada justo cuando Marcia continuó hablando:

«Chicos, chicas... Esta es mi última tarde en Santo Domingo y la esposa de Michael me ha prometido una bella playa y abundante agua de coco, así que necesito conversar de inmediato con Larissa, saber si acepta su nuevo puesto y, si no, forzarla para que lo haga—. Otra ocurrencia de Marcia que arrancaba una carcajada del equipo—. Así que, si nos permiten, Michael y yo la vamos a secuestrar... ¡oh no! Lo siento..., muy pronto para ese chiste». Ahora incluso yo no pude aguantar la carcajada.

Al entrar a la oficina de Michael, me senté en una de sus sillas de visitantes y comencé a hablar. Lo primero que pregunté fue: «¿De quién fue la idea de mantener esto en secreto? ¿Qué habría pasado si les hubiese dicho que no ahí afuera, que no me interesa el puesto? Esto era algo que debieron negociar primero conmigo, ¿no? —Y tomé aliento para continuar—. Llevo una semana convencida de que iba a ser despedida. Me ocultaron todo este tema de la fusión y sabía que era una consecuencia de lo que había hecho. —Miré a Marcia porque no estaba segura de que supiera los detalles de lo que hablaba

—. Violenté varias o todas las políticas de relaciones con clientes y además falté a mi lealtad a Michael, ¿y ustedes me ascienden? ¿Qué mensaje están enviando?».

Ambos se miraron y soltaron una carcajada, lo que no mejoró mi nivel de irritación. Cuando pararon de reír, quien habló fue Marcia, primero se dirigió a Michael diciendo: «*She's the one*. —Y luego se giró hacia mí—. Pues el mensaje espero que sea uno muy claro y directo de que la vida privada de cada uno es eso, privada. Nadie controla de quien se enamora y nadie tiene que decirte con quien puedes salir a una cita y con quien no. Pretender hacer eso es una barbaridad. Y si eso trae complicaciones a la empresa, pues ya nos apañaremos, si es que llegan».

»Por otro lado, de decirte o no decirte, fue idea mía. Le pedí a Michael una lista de tres candidatos para hacer la promoción interna para la posición. Él me dio un solo nombre: Larissa Sena, diciendo que tenía un equipo de gente muy preparada y conocedora del trabajo, algunos con más edad y muchos con más tiempo que tú, pero que su opción a, b y c eras tú. Entonces me dio curiosidad por conocerte. —Mi mirada volaba de uno al otro mientras Michael le ponía una tacita de café enfrente a Marcia—. Desde nuestra primera conversación, me di cuenta de que eres la rara mezcla entre una persona enfocada en los resultados y que a la vez puede cuidar a las personas».

»Anoche, sin que fuera tu responsabilidad ni que nadie te lo hubiese asignado, te ocupaste de conversar con todos y cada uno de los clientes presentes y agradecerles su presencia, y aun tuviste tiempo de espantar a tu compañera que pretendía cazar a tu novio. Eso es quién eres. De tus números y tu desempeño hablan los reportes de los últimos tres años y hablan muy bien, pero sé que nuestra decisión es buena porque no se basa en eso, sino en quién eres. —Dejó de hablar para terminarse su café y yo sentí las lágrimas en los ojos. Nononono. Esto no era momento para llorar—. Ah... Y si rechazas el puesto... Tendría que cancelar mi tarde en la playa y quedarme a convencerte, pero sé que dirás que sí, porque este es un reto a tu medida».

«Acepto».

**La historia de Larissa y Jack continúa en *Todo lo que quiero*.
Espérala en octubre 2019.**

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Alanna Ignacio es ingeniera de profesión y pasa los días dedicada a los números y a las eficiencias, sin embargo, también vive enamorada de las letras y se proclama escritora desde muy temprana edad. Creció entre libros y en sus años de estudiante trabajó en uno de esos paraísos terrenales llamados bibliotecas donde leía la mayor parte del tiempo, aunque de vez en cuando también tenía que trabajar.

Alanna ama viajar y busca todas las excusas para hacerlo con frecuencia. Persigue destinos remotos y largas expediciones de aventura, pero su verdadero deleite es la exploración de grandes ciudades que le permitan dejarse seducir y maravillarse por su identidad y sus mezclas de cultura.

Encontró entre los libros y los viajes a quien hoy es su esposo y con quien ha compartido cerca de dos décadas, han procreado dos hijos y a lo largo de este tiempo han mudado su hogar y sus pertenencias a cuatro residencias diferentes.

CONTACTO:

Email: alannaignacio@gmail.com

Instagram: [@alannaignacio](https://www.instagram.com/alannaignacio)

Facebook: [Alanna Ignacio](https://www.facebook.com/AlannaIgnacio)